ARENITAS DE ORO

IDAD A
CCIÓN G

BX1758
A74
c.1

011727

1080022905

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARENITAS DE ORO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Esta obra es propiedad de la Librería Religiosa. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

ARENITAS
DE ORO

—*—

COLECCIÓN DE CONSEJOS

PARA LA SANTIFICACIÓN Y BIENANDANZA DE LA VIDA

FORMADA DURANTE LOS AÑOS 1886 Á 1891

traducidas del francés por el

DR. ANTONIO J. PAREDES

Presbítero de la archidiócesis de Méjico.

Obra aprobada por varios Cardenales, Arzobispos y Obispos, y honrada con un Breve de Su Santidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
MONTERREY, MEXICO
FONDO ANTIGUO
VALVERDE Y TELLEZ
47820

LIBRERÍA RELIGIOSA

GUILLERMO HERRERO Y C.ª, Libreros editores

3, San José el Real, 3

1893

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1758
A74

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de La Fe Católica, Gante, núm. 7.

APROBACIÓN DE MONSEÑOR VIGNE

ARZOBISPO DE AVIÑÓN

Muy querido Canónigo: La séptima serie de las Arenitas de Oro va á aparecer. Ofrézcole mi saludo de bienvenida, y con toda mi alma le otorgo mi aprobación. Como sus precursoras, está destinada á enriquecer á las almas de sus lectores con buenos y santos pensamientos, y á hacer germinar en sus corazones nobles y piadosos afectos. Con gusto compararía vuestra pluma, muy querido Canónigo, á la varita de las hadas de los cuentos de la infancia,—me refiero á las hadas bienhechoras,—pues da á cuanto toca el brillo y la pureza del oro. ¡Dichosos aquellos que saborean vuestros escritos, que los meditan y se alimentan de ellos, porque verán infaliblemente aumentarse su fe y su piedad, afirmarse y crecer su virtud! Bendigo vuestra nueva serie: le deseo numerosos lectores, y pido á Dios os permita ahondar por mucho tiempo esta mina, de la que sabéis sacar tan útiles y preciosos tesoros.

Todo vuestro en Nuestro Señor,

† Angel,
Arzobispo de Aviñón.

Aviñón, 18 de Octubre de 1888.

011727

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL ARROYO

DE LAS

ARENITAS DE ORO

Gracioso arroyuelo,
Corre sin cesar
Por aqueste suelo
Sin jamás cambiar.

—

Tus arenas de oro
Me hacen suspirar;
Si son mi tesoro,
¿No las he de amar?

—

Río cristalino,
Tú con claridad
Marcas el camino
De la Alma Ciudad.

—

Gracioso arroyuelo,
Ven, ven sin cesar
Á ser mi consuelo,
Á enseñarme á amar.

—

Corre, río sonoro;
Vengan á aumentar
Tus arenas de oro
La santa piedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Bienvenida seas, página graciosa, que á mi oído murmuras armoniosamente dulces y animosas palabras!

¿De dónde vienes? ¿Cuál es la mano que te ha escrito? ¿Cuál es el ángel que misteriosamente te ha traído hasta mí?

Las *gracias*, oh amigo desconocido, que no me es dado expresarte por mí mismo, voy á dárselas á Jesús en la santa Eucaristía. Jesús es el *lazo de los corazones*, é *intermediario fiel* de los pensamientos y deseos que los labios no se atreven ó no pueden pronunciar; y algún día en que te halles de rodillas ante el Santísimo Sacramento, oirás resonar dulcemente en el fondo del corazón esta palabra de reconocimiento, que para ti confío á Jesucristo.

¡Jesús en la Eucaristía intermediario de los corazones! ¡Qué palabra tan luminosa acabo de escribir! Y si yo pudiera hacerla comprender bien, ¡cuánta paz, cuánta calma, cuántas dulces alegrías os proporcionaría,

pobres y queridas almas, desgarradas por penosas separaciones!

Se ha dicho que la vida es una cadena de *adioses*, tanto más dolorosos cuanto han tardado más en ser pronunciados.

En la tierra nos vemos un instante, nos amamos un instante, somos felices juntos un instante, y después... *nos separamos*. La palabra misma que expresa el bienestar del alma y del corazón, nos indica cuán pasajero es este bienestar: la dicha [1], no es sino una buena hora [2]; sí, una hora en toda la vida [3]. Pero allá arriba, ¡oh!, allá solamente, *con Vos*, ¡oh Dios mío!, *cerca de Vos* y *reunidos por Vos*, allá solamente existe la dicha eterna; allá arriba ya no hay *adioses*.

Cuando acá abajo la separación se verifica

1 En francés, *bonheur*.

2 En francés, *bonne heure*.

3 Ya se comprende que en castellano no podemos conservar el ingenioso juego de palabras del idioma original, aunque algo puede significarse con la palabra *enhorabuena*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desgarrando dos corazones; cuando uno, generalmente el de la madre, queda en el hogar como tallo adherido al suelo, y el otro se va como el grano que arrebata el viento, ¡oh, qué regocijo al recibir una carta que por un momento viene á unir dos corazones separados! Una carta es una *parte del alma* enviada; se conoce bien cuando al través de las palabras pretendemos sentir las palpitaciones del corazón.—¡Cuánto se goza también leyendo un *telegrama*, que, sin embargo, es tan frio! Allí también, en esas pocas palabras, hay una *parte de la vida*.

Pues bien: Jesús en la Eucaristía es, para todos los corazones separados que *se aman* y *que le aman*, más y mejor que todo esto.

Cuando dos almas se hallan á la misma hora delante del tabernáculo, orando una por la otra, una de la otra hablando á Jesús, confiando á Jesús los cuidados que una siente por la otra, Jesús está á la vez presente á estas dos almas; es su medio de comunicación; verdaderamente el transmisor de sus pensamientos.

¡Oh! ¡Intentad este acercamiento divino, madres é hijos, hermanos y hermanas, amigos íntimos: purificad vuestras almas, é id, acercaos á Jesús para acercaros á los que amáis!

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARENITAS DE ORO

Colección de consejos para santificación y bienandanza de la vida.

Sembremos buenos pensamientos, y recogeremos buenas acciones.

I

Gracioso medio de curación.

1

El doctor Frantz es un anciano muy amable, muy sencillo, muy dulce, de aspecto listo y sonrisa maliciosa; enteramente un buen hombre.

Una vez fué llamado á casa de una dama encopetada que se moría... *de fastidio*. Tenía ella veinticinco años, cincuenta mil libras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de renta, y con todo esto cierta extraña palidez y un sinsabor que nada podía alejar de ella.

—¡Oh, doctor!—exclamó al verle entrar.—Hace ocho días que espero á Ud. como á un salvador.

—Bien, bien; así vengo, como un salvador, —respondió el doctor sonriendo; —y como salvador la voy á curar al momento.

—Pero falta que diga á Ud. mi enfermedad.

—¿Acaso no la veo?—añadió el malicioso anciano, arrojando una mirada sobre las mil superfluidades que llenaban de estorbos la pieza en que se hallaban. —Déjeme usted obrar. Yo comienzo siempre por curar la parte moral: *limpiar de un mal instinto, sangrar una pasión, extirpar un mal humor;* y después administro en grandes dosis las resoluciones generosas, los buenos sentimientos, las privaciones, el trabajo y la caridad.

Mi código es el Evangelio, y mis principios la pureza del alma, la ocupación de manos y de espíritu, y la abnegación práctica del corazón.

La enferma, abriendo desmesuradamente los ojos, trataba de sonreirse; pero esta sonrisa forzada decía: ¿Se burla Ud. de mí, doctor?

El doctor, como si no lo comprendiese, se sentó cerca de ella y le dijo:

—¿Quiere Ud. que le refiera una de mis curaciones antes de ocuparme de la de Ud.?

2

Conoce Ud. á la señora ***, una de las más dichosas, y puedo decir que de las más saludables señoras cuya amistad Ud. cultiva.

Hace diez años, tenía entonces diecisiete, era una encantadora niña, á quien el cariño paterno rodeaba de comodidades y de lujo.

Sin embargo, poco á poco fué poniéndose pálida, triste, marchita, y la Medicina, llamada en su alivio, acabó por decir como siempre que no comprende una enfermedad: *es nervioso.*

Llamado por su padre, que con lágrimas en los ojos me conjuraba para salvar á su hija, fuí introducido en un delicioso cuarti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, cubierto de finas colgaduras de muselina blanca, y que ofrecía á mis ojos todo lo que podía halagar la imaginación de una joven.

La pobre niña, pálida como marmórea estatua, estaba tendida sobre un canapé, con los ojos medio cerrados, la cabeza inclinada, indiferente á todo, aun á la brisa de la primavera, aun al rayo de sol que le sonreía al través de la ventana entreabierta.

Me tendió la mano, y me sentí movido á compasión viendo á aquella niña que se dejaba morir sin quejas, sin pesar, sin dolor, teniendo sólo diecisiete años, siendo tan feliz, tan rica, tan amada.

3

Adiviné el mal, sí, señora; esa paloma padecía en su jaula dorada porque era *demasiado feliz*.

A su alma faltaba alimento, á su inteligencia luchas. Moría por falta de un obstáculo que vencer y por falta de actividad. Se consumía lentamente porque para nada se creía

útil y carecía de objeto á que consagrarse.

Así son todas las almas grandes... Las almas vulgares se arrojan á la sensualidad y al egoísmo...; no tienen por qué sufrir.

—¡Señorita,—le dije,—¿puede Ud. improvisar un tocado que le permita ir á todas partes y que esté listo en cinco minutos?

—Pero ¿para qué, señor?

—¿Para qué? Pues para salir conmigo.

—¿Con Ud? ¿Y adónde?

—Es mi secreto.

La curiosidad produjo en ella el primer destello de vida. Para decidirla le dije en voz baja:

—Va en ello la vida de su padre de Ud.

Salí, trayendo á su padre en pos de mí, que me miraba con fijeza.

—Explicáos.

—No,—respondí yo;—mas para salvarla la necesito dos horas todas las mañanas.

—Pero ella no querrá; tiene horror al paseo.

—Esperad, he aquí la respuesta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y Jenny apareció radiante de gozo.

Subimos en el coche, y yo la llevé á *las casas de mis pobres*.

4

En ellas, puedo asegurarlo, había con qué interesarla, conmoverla, hacerla vivir, y yo había adivinado perfectamente el corazón de aquella noble y generosa niña.

En la primera casa donde nos detuvimos, tuve que sostenerla hasta el quinto piso; subió sola á la segunda bohardilla, y á la tercera se me adelantó.

Sus mejillas tenían un color que hacía mucho tiempo no había aparecido en ellas; y cuando los niños le besaban la mano, cuando las pobres madres le daban las gracias, lloraba de contento. Yo veía al alma desplegar su vida.

5

El tiempo volaba.

—Volvamos,—le dije.

—¡Tan pronto!—me respondió.—Hasta mañana, ¿no es verdad, señor doctor?

—Sí, señorita; hasta mañana.

Pasó la tarde en buscar entre la ropa blanca de su uso alguna que dar, y durante la comida, su padre lloraba de alegría al mirarla; jamás la había visto tan lozana y tan radiante.

Buena y piadosa niña, sentíase útil, se apasionaba por el bien. Reanimada por la caridad y por la ocupación, se había salvado.

6

El doctor se detuvo; la joven enferma le tendió la mano sonriendo:

—Os he comprendido,—le dijo;—venid á buscarme desde mañana.

II

En el camino de la vida.

No va solo en el camino que la tempestad ha devastado y que infestan los ladrones el viajero obligado á pesar suyo á caminar, y á caminar siempre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Él mira, él llama, él espera, y cuando por el camino pasa alguna tropa, júntase á ella, y vedle ya caminando con calma y seguridad.

Viajero para ese país que se llama *la eternidad;* viajero impulsado siempre hacia adelante por un poder misterioso, al que nada resiste en el camino desconocido de la vida, que al principio se muestra luminoso, y luego poco á poco se obscurece por las nubes, que se engruesan más y más, llama, busca *un compañero de camino.*

Hay uno que responde siempre.

Es Dios.

¡Ah! Cuando en cada mañana lo hayas llamado por la oración, y por decirlo así hayas puesto tu mano en su mano; cuando sobre todo le hayas unido á ti por ese acto divino que se llama la sagrada Comunión, *camina en paz.*

III

Ciencia de alejar de sí el mal humor.

1

El mal humor es la inquietud que carcome, es la atmósfera negra que envuelve al alma, es la espina que, hincada en el corazón, le hace sangre; pues bien, está en nuestro poder arrojar esta inquietud, disipar esa nube, arrancar esta espina.

Alejar el mal humor es sacudirse los fastidios; pasar como sobre ascuas sobre algunas impresiones enojosas que una tendencia inexplicable de nuestra alma nos impele á estudiar en sus causas y en las consecuencias que pueden tener, y que bajo nuestra mirada escrutadora toman proporciones y formas agobiantes.

Alejar el mal humor es pensar mucho en los demás para hacerles agradable la vida y ocuparse poco de sí mismo. Es pensar con espíritu de recogimiento en las alegrías que Dios nos envía, contar algunas veces las pequeñas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dichas del día de ayer, y procurar multiplicarlas en el día de hoy. Es dejarse buenamente regocijar por la felicidad de los otros, y no cerrar el alma á ninguna de las ideas dulces, graciosas, amorosas que Dios siembra con tanta profusión en derredor nuestro.

Alejar el mal humor es mantenerse contento, no con esa alegría que huye sin cesar del trabajo, que busca el ruido ó la satisfacción de los sentidos, sino con esa alegría tranquila que se halla al abandonarse á la Providencia, esperando pacientemente el fin de la prueba, seguros de que el resultado será bueno, y en dejar al amor de nuestro Padre celestial el cuidado del porvenir y la custodia del presente.

Alejar el mal humor es tener un trabajo bien determinado; trabajo de todas las horas que no nos agobie demasiado, que ocupe nuestro espíritu y nuestras manos, que nos atraiga cierto encanto, que aun nos halague un poco y nos haga esperar una palabra animadora.

2

¿Queréis que os diga algo más preciso?

No os empeñéis en saber muchas noticias.—Las nuevas son ordinariamente como las mercancías compradas en la intimidad: que sale una buena por diez malas. Mientras menos se sabe lo que pasa, menos nos acometen la turbación ó el mal humor.

Toda *nueva* es una piedra arrojada en las tersas aguas de un lago; podrá quizá no turbarlas, pero siempre las agitará, y el agua agitada no refleja ya el cielo con toda su pureza.

Después de una noticia que nos ha conmovido ó simplemente distraído, cuesta mucho reanudar el trabajo; se hace un vacío difícil de llenar, y el recogimiento del espíritu, y sobre todo de la oración, es muy difícil volverlo luego á encontrar. Y, sin embargo, el trabajo y la oración son los dos primeros elementos de la alegría verdadera.

A las *noticias*, bajo cualquier forma que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presenten, *libros*, *periódicos*, *novelas*, etc., se puede aplicar este axioma: *Que si es hermoso saberlas, es bueno ignorarlas*.

Caminad, pues, por vuestro corto camino cumpliendo vuestra ordinaria tarea, que se compone de ligeros trabajos, de breves alegrías y de pequeños dolores, sin interrumpirla para mirar ó para escuchar; y al llegar la noche no tendréis ni que sondear las llagas de vuestro corazón, ni que curar las heridas de vuestra alma, ni que calmar las agitaciones de vuestro espíritu, y vuestro sueño será dulce bajo el amparo de Dios.

Esperad todos los días alguna decepción, pero sonreid siempre á la esperanza.

Experimentar decepciones en la vida, no debe admirarnos más que dar un paso en falso en un camino desconocido y tenebroso. El alma á quien el hábito de cumplir su deber ha hecho fuerte, encuentra en sí misma recursos suficientes para consolarse de las decepciones que la entristecen, y para reponerse de las violentas sacudidas que por un momento la habían hecho vacilar.

Sufrir un dolor físico es una consecuencia de nuestra organización; sufrir un dolor moral es una consecuencia de nuestra posición de desterrados que caminan hacia la patria en donde no habrá ni decepción, ni separación, ni dolor.

Estos dolores, los dolores morales sobre todo, pueden arrancar lágrimas; no son capaces de quitar la calma y la resignación, ni de traer consigo el mal humor; porque el mal humor es la perturbación, es la turbación, es el aniquilamiento, es el abandono del deber. ¡Cómo! Yo sé que el dolor que en este instante me desgarra ha sido medido por Dios; que él tiene la misión de curar llagas que tal vez me son desconocidas, y que quizá me darían la muerte; yo sé que el dolor ha sido preparado en el cielo... ¿y lo rechazaré como importuno y cruel?

—¡Oh dolores! ¡Oh humillaciones, que os mostráis tan terribles y tan agobiadoras! —

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

exclamaba un Santo en un cántico que su corazón, ardiendo en amor, hacía subir hacia el cielo.—¡Oh dolores! ¡Oh humillaciones! ¿De dónde venís?

—Venimos de Dios.

—¿De Dios? ¡Ah! Sed bien venidos: dolores, humillaciones, ¡yo os amo!

Sin esperanza y sin amor, estas palabras no pueden ser comprendidas.

IV

París bien vale una Misa.

Esta palabra, verdadera blasfemia, ¿ha sido pronunciada por ese príncipe tan franco, tan leal, tan *de una pieza todo*, á quien los franceses llamaban, no ha mucho tiempo aún, *nuestro Enrique*?

No; él no la ha dicho, y la historia no podrá colocarla entre tantas otras palabras que asegura haber salido de sus labios.

Pero no es éste el lugar de discutir, sino sencillamente el de explicar.

—

No; París no vale una Misa.

París es un alineamiento de palacios, un museo brillante de todo lo que el genio del hombre ha producido...; pero *no es más que esto*, y esto puede ser destruído por un incendio, ó derribado por un terremoto; y la humanidad, aunque por lo pronto se detuviese asustada, no tardaría en reanudar su marcha, y las almas sobre todo no retardarían su vuelo hacia lo que es grande y santo. París no es más grande, más rico ni más sabio que Babilonia y Nínive, que Atenas y que Roma..., y el vacío que por un instante dejó la desaparición de estas ciudades no tardó en llenarse, como el vacío que deja en el mar la gota de agua que mi mano toma de él.

Una Misa es Dios viniendo á la tierra con las manos llenas de gracias, y obligándose, por decirlo así, á derramarlas. Es Jesucristo renovando el sacrificio del Calvario, y vol-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viendo cada vez á decir á su Padre en nuestro favor: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»; y cada vez derramando de nuevo su sangre para merecernos el cielo.

No; París no vale una Misa, porque una Misa puede hacer que París sea perdonado, que á Francia entera le sean perdonadas sus impiedades: una Misa puede salvar al mundo.

—

No digáis, pues, ni por chiste: «Una Misa más ó menos, ¿qué importa?»

¡Una Misa más! ¡Oh! Sí importa mucho al mundo entero que se diga. Mucho importa á vosotros mismos oirla ó hacerla celebrar.

Una Misa más es Jesucristo, que extiende sus brazos sobre el mundo para protegerlo y detener la justicia de su Padre, dispuesta á herirlo. Si el mundo no ha sido aniquilado, lo debe á esa Misa que día y noche, sin interrupción, se celebra en el universo entero.

Una Misa más es un nuevo torrente de bendiciones y de gracias que se escapa de Dios Padre, en vista de la sangre de su Hijo,

para fecundar nuestros débiles deseos de conversión; para llevar á su madurez nuestros proyectos de perfección; para multiplicar las almas puras y castas, los hombres generosos y magnánimos, los verdaderos y sólidos cristianos.

Una Misa menos es un santo, quizá muchos santos menos en el Cielo; es un pecador menos arrancado á los lazos del pecado; un alma menos aliviada ó absolutamente libertada de las llamas del Purgatorio, y esta alma puede ser la de vuestro padre, de vuestra madre, de vuestra hermana, de vuestro mejor amigo.

Una Misa menos es la Iglesia de Jesucristo privada de poderosos socorros de que tiene necesidad; es el mundo entero privado de una gracia de protección y de conservación.

Un sacerdote enfermo recibía de su médico la orden de no rezar el Oficio divino.

—¿Pero podré celebrar la santa Misa?—repuso él.

—¡Oh!, Sí sí,—respondió con viveza el cris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiano doctor.—Aunque se retrasara la curación de Ud. ¡Tenemos tanta necesidad de ella!

Jamás digáis: «Una Misa más ó menos, ¿qué importa?»

«Si no tuvieseis,—escribe monseñor Segur,—sino media hora que consagrar á la oración y al servicio de Dios, nada más útil podriais hacer para la gloria de Nuestro Señor, para la salud de vuestra alma y para el bien general de la Iglesia, que oir piadosamente la Misa.»

«Oyendo una sola Misa,—dice San Bernardo,—se puede merecer más que dando su fortuna á los pobres.»—«Yo más quisiera perder el mundo entero si lo tuviese,—decía un alma piadosa,—que perder una sola Misa; no hacer caso de una Misa es despreciar la sangre de Jesucristo, y esta sangre puede purificar mi alma y comprarme el Cielo.»

V

Incansable é imperturbable.

Hay en las almas verdaderamente santas dos cualidades que sólo son suyas, y que las otras almas admiran sin poder jamás imitarlas.

Son incansables é imperturbables.

Las palabras son bastante impropias, pero no podrían ser de otro modo, porque lo que expresan no es de la tierra.

Las almas santas, unidas estrechamente á Dios, participan de la naturaleza divina; pues bien: Dios, infinitamente bueno, está siempre dispuesto á recibirnos; es soberanamente *incansable*.—Dios, infinitamente grande, vive siempre en la calma y en la paz: es soberanamente *imperturbable*.

Estas dos cualidades forman una especie de *termómetro de la santidad*. Se dice que hace más ó menos calor en la atmósfera, según que el mercurio se acerca más ó menos á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un punto señalado; hay más ó menos santidad en una alma según que ella sea más ó menos incansable é imperturbable.

VI

¿Y no contáis para nada con el buen Dios?

De Emilio Souvestre, el narrador bretón, tomamos la página siguiente, que responde maravillosamente á la divisa de las Arenitas: «Sembremos buenos pensamientos, y recogeremos buenas acciones.»

Y tal vez más de un lector, después de haberla leído, oirá alguna vez la voz cascada de la pobre mujer de que aquí se trata murmurar á su alma: ¿Y no contáis para nada con el buen Dios? Y recobrará su valor.

—※—

En una ocasión vi á una anciana que agotaba sus fuerzas en empujar ante sí á un carrito.

Las desigualdades del camino hacían su empeño muy laborioso; caminaba lentamente, se detenía á cada minuto en busca de fuerzas, y después se duplicaba su valor.

Me conmoví, y el recuerdo de mi madre se presentó á mi espíritu; alcancé á la anciana, que acababa de detenerse.

—¡Eh! Buena vieja,—le dije sonriendo,—es mucha carga esa para Ud.

—Es verdad, hijo mío,—respondió deteniéndose y enjugando su frente, en la que el sudor se mezclaba con la escarcha.—Las fuerzas se van con la edad, mientras que el peso que hay que arrastrar es siempre el mismo: y, sin embargo, mire: Dios hace bien todo lo que hace. Jamás abandona á los pobres.

Le pregunté adónde iba de tal modo; me señaló la muralla, y quiso continuar su marcha. Yo puse entonces la mano sobre uno de los barrotes.

—Dejadme,—le dije con dulzura,—es mi camino; nada me costará hacerlo impulsando vuestro carrito.

Y sin esperar su respuesta, comencé á empujar el carrito delante de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La anciana no hizo resistencia; me dió simplemente las gracias, y se puso á caminar á mi lado.

Supe entonces que venía de comprar en el mercado una provisión que iba á revender.

Hacia treinta años que vivía de este comercio, que le había proporcionado los medios para educar á sus tres hijos.

—Pero cuando los vi grandes y fuertes, me los han quitado,—me dijo la pobre mujer;—dos han muerto en la milicia, y el otro está en presidio.

—¿De manera que se encuentra Ud. sola, sin otro recurso que el ánimo?

—Y con el protector de los que no tienen otro,—añadió,—*¿no contáis para nada?* Por vieja y miserable que sea, la idea de que *el rey de todo* os mira, os juzga y os está atento á todo, os mantiene. Cuando tengo demasiada fatiga y mis piernas se niegan á sostenerme, me pongo de rodillas, le digo lo que me aflige, y al levantarme me hallo con el corazón aligerado.

Sois demasiado joven para sentir esto; pero llegará un día en que comprenderéis por qué se enseña á los niños á decir: «Padre nuestro, que estás en los cielos.»

Yo no respondí, pero la luz se había hecho en mi espíritu.

Oyendo hablar á la anciana, mi corazón latía con vehemencia.

Yo la miraba cojear, veía su cabeza vacilante ya, toda ella encorvada como para recoger su paño mortuorio, y me admiraba de hallarla más fuerte que yo.

Es que el hombre tiene necesidad de un punto de apoyo más seguro que el de los hombres, y que para mantenerse sólidamente sobre ese abismo que se llama la vida, es necesaria una cuerda atada al mismo Cielo.

—

Cuando me separé de la anciana, me dió las gracias. Pero á decir verdad, yo era el que le debía agradecimiento.

En efecto, ella había despertado ideas que dormian en el fondo de mi espíritu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llegué á casa preocupado con mi encuentro.

Aquella tarde, mi mujer estaba muy triste. Comimos sin hablar nada. El niño se durmió. Después nos quedamos cerca del fuego.

Llegada la hora de acostarnos, tomé la mano de mi querida esposa, y atrayéndola suavemente,

—Hace mucho tiempo,—la dije,—que llevamos nuestras penas sólos, absolutamente solos.

Me puse de rodillas. Mi mujer hizo otro tanto sin decir nada.

Comencé entonces á repetir todas las oraciones que había aprendido en mi infancia, y que después habían quedado como en depósito en un rinconcillo de mi corazón. A medida que las palabras volvían á mi memoria, me parecía hallarles un sentido que nunca había percibido. Era una lengua que por primera vez comprendía.

No puedo decir si lo mismo pasaba á mi mujer; pero bien pronto la oí llorar en silencio.

Cuando me levanté, ella me abrazó sollozando.

—Has tenido una idea salvadora,—me dijo:—ahora que me has hecho pensar en Dios, siento que podría redoblar mi valor.

Y de hecho desde aquel día todo caminó mejor en casa. Nuestros corazones se habían rehabilitado. La oración de la tarde nos era una especie de reposo y nos enternecía.

¡Pobre anciana!

Mientras me contaba su vida, no sospechaba el bien que iba á hacerme.

Después no la he vuelto á ver, pero más de una vez la he bendecido.

VII

Cuatro palabritas.

Oración, trabajo, paciencia, sacrificio deberían ser para nosotros una especie de pastillas que convendría dejar que se liquidasen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suavemente, una después de otra, de modo que hubiera siempre una en el alma.

Remedio excelente en contra del *enfado, las contrariedades* y *el mal humor*.

VIII

Palabra aterradora.

¡Sí, aterradora! Y la única verdaderamente aterradora entre todas las palabras que aterrorizan.

Proferida con toda su crudeza, y por una boca autorizada, á la faz de un cristiano por indiferente que sea, le derriba, le aterra, le aplasta.

Pasado el momento de terror, podrá empeñarse en sonreir; pero esa sonrisa será falsa y el terror quedará en el fondo.

He aquí una palabra en toda su rudeza: «Os condenaréis.»

*

Un día, el apóstol de los obreros, M. León Harmel, encontró en un vagón al dueño de

una de esas fábricas en que los trabajadores, inflexibles tratándose de su ganancia y encallecidos para el cansancio, no conocen el descanso del domingo y apenas se acuerdan del santo nombre de Dios.

El dueño era hombre de bien, y aun cristiano práctico; deploraba la conducta de sus obreros, pero les dejaba obrar... ¿Qué podía hacer él?

Harmel le conocía íntimamente y le estimaba. En medio de la conversación, en uno de esos momentos durante los cuales el alma escucha á Dios que habla, Harmel, en voz baja, pero con esa palabra fuerte y convincente del cristiano que se mira apoyado por Dios,

— Cuando Ud. se muera, ¿cree que irá al Cielo?

— ¡Oh! Sí lo espero.

— Pues no. *Usted se condenará.*

Esto era terrible, frío, punzante. El patrono quedó mudo de asombro; sus labios se contrajeron, y Harmel continuó:

— Supongamos que, teniendo que partir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para América, confío la educación de mis ocho hijos á un amigo; al fin de algunos años vuelvo, y mi primer cuidado es informarme de cómo están; me los entrega muy desarrollados y llenos de salud, pero manchados y corrompidos, como los operarios de vuestra fábrica. ¿Sabe Ud. lo que haría yo? Sacaría la pistola y levantaría la tapa de los sesos á aquel que hubiera reducido á mi familia á tal estado de podredumbre, y no habría en Francia un Jurado capaz de condenarme.

¿Y quiere Ud. que el Padre celestial, que ama á sus hijos mucho más de lo que yo amo á los míos, y que tanto desea su salvación y se los ha confiado á Ud., *no condene á Ud.* cuando se los devuelva en ese estado?

No; no hay palabra más lógica, ni más terrible que ésa.

Angel del hogar en que, bajo la guarda de una madre que se cree cristiana porque observa á su manera algunos mandamientos de Dios y de la Iglesia, son educados en medio de una atmósfera relajada, muelle y sensual, hijos que Dios le había dado para hacer de ellos *unos santos*, y en cuyos intereses espirituales apenas piensa, ángel de ese hogar, decid á esa madre: *Te condenarás*.

Angel custodio de ese hombre que vive tranquilo porque es honrado en sus negocios, porque el honor del mundo le circunda con su aureola, pero que deja su interior vacío de toda práctica religiosa, no ocupándose de si su esposa sirve á Dios y sus hijos viven cristianamente, y que cree haber hecho todo su deber cuando ha doblado su fortuna y asegurado hermoso porvenir á su familia, decidle: *Te condenarás*.

A esa joven que procura economizar todo lo que puede de esos sacrificios impuestos por el Evangelio; que pretende servir á Dios y al mundo á la vez; que amalgama la santa comunión con la diversión mundana de la tarde porque no ve en ella el mal, ni en ella

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace el mal, ángel guardián, decidle á la hora en que, olvidando voluntariamente la visita que Dios le hizo en la mañana, se prepara para lucir y agradar: *Te condenarás.*

El patrono á quien M. Harmel había hecho oir esta palabra aterradora, estrechó la mano de ese cristiano que comprendía lo que vale una alma y lo que pesa el cargo de almas, y con voz un poco temblorosa pero firme,

—Yo no me condenaré,—respondió:—ya no dejaré en el abandono á las almas que Dios me ha confiado.

El Cielo no se abre para aquel que, habiendo tenido cargo de almas en la tierra, se presenta solo á las puertas de la gloria, á menos que sus ojos, hinchados de llorar y su corazón ensangrentado, manifieste el dolor que ha sentido por la pérdida de los suyos, y los sufrimientos que ha soportado para llevarlos á Dios.

¡Oh, qué bien expresa la verdad esta palabra: *cargo de almas!*

Las almas que nos están confiadas, cargan sobre nosotros con todo el peso de los pecados que les dejamos cometer.

IX

El puente.

¡Extraña poesía la que vais á leer!

Ella nos trasporta á una atmósfera que no es aquella en que ordinariamente se mantienen las Arenitas, pequeñas y sencillas piedrecitas á las que es necesario, para cumplir su misión, un gusto más puro, imágenes más palpables, alturas más serenas.

Nosotros admitimos, sin embargo, esta página de un poeta que ha compuesto *con demasiada grandeza*, pero que ha *compuesto con grandeza* porque, después de todo, esta página eleva el alma, y todo lo que eleva nos cae bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PUENTE

Ante mis ojos no había más que tinieblas.

El abismo que no tiene bordes ni cima, estaba allí silencioso, inmenso, inmóvil.

Yo me sentía perdido en lo infinito.

En el fondo, á través de la sombra que constituía un velo casi impenetrable, se traslucía á Dios como una estrella luminosa.

Entonces exclamé: ¡Alma mía! ¡Alma mía, sería necesario para atravesar este abismo en que ningún borde aparece, y para llegar en esta misma noche hasta tu Dios sería necesario levantar un puente gigantesco sobre millares de arcadas!

¿Quién lo podrá levantar?

Y, sin embargo, yo tengo necesidad de llegar á Ti, ¡oh Señor!

Un fantasma blanco se presenta entonces á mis ojos, mientras miraba á la sombra con espanto. Este fantasma tenía la forma de una lágrima.

Tenia frente de virgen y manos de niño. Se

parecía al lirio defendido por su blancura.

Sus manos, al juntarse, producían la luz.

Me mostró el abismo adonde va todo polvo.

Era tan profundo que ni un eco respondía á mi voz.

—Si queréis,—me dijo el fantasma,—yo levantaré el puente.

Mirélo con ojos espantados, y

—¿Cuál es tu nombre?—le dije.

Y él me respondió:

—La oración.

Sí; es tierna la imagen que me representa á la oración llenando el abismo que el pecado ha abierto entre Dios y yo; pero yo prefiero la imagen más sencilla que produce en mi alma esta definición de la oración: *El encuentro del alma con Dios.*

¡Oh, quién podrá expresar la alegría que en este camino de la vida, algunas veces tan desierta y tan triste, experimenta el alma al encontrarse repentinamente ante Dios!

Ante ese Dios á quien ella ha llamado con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un grito escapado casi contra su voluntad, obligada como estaba por el temor, por la indigencia, por el arrepentimiento y por el amor. Ante Dios que se hace sentir súbitamente á ella y le dice: *¡Soy yo!*

¡Vos, Dios mío!

Y yo puedo teneros cuando quiera, encontraros cuando quiera, vivir con Vos, cerca de Vos, unido íntimamente á Vos, siempre que quiera. ¡Vuestro amor os pone *á las órdenes de vuestras criaturas!*

Cuando me siento culpable llamo á Dios, y Él se muestra bueno, cariñoso; porque si yo os llamo después de alguna falta, ¡oh Dios mío!, es porque me arrepiento, es porque quiero expiar, quiero volver á Vos.

Cuando me siento enfermo y fatigado llamo á Dios, y viene á hacerme compañía, á aliviar mi sufrimiento, á hacerlo meritorio, á hacerme sentir la abnegación de una madre y la dulce palabra de una Hermana de la Caridad.

Cuando estoy en grave riesgo de sucumbir

á la tentación llamo á Dios, y siento como una fuerza nueva en todos los miembros; y mi alma, como si tuviese alas, vuela y se escapa de las asechanzas del espíritu tentador.

Agobiado bajo el peso insoportable del fastidio llamo á Dios, y siento que la vida vuelve. Es la alegría, es la paz, es el amor.

Recargado de trabajo, rodeado como de una red que se estrecha más y más, no sabiendo qué hacer ni á qué resolverme, llamo á Dios, y la luz se hace; suavemente se disipan las nubes, suavemente se ensancha la red que me oprimía, y veo, y sé y consigo mi objeto.

¡Oh! *Dios y yo,* dulce vida *de dos* en la que todas las cosas son comunes: alegrías, penas, trabajo, fatigas, esperanzas, ¿cuándo, pues, seréis mi vida?

¡Dulce vida *de dos* que presta encanto á todo dolor, añade esplendor á toda luz, alegría á toda dicha, mérito á todo deseo, ¡oh! ¿cuándo serás mi vida?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

Á propósito de encajes.

No había una mujer tan simpática, discreta y amable como la señora B..., ni tampoco quizás había otra de virtud más sólida que ella.

Su marido estaba orgulloso en poseer tal esposa; le gustaba lucirla, y siendo muy rico, jamás objetaba una sola palabra á las continuas demandas de dinero que le hacía. ¡Sabía hacerlas con tanta gracia!

Invitados un día á una tertulia, ella se presentó radiante con una falda notable por sus finísimos encajes, que excitaban la admiración y también la envidia.

En las revueltas del baile, un ligero choque hizo caer algunos hilos de esos encajes, que al momento fueron recogidos por sus oficiosas vecinas.

Un instante después rodaba por toda la

sala un burlesco murmullo: «¡Falsos! ¡falsos! ¡Encajes imitados!»

Al día siguiente el marido recibía un billetito con firma ilegible, en el que se burlaban de su *falso lujo*.

La palabra *cursi* es el terror de los maridos.

Preguntada la señora, se puso á reir, y respondió sencillamente:

—Es verdad.

—Pero dirán que estoy arruinado.

—¿Y qué importa con tal que no lo estés?

—Pero, ¿qué haces con el dinero que te doy?

Ella le enseñó un gran registro, conteniendo las cuentas de pan, de ropa dada á los pobres, de pagos de alquiler, etc.

El marido, apretando la mano de su mujer,

—Eres un ángel,—le dijo, casi con lágrimas en los ojos.

—Todavía no,—respondió ella sonriendo,—pero puedo serlo si me obligas menos á presentarme en el mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

Las lecciones del anciano.

Hace ya mucho tiempo que ha abandonado su sitio, bajo el gran tilo de la aldea, para ir á encontrar otro mejor en el Cielo, el buen anciano á quien llamábamos los niños el *Padre Parábola*.

No se molestaba por esta denominación, y á los más malignos respondía con esa dulce sonrisa, que caía sobre nuestros corazones serena y grata como un rayo de la luz del día: *Para servir á ustedes, niños; mi mercancía no cuesta mucho.*

Él nos la distribuía con amabilidad y gracia que á todos nos encantaban. ¡Tan agradable era su mercancía, con tanta bondad nos la daba y de modo tan paternal, y costándonos muy poco oirle: *comparaciones espirituales, graciosas alegorías,* apropósitos delicados, imágenes llenas de vida y de sentimiento!... Se parecen á esos rosales de otoño

cargados de flores, y que á la menor sacudida dejan caer una lluvia de hojas rosadas y blancas.

Al retirarnos de él nos sentíamos contentos, con el espíritu graciosamente coronado de risueños y útiles pensamientos.

¡Cuántas veces vi yo mi canastillo lleno! No he sabido conservar su primitiva frescura á las flores que en él ponía; pero al menos he sabido acordarme de su perfume, y vengo á repartir un poco de él alrededor de vosotros.

—

Un día en el bosque, los niños juntábamos todos las castañas caídas por las sacudidas del viento.

Él se reía de nuestros esfuerzos por arrancar las espinas y entreabrir más fácilmente en seguida la envoltura que esconde el fruto, y nuestros dedos, heridos por ellas, estaban llenos de sangre.

—Os hacéis sangre en los dedos, niños míos,—nos dijo:—es que no sabéis la manera de tomar las castañas. Mirad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y buscando un puntito negro cerca del pedúnculo, hincó en él una punta, y la envoltura se abrió sin esfuerzo.

—Así somos todos,—exclamó él:—los defectos nos rodean más ó menos, y si queremos vivir en paz con todos es menester hacerlos á un lado más bien que arrancarlos. Con aquellos que os aman id rectamente hacia el corazón, sin preocuparos demasiado por sus defectos.

-x-

En el tiempo en que el trigo estaba maduro, le gustaba llevarnos por los campos y hacernos recoger las azules florecillas que entre ellos crecen; gustábanle aquellas flores quizá porque se asemejaban á sus palabras, siempre agradables, pero siempre mezcladas con pensamientos útiles.

Nos hacía advertir cómo algunas espigas subían mucho y muy rectamente, mientras que otras, apenas crecidas, se inclinaban hacia el suelo.

—Las primeras están vacías, —exclama-

ba, —y las otras llenas: jamás os fiéis de las apariencias, hijos míos. Así sucede entre los hombres: aquel que lleva la cabeza más alta y que pretende mostrarse el primero en todas partes, no es el más rico en buen sentido y en virtud: el mérito es modesto.

-x-

Una tarde que bajábamos por la colina, volvimos la cabeza al ruido desagradable de un carro que venía detrás de nosotros.

—Porque no está cargado,—nos dijo entonces, — hace ese ruido tan desagradable. Mientras menos seriedad y sensatez hay en una cabeza, más dejan los labios escapar palabras altivas. Aquel que sabe mucho, reflexiona, y habla con mesura y prudencia; aquel que sabe poco, es siempre el primero en decidir.

—Pero, Padre Parábola, ved allá abajo, en el camino, ese carro que casi queda escondido por las hierbas de que está cargado, y que á pesar de estarlo hace ruido.

—Es que se han olvidado de untar aceite

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á las ruedas. El saber es bueno, hijos míos; pero la dulzura que lo distribuye le da un valor que lo hace amar, recibirlo y aprovecharlo. La virtud es hermosa, pero la virtud sin bondad no se hace admirar sino de lejos. Para ser útil, hijos míos, es necesario hacerse amar; para hacerse amar es necesario agradar, y para agradar es necesario poner un poco de aceite en todas las palabras y acciones.

Habíamos salido una mañana de primavera de excursión hacia la montaña, cuando repentinamente una neblina espesa nos ocultó el camino, y nos detuvimos indecisos.

—Adelante, adelante,—nos dijo él:—estas nieblas parecen impenetrables, y no lo son; parecen negras, y no lo son; sumerjámonos en su profundidad, tomando, sin embargo, algunas precauciones, y tapándonos la boca para que no penetren en el pecho, y veréis qué pronto desaparecerán. Así sucede con las dificultades de la vida, hijos míos: es necesario no dejarse asustar nunca y retroceder delante de ellas cuando se trata del cumplimiento de un deber. Retroceder en este caso es cobardía. Es necesario mirarlas cara á cara, examinarlas, precaverse contra ellas y hacerles frente con firmeza. Hay pocas cosas en el mundo que puedan resistir á la voluntad humana cuando procede con la debida prudencia y cuando sabe cumplir un deber.

—Nosotros escucharemos todavía vuestras lecciones, amable anciano, y en esos momentos de reposo y de paz, que son tan raros en medio de un trabajo febril que nos consume, y que por lo mismo son tan dulces y tan buenos, volveremos á sentarnos cerca de vos y os diremos: *Habladnos, habladnos aún.*

XII

El ángel y el alma.

¿Quién no se ha conmovido piadosamente oyendo cantar delante del Santísimo Sacra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
0 11 927

mento la suave melodía escapada del corazón de un obispo, y en la que un ángel y un alma repiten los dos á la par su ventura?

Permitidme haceros oir aún, en lenguaje más sencillo, este dulce cambio de palabras de un ángel y un alma llamados á hacer media hora de guardia delante del santo Tabernáculo, y hablando los dos de su mutua felicidad.

EL ÁNGEL

Yo soy más feliz que tú, alma por otra parte dichosísima; yo soy más feliz, porque *yo amo más;* ¿el más feliz no es el que ama más? *Amar* es hacer de dos voluntades una sola; y, ¡oh Jesús! ¿mi voluntad no está cerca de la vuestra, unida, fundida en cierto modo con la vuestra?

Yo amo más que tú, porque yo amo *únicamente*. Jesús es el objeto de todos mis pensamientos, de todos mis deseos, de todas mis aspiraciones. Tú tienes padre, madre, amigos: bien sé yo que puedes amarlos en Dios y por Dios; pero ¡qué difícil es contener en sus límites los transportes del afecto y del reconocimiento! Pero yo, ¡ah! ¡yo amo á Jesús! ¡nada más que á Jesús! Y á vosotras, criaturas de Dios, yo os amo únicamente para llevaros á Jesús.

Yo amo más que tú, porque yo amo más *completamente*. Nada, nada me aparta del amor de Jesús: ni la belleza material, ni la belleza moral, que siempre atrae un poco; ni las necesidades materiales que obligan á dormir, á reposar, á olvidar, aunque sea momentáneamente, á Jesús; ni los negocios, que siempre apartan un poco del pensamiento de Jesús. Nada, nada me detiene en mis transportes hacia Jesús.

Yo amo más que tú, porque amo más *ardientemente*. Yo conozco á Jesús mejor que tú: tú no ves á Jesús sino en enigma; yo le veo cara á cara: tú no ves sino las san-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas especies, pero yo, yo veo la sonrisa de Jesús, oigo sus palabras, contemplo sus perfecciones, y arrebatado me siento, como á pesar mío, pero muy voluntariamente atraído con una fuerza irresistible y prodigiosa, hacia esta belleza siempre antigua y siempre nueva.

Sí, sí, yo soy más feliz que tú porque amo mas que tú.

EL ALMA

Paréceme que yo soy más feliz que tú porque me siento amada de una manera más sensible. ¡Oh! Es muy hermoso amar, consagrarse, entregarse; hay, ciertamente, algo muy grande en todo esto; pero para mí, unida á los sentidos, es mucho más dulce ser amada.

Angel, hermano mío, yo envidio tu dicha; pero tú también envidias la mía.

A ti jamás dijo Jesús: *Llámame tu padre.*

Él es tu Dios como es el mío, tu criador lo mismo que mío. Él es tu Padre: ¿pero te ha mandado alguna vez que le des este nombre? ¿Conoces la dicha que produce en el alma este nombre de Padre dado á Dios? Un padre es la ternura, es la fuerza, es la riqueza, es la protección, es el perdón, es todo lo que el corazón puede desear. ¿Has sentido alguna vez el amor de un padre?

A ti jamás dijo Jesús: *Tú eres mi hermano;* pero me lo dijo á mí, y la sangre que corre en mis venas corre también en las suyas; y cuando dice á la Santísima Virgen: *Madre mía,* yo puedo como Él, y con tanto derecho como Él, decirle también: *Madre mía.*—¿Has sentido el amor fraternal?

A ti Jesús ha dicho: Adórame, ámame, permanece cerca de mí; pero no te ha dicho esa otra palabra, colmo del amor: *Cómeme, y de mi carne y de la tuya no se formará más que una; y de mi ser y de tu ser no se*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

formará más que un ser.—¿Has gustado la santa Comunión?

A ti te ha preservado de las manchas, y éste es, lo comprendo, el acto más grande de amor; pero á mí me ha perdonado; ha venido á buscarme en el fango en que había caído, y me ha elevado hasta Él. ¡Oh! Es necesario ser muy amado para ser objeto de un perdón tan generoso.—¿Has sentido alguna vez las emociones del perdón?

Sí, sí, yo soy más feliz que tú porque me siento más amada que tú.

El ángel sonrió dulcemente al alma, que parecía haber triunfado.

—Sí,—le dijo:—tú eres más amada de una manera más sensible al menos; sí, tú puedes más sensiblemente manifestarle tu amor, porque tú puedes sufrir algo por Jesús; pero, pobre alma, hay algo que me hace más feliz que tú.

Y con voz un tanto conmovida, el ángel murmuró en voz baja:

—Tú puedes ofender á Jesús, y yo no le puedo ofender.

Entonces el alma inclinó la cabeza, y murmuró tristemente:

—¡Sí, ángel del paraíso, tú eres más feliz que yo!

XIII

Un modelo al alcance de todos.

¿Quién no ha deseado algunas veces tener cerca de sí un modelo que *dulce* y *discretamente* le indique su deber?

Pues bien: ese modelo ahí está; cerca de ti, ¡oh niña!, ¡oh joven!, ¡oh madre de familia! Pasa todos los días bajo vuestros ojos; vive en vuestra casa; es silencioso, discreto, paciente.

Dejadme referiros sus virtudes, sus funciones, su naturaleza. Acaso, cuando os las haya hecho conocer, digáis con sentimiento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de vergüenza: ¿Por qué la he desconocido durante tanto tiempo?

I.—Sus virtudes

Ella trabaja, y no es ni agradecida ni loada, sino la mano á quien ayuda, y que sin ella nada podría hacer.

Ella trabaja, y una vez que acaba de trabajar es relegada á un rincón y olvidada completamente; se la oculta de las miradas, como un objeto de que se cuida poco y que apenas merece ser visto, y mañana, y pasado mañana, lo mismo que ayer, y hoy, y siempre, se mostrará con la misma sumisión y la misma actividad.

Ella trabaja, y con este trabajo de todos los días se va usando lentamente hasta la última fibra de su ser; y llega una hora en que, no siendo buena para nada, es arrojada desdeñosamente á la calle. Un pobre que acierte á pasar recogerá este informe despojo que no tiene nombre, y poco después, en su chimenea casi apagada, se oye un ligero chirrido,

se eleva una viva llamarada; es que este modelo de trabajo, de abnegación, de humildad, por última vez calienta manos entumecidas por el frío, y desaparece confundiéndose con el azul del cielo.

¿No es verdad que son muy bellas las virtudes del modelo que os propongo: trabajar, ocultarse, consumirse, morir y desaparecer olvidado?

II.—Sus funciones

Ella es la auxiliadora indispensable de la prosperidad de una familia: en ella hace reinar la limpieza, pues la limpieza es el orden; el orden es el bienestar; el bienestar es el contento; el contento es la virtud; la virtud es el cielo.—Una casa sin ella, es una casa sin atractivo y sin alegría; es una casa que se convierte en ruinas.

Ella es el servidor silencioso y abnegado que se adapta á todas las manos, se adapta á todas las exigencias, se presta á los más distintos empleos. En las torpes manos del niño

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aturdido, lo mismo que dirigida por la mano más experta de la mujer laboriosa, permanece siempre la misma, tranquila, laboriosa, funcionando siempre con la misma docilidad. ¿Se la deja? Cesa de trabajar. ¿Se quiere trabajar más? Se ofrece, se presta; está allí, siempre allí, no estorbando jamás.

¿No es verdad que son importantes las funciones de este modelo?

III.—Su naturaleza

Ahora es necesario deciros lo que es este modelo.

Es una reunión de tallos débiles y menudos, recogidos en los montes, donde el jugo vigoroso que suministra un terreno pedregoso los ha alimentado y vigorizado, puestos un poco al sol para que las seque, y pacientemente reunidas por las manos débiles de una mujer ó de un anciano incapaz de un trabajo más fuerte.

¿Adiviná is ya su nombre?

¿No intentáis acaso pronunciarlo con una sonrisilla burlesca?

Sí, sí; ríete, joven aturdida; pero acuérdate de que, si quieres ser útil y cumplir en medio de tu familia una parte de la misión que Dios te ha confiado, recuerda que debes á menudo poner los ojos en este modelo.

Miradlo: está allí, detrás de esa puerta, inmóvil, paciente, esperando que le pidáis un servicio y una lección.

Este modelo se llama *la escoba.*

XIV

¿Estoy en el buen camino?

Sí, si no tengo:
Ni rencores en mi corazón,
Ni vanidad en mi espíritu,
Ni singularidad en mis acciones,
Ni egoísmo en mis relaciones de familia ó de amistad,
Ni acritud en mi carácter,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ni malevolencia en mis juicios,

Y si cumplo todos mis deberes sin afectación y sin debilidad bajo la mirada de Dios.

XV

Estoy perdiendo el tiempo.

Con mucha frecuencia se escapa de los labios, con acento de despecho, esta palabra: «Estoy perdiendo el tiempo», y produce en todo nuestro ser un movimiento de impaciencia que se manifiesta en la actitud, en los movimientos, en el ceño del rostro.

Si alguno, cuya presencia es indispensable para comenzar un trabajo, se hace esperar, «Se pierde el tiempo», exclamamos, y Dios sólo sabe los pensamientos malévolos que nos asaltan contra el autor de este accidente.

Si sufrimos un retardo imprevisto en alguna antesala, «Se pierde el tiempo», decimos, al mismo tiempo que pasamos revista con febricitante rapidez á todo lo que hubiéramos podido hacer.

Pues bien: si hubiese en nosotros un poco de espíritu cristiano, ¡qué bien y con cuánta utilidad sabríamos emplear útilmente el tiempo que Dios nos concede para encaminarnos directamente á Él!

¿No habéis visto en un retirado rincón de una sala de espera, testigo de vuestra impaciencia, á alguna pobre mujer con el rostro tranquilo y los ojos bajos sin afectación?... Ella espera lo mismo que vos; como vos, más que vos quizá, tendrá negocios urgentes, y, sin embargo, permanece tranquila.

Es que silenciosamente *ora*.

Sabe perfectamente bien que no es perdido el tiempo que nos acerca á Dios, que nos pone en comunicación con Dios, y por eso recorre las cuentas de su rosario ó recita algunas oraciones enriquecidas con indulgencias, pensando en sus pobres muertos.

Decidme: ¿este tiempo es tiempo perdido?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Os hablamos alguna vez de una buena alma que iba por las calles sembrando Avemarías, como en tiempo de epidemia se siembran substancias olorosas que absorben los miasmas y derraman un perfume fortificante; las detenciones forzadas que interrumpen la actividad de nuestra vida son el tiempo, especialmente dado á Dios para esta semilla de oraciones á través de las almas.

¿Sabéis que durante esos minutos que llamáis perdidos en vuestro lenguaje humano, un Padrenuestro ó un Avemaría piadosamente rezados pueden detener el brazo de Dios, pronto á caer sobre un alma culpable, y puede detener en el borde del abismo á un alma fuertemente tentada, é impedirle que cometa un pecado mortal?

¿Sabéis que un Avemaría pronunciada cerca de un alma que está ahí, á vuestro lado, y que no sospecha ese algo de divino de que la rodeáis, puede ser para ella una luz que le muestre el deber que olvidaba, una esperanza que le vuelva la paz, un rayo de alegría

que calme su dolor, un sentimiento de dignidad que le haga cerrar disgustada el mal libro que iba á leer?

¿Sabéis que yendo y viniendo, y pronunciando en voz baja una palabra divina, un grito de misericordia, un acto de amor de Dios en medio de esa multitud que está impregnada de una atmósfera sensual, impía, burlesca, exhalada por los periódicos que andan en todas las manos, haciais una cosa más útil que la que haría quien para perfumar el aire arrojara numerosas gotas de esencia perfumada?

Vos desinfectáis las almas: ¿y esto es perder el tiempo?

No; no serán pérdidas, si no lo queremos, esas horas de retardo y de espera que tan á menudo nos hacen murmurar; serán las mejores horas de nuestro día, porque en ellas nos consagraremos enteramente á salvar las almas de nuestros hermanos.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

Bajo la mano de Dios.

Ozanam, esa bella inteligencia, que fué —dice Lacordaire—el maestro de muchos y el consolador de todos, escribía cuando estuvo enfermo esta hermosa página:

«Yo cumplo hoy mi cuadragésimo año, más de la mitad del camino ordinario de la vida. Sé que tengo una mujer joven y amada, un niño encantador, excelentes hermanos, una segunda madre, muchos amigos, una carrera honrosa, y trabajos llevados precisamente hasta el punto en que pueden servir de fundamento á una empresa largo tiempo soñada.

»Y he aquí, sin embargo, que me veo asaltado de un mal grave, pertinaz, y que trae consigo un agotamiento completo. ¿Será necesario abandonar estos bienes que Vos mismo, ¡oh Dios mío!, me habéis dado? ¿No queréis, ¡oh Señor!, contentaros con una parte

de mi sacrificio? ¿Cuál de mis afectos queréis que os inmole? ¿No aceptariais el holocausto de mi amor propio literario, de mis ambiciones académicas, de mis proyectos de estudio en lo que se mezclaba quizá más orgullo que celo de la verdad?

»Si vendiese la mitad de mis libros para dar el precio á los pobres, si consagrase el resto de mi vida á socorrer á los indigentes y á instruirlos, ¿quedariais satisfecho, ¡oh Señor!, y me permitiriais el consuelo de encanecer cerca de mi mujer y de educar á mi hijo? Puede ser, ¡oh Dios mío!, que no queráis esas ofrendas interesadas. Soy yo, yo, lo que pedís. ¡Pues bien, aquí estoy, Señor!

»Yo iré si me llamáis, y no tengo derecho de quejarme. Habéis dado cuarenta años de vida á una criatura enfermiza y débil, que hubiera muerto diez veces si diez veces no la hubieran salvado la inteligencia de un padre y la ternura de una madre. Que los míos no se escandalicen, ¡oh Dios mío!, si no queréis hacer un milagro para curarme. Vos escucha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

réis sus oraciones dándome el valor de la resignación, la paz del alma y esos consuelos inexplicables que acompañan á vuestra presencia real. Vos me haréis encontrar en la enfermedad una fuente de méritos y de bendiciones, y estas bendiciones las haréis caer sobre todos los míos, á quienes más que mis trabajos habrán quizá servido mis sufrimientos.»

XVII

Pequeñas industrias para volver la paz al alma y hacerla adquirir merecimientos.

Sentir contento de que los demás prosperen mientras que nosotros quedamos en la sombra y algún tanto olvidados.

Este es el deseo de San Juan Bautista hablando de Nuestro Señor Jesucristo: *oportet illum crescere, me autem minui.* Él debe crecer, y yo empequeñecerme.

¿Por qué no hemos de ver á Jesucristo en la persona de todos aquellos que trabajan con

nosotros y cerca de nosotros, y por qué no hemos de decir en voz baja, asociándolos á nuestro trabajo, ó asociándonos nosotros al suyo: Que ellos se engrandezcan, ¡oh Dios mío!, que ellos os hagan conocer, que ellos os hagan amar ya que son más dignos que yo?

Aquel que supiese orar de esta manera, gozaría en el mundo de lo más dulce, más fuerte, más embriagador y más suave; tendría paz en su alma y ternura en su corazón, se vería rodeado de la estimación de todos, estaría al abrigo de las tristezas, y cuando se dirigiese Dios se vería amado con amor paternal.

Hay muchos hombres que tienen un gran miedo á lo que se llama olvido, sombra, aniquilamiento, trabajo ofuscado por el trabajo de otro. Y sin embargo, en este medio que no es la noche, pero que tampoco es el pleno día, las almas delicadas viven más larga vida, dan por más tiempo su perfume, y llenan de una manera más durable la misión que tienen que cumplir en él. Dios toma para sí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuanto ellas hacen; el demonio nada halla que apropiarse.

Ver brillar los demás y quedarse en la sombra; verlos aplaudidos y quedar olvidado; verlos prosperar y ser uno desgraciado en sus empresas; trabajar, producir y ver á los demás que recogen los frutos de este trabajo, es duro, muy duro, á la pobre naturaleza humana, que no ha sabido ó no ha querido dejarse penetrar de la virtud de la santa Eucaristía; y, sin embargo, es necesario que en todo haya un primero, un segundo y un último; y ¿por qué quisiéramos ser siempre y en todo los primeros? ¿Es esto justo? ¿Es bueno? ¿Es ni siquiera posible?

Y ese deseo de brillar, de ser los primeros, de ofuscar á todo émulo, ¿no tendría tanta razón de ser en los demás si lo era como en nosotros?

Estudiado en el corazón de los demás este deseo, es una locura; ¿cabe que por nacer en el nuestro llegue á ser bello y legítimo?

Ese deseo de ser siempre el primero en todo, siempre y en todas partes, que no nos atrevemos á confesar pero que se acoge, se fomenta y se ama, es la fuente de los sentimientos más viles y vergonzosos: celos, antipatías, cábalas, odios, calumnias... y humanamente hablando, es casi imposible de desarraigar.

¡Oh! Esas bellas letanías de la humildad que hemos dado otras veces, cuánto tenemos que recitarlas á menudo y decir todos los días á Dios esta oración de un santo: «¡Oh Dios mío, Dios mío! Ocultadme un poco, á fin de que el demonio no me encuentre.»

No rehusar ningún servicio cuando podamos prestarlo sin faltar á nuestro deber.

El segundo medio para conservar la paz es considerarse como colocado directamente por Dios en una familia ó en una comunidad, para ser por orden suya, y bajo su mirada y protección, *el servidor de todos.*

¡Oh! Dulce y magnífica misión es la que acepta con gusto el Soberano Pontífice el día

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en que, elevado sobre el primer trono del mundo, se firma «siervo de los siervos de Dios.»

Es la de Jesucristo, que á todos nos dice: «Yo no he venido para ser servido, sino para servir.»

¡El servidor de todos! Sin duda este título impone penosas y difíciles obligaciones.

Él obliga á molestarse sin mostrar despecho, á prestar lo propio sin inquietarse por el temor de que se maltrate ó se pierda, á dar parte de lo que uno sabe sin inquietarse por la gloria que obtendrá el otro más bien que nosotros, á fatigarse en caminatas ó trabajos penosos, á no oponerse jamás, á encargarse de una multitud de comisiones, á aparecer siempre contentos...; pero una vez aceptado este título como venido de Dios, con la certidumbre de que Dios nos lo impone, y que Él, el amo, nos sigue con la mirada, contando nuestros pasos, escribiendo todo para recompensarlo todo... ¡oh! esta consideración iluminaría con luz divina nuestra vida entera.

Este título de servidor de todos haría desaparecer las rivalidades, los celos, los enfriamientos. Multiplicaría la abnegación, haría nacer el afecto, estrecharía la amistad, desterraría la tristeza y llenaría el hogar cristiano de gozo y alegría.

Mientras más en una familia ó en una comunidad un miembro se hace el servidor de todos, es más feliz. Haced la prueba.

XVIII

Dos costumbres.

Bajo este título, una madre de familia escribe en sus memorias las páginas siguientes. Nosotros las ofrecemos en los primeros días del año como el consejo más prudente y más fácil de seguir. ¡Dichosas las familias que comprendan su importancia!

«Nosotros éramos pobres, muy pobres: nos era necesario un trabajo asiduo y extrema economía para alcanzar á procurarnos lo estrictamente necesario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Y, sin embargo, mi padre jamás se entristecía.

—»Estamos sin un céntimo,—decía algunas veces.—¡Qué bien voy á dormir esta noche! No hay almohada más mullida que la confianza en Dios. Paréceme que, cuando nada tengo, es cuando reposo mejor.

»Rara vez la Providencia desmentía este filial abandono; nosotros no sabíamos cómo, pero siempre los recursos llegaban con oportunidad.

»No quiero entrar en pormenores; prefiero exhortar á los que me vean á consultar con su propia experiencia; que tengan valor para obrar así, y verán cómo la Providencia viene en auxilio de ellos.

»¿Y se sabe á quién atribuía mi padre esas atenciones divinas siempre nuevas, siempre inagotables? A dos costumbres que él llamaba sus costumbres de familia, y que amaba de una manera especial.

»La primera era la oración en común.

—»Yo creo en la verdad eterna,—decía él;—

en donde muchos oran en nombre de Jesucristo, Jesucristo se encuentra en medio de ellos, y ciertamente que no viene con las manos vacías. Un señor tan grande siempre trae alguna cosa consigo.

»Así es que todas las mañanas y todas las noches, exceptuando la mañana en tiempo de las grandes labores, nos debíamos reunir todos, y cada uno hacía según su turno la oración en alta voz.

»Generalmente, nuestras oraciones acababan por un *Pater noster* por las necesidades presentes, y este Padrenuestro jamás mi padre lo encomendaba á ninguno.

—»Soy el jefe,—repetía,—soy el padre, y á mí toca la comisión de presentar al gran Padre de familia las necesidades del hogar.

»Su acento era siempre grave, á menudo conmovido, cuando rezaba esta hermosa oración, y nos admiraba sobre todo ese tono de profunda convicción con que pronunciaba estas palabras: «Hágase tu voluntad, así en la »tierra como en el cielo.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Paréceme con toda certeza que á esta tierna invocación de nuestro buen padre debemos la maravillosa atención con que la Providencia proveía á nuestras necesidades.

»La segunda costumbre que mi padre había establecido entre nosotros, era que nunca pasaba un día sin que al menos uno de los miembros de la familia asistiese á la Misa é hiciese una visita al Santísimo Sacramento.

—»Lo menos que debemos hacer,—decía con su dulce gravedad,—mientras que vivimos en este mundo, es que uno de nosotros vaya á dar á Dios las nuevas de los demás. Es como un diputado que le enviamos para hacerle saber que estamos allí y que tenemos necesidades: es el pájaro que va á buscar el alimento de su cría.

»No tengo necesidad de añadir que él desempeñaba esta comisión con la mayor frecuencia posible.

»Jamás olvidaré el hecho que voy á referir.

»Era una tarde del mes de Agosto: el tiempo había estado extraordinariamente caluroso, y al declinar el día se formó una tempestad horrorosa. El trigo estaba ya cortado y tendido en el campo, y á gran prisa nos empeñamos en ponerlo á cubierto antes de que estallase la tempestad.

»Gracias á Dios que conseguimos hacerlo; pero apenas la última carreta entró bajo techado, cuando el rayo, los relámpagos y una lluvia torrencial alborotaron la naturaleza. En mi vida había visto tempestad más terrible.

»Mi padre se acordó entonces de que no se había pagado el tributo habitual, la visita al Santísimo Sacramento. Se levantó al punto, y á pesar de las observaciones que se le hicieron, á pesar del trueno, el viento y la lluvia, no obstante la distancia considerable que nos separaba de la iglesia, quiso absolutamente hacer su visita, y la hizo más larga que de costumbre.

—»Ahora,—dijo al volver mojado hasta los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

huesos,—podré dormir bien tranquilo; nunca duermo bien cuando tengo alguna deuda que pagar ni dinero en la bolsa.»

XIX

La voz que me aconseja.

«Cada vez que tropieces con un sufrimiento ó con un obstáculo, busca á Dios en el fondo de ti misma y pídele consejo», decía á una joven una de esas mujeres del pueblo á quien la fe había iluminado con claridades más luminosas que las que da la ciencia humana, y por la que ella había aprendido en la vida muchas más cosas de las que saben nuestros grandes moralistas.

—»Y,—añade la joven,—esta palabra tan sencilla y tan elevada, que cayó sobre mi alma en una edad en que la comprendía apenas, me ha iluminado sobre lo que debería hacer, y siempre me ha procurado la paz y la tranquilidad.

»Un día en que había oído muy duras palabras, y que sabía se tramaba contra mí algo que me sería muy penoso, me acordé de este consejo, y miré á mi Dios en mi alma, y me pareció oir su voz, dulce como la brisa entre las flores, como una sonrisa de benevolencia paternal, y esta sonrisa me decía: ¡POBRE NIÑA! PERO QUÉ... ¿NO ESTOY CONTIGO?

»Y esto me bastó. Y sentí reanimarse mi alma como se reanima la llama de una lámpara cuando en ella se pone más aceite; y el temor que empezaba á invadirme se disipó como se disipa el miedo de un niño desde que puede arrojarse en los brazos de su madre.

»Sí, sí. Dios está conmigo para impedir todo lo que puede ser en mi contra si lo quiere, ó si no para trocarlo todo en bien mío.

»Un día en que yo experimentaba mucho trabajo en perdonar y en amar, *miré á mi Dios;* y vi que era bueno, que amaba á todas sus criaturas, aunque entre ellas hubiese algunas harto espantosas y bastante manchadas, y vino inmediatamente á mi memoria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

este mandamiento tan terminante: *amáos los unos á los otros*. Y pensé que ciertamente Dios no hubiera establecido este mandamiento si no hubiese habido sobre la tierra más que criaturas amables. Es tan fácil y tan bueno amar á quien con nosotros simpatiza, que no habría necesidad del precepto si no fuese necesario amar á los que no son amables, á los altivos, á los malos, á los que no nos aman. Yo sentí que este mandamiento me tocaba á mí en ese instante, y con relación á esa persona contra la que mi corazón se revelaba, y desde entonces dije *sí* y me puse á amar sencilla y buenamente.

Cuando Dios quiere una cosa, da siempre el medio de hacerla; nosotros no tenemos que hacer otra cosa que extender la mano y recibir lo que nos da.

«No decir nunca *no* á Dios es una fuente de paz, de alegría, de seguridad y de éxito en nuestras empresas.»

XX

Sencilla reflexión sobre la limosna.

Hay una palabra que repercute en los ecos de los salones, de las calles y de las reuniones profanas.

Dar, dar, es el impuesto más pesado, impuesto de todos los días, impuesto siempre nuevo, siempre creciente; ¿quién nos librará de este impuesto que nos arruina?

Triste palabra, culpable expresión, sobre todo cuando el que la pronuncia es un cristiano.

No la examinemos hoy bajo este punto de vista: veamos simplemente su falsedad.

Hay una ley de la Providencia que puede cada uno experimentar en sí mismo. Héla aquí: *todo lo que se hace por Dios fructifica*.

Hacéis un gasto diario de una peseta para vuestros sencillos placeres; ciertamente que, al fin del mes y del año, este gasto pesará sobre vuestro presupuesto, y no senta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

réis sin cierta pena este *déficit* en vuestro *haber*.—Habrá para vos una pérdida real.

Emplead este mismo dinero en limosnas; dad con el pensamiento tan sencillo como verdadero de que sois los depositarios de los bienes de Dios, y veréis si vuestras cuentas os mostrarán realmente el mismo *déficit*.

Almas de poca fe, ensayad; en esto también, como en muchas cosas divinas, es cosa de experimentarlo.

El cristiano que ha escrito: «la limosna es una semilla», dijo verdad... Dad,—decía él.—*Poco ó mucho*, eso rebrotará. ¿El calor del sol no es el misterioso agente que hace madurar los frutos, y la lluvia que cae sobre la tierra no hace producir el grano? ¿Por qué la caridad no ha de ser un agente divino que apresure la madurez de los negocios humanos?

Sucederá quizá que os mostréis generoso sin que ningún hecho providencial venga á mostraros la generosidad divina.

Puede ser: pero además de que esto es raro, jamás os atreveréis á decir, viendo tal vez en vuestras cuentas algún *déficit* causado por las limosnas: *tanto he perdido;* os desafío á *tomar entonces la resolución de disminuir vuestra beneficencia*. Ni siquiera pensaréis en ello; y si hay necesidad de hacer alguna economía, no la haréis en vuestras limosnas. Existirá en vuestro espíritu la firme convicción de que tarde ó temprano Dios os dará lo que os falte, y continuaréis dando, y esperaréis con tranquilidad.

Dios es un deudor *in solidum* á quien se le puede prestar sin riesgo. Tarde ó temprano, la deuda será reembolsada con intereses.

Nosotros los católicos estamos seguros de que nuestros fondos están más seguros allá arriba que acá abajo, y de que el gobierno divino es el único que nunca se declarará en quiebra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

A los pies de la Santísima Virgen.

¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros!

—

¡OH MARÍA!

Es un grito del corazón; es el llamamiento del alma que está sola, que sufre, que tiene necesidad y que os quiere; ¡oh María!

Gritar, llamar á alguien, es quererlo cerca de sí, para sentirse protegidos, guiados, para oir que se nos dice: «¡Ahí estoy!»

¿Cuál es el corazón angustiado que en el silencio del recogimiento, y en medio de esa soledad que algunas veces es tan pesada, no ha llamado como si pudieran acudir á su voz á aquellos que le han sido arrebatados por la muerte? ¿Quién no ha gritado alguna vez bañado en lagrimas: *madre mía*, *padre mío*, *hermano mío*, *amigos míos?*

Ellos no acudirán á nuestro llamamiento porque han muerto; pero viene su recuerdo,

viene su imagen, que se muestra con esa bondad que la ausencia ha hecho tan tierna, y esta visión de un momento serena, consuela, fortifica.

Pero Vos, ¡oh María!, cuando os llamo os mostráis á mí. Y no es una ilusión: yo siento al pronunciar vuestro nombre, con una confianza que mi misma necesidad fortalece, que Vos acudís, que estáis cerca, muy cerca de mí.

Tenía miedo, y me siento fortificado.

Estaba solo, y me siento amado.

Estaba agobiado, y me siento aligerado.

Estaba triste, y siento la sonrisa mezclarse con mis lágrimas.

¡Gracias, Dios mío, por habernos dado á María! ¡Gracias, Santa Iglesia romana, por habernos inspirado la dulce obligación de invocarla, de llamarla, de orar á María! ¡Gracias, madre mía, por haberme desde los primeros días de mi infancia enseñado á balbucir el nombre de María!

¡Oh madre, madre cristiana, si supieseis qué fuente de consuelo, de luz y de fuerza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ponéis en el alma de vuestros hijos enseñándoles á amar y á invocar á María!

¡OH MARÍA, CONCEBIDA SIN PECADO!

Esta palabra es un canto de gloria, un canto de alabanza y de alegría.

Hay horas en que de todos los puntos de la tierra sube al Cielo, como expresión del amor, del reconocimiento y del júbilo de todos los corazones católicos. Hay horas en que, allá en el Cielo, Dios Padre la dice á esa criatura tan privilegiada en cuya belleza ha agotado su omnipotencia; horas en que Jesús la dice á su Madre como la alabanza más dulce y más grata á su corazón; horas en que los ángeles la cantan sin cansarse, como cantan delante de la Majestad divina: *Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso.*

Es que esta palabra es una alabanza para María, y *sólo* para *María*. Otros en el Cielo son vírgenes, son mártires, son santos y poderosos en grados diferentes; pero hay dos gracias especiales dadas á María, y que harán

de ella durante toda la eternidad una criatura aparte: *su concepción inmaculada* y *su maternidad divina.*

María concebida sin pecado.—Es decir, que María jamás ha cesado de ser el objeto, no ya del amor de Dios, pues que Dios á todos nos ama, aun á los pobres pecadores, sino de la complacencia de Dios. Dios siempre se ha complacido en pensar en María, en mirar á María con esa mirada afectuosa que descansa sobre el ser digno de ser amado, y que parece decirle: «Puedo contar contigo, estoy bien contigo.»

¡María concebida sin pecado! — Es decir de María que ella siempre ha amado á Dios; y esta palabra, *siempre*, se toma en el sentido más extenso, encerrando cada uno de los minutos de su vida y cada uno de los latidos de su corazón.

María ha amado á Dios con un amor de preferencia, que siempre le ha hecho poner

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Dios antes que todo y sobre todo. A Dios más que á sus padres y más que á sus intereses personales. A Dios, aun con el abandono, la pobreza, los dolores, la ignominia. A Dios, más que todo lo que el mundo hubiera podido ofrecerle: alegría, riquezas, afectos, honores.

María ha amado á Dios con un amor de ternura que es al mismo tiempo *amor de niño*, sincero, bueno, franco, confiado, alegre; *amor de joven*, generoso, expansivo, dispuesto á todos los sacrificios; y *amor de madre*, constante, firme y capaz de resistir todo.

¡María ha amado á Dios con un amor generoso que le ha hecho sacrificarlo todo á un simple deseo de Dios, aceptarlo todo de la Providencia de Dios, hacerlo todo para cumplir en todo, siempre y en todas partes la santa voluntad de Dios!

Y entre *María* concebida sin pecado, y *Dios*, que en su misericordioso amor le ha dado este privilegio, ha habido, hay y habrá siempre la más íntima é inquebrántable unión.

María concebida sin pecado.—Es decir de María que por esta pureza tan completa que ha recibido, y por esa integridad tan perfecta que ha conservado en su alma, en su cuerpo, en todo su ser, Ella ha atraído á sí todas las gracias que Dios quería dar á sus criaturas, y que no podía dárselas porque no eran inocentes, y que así María ha venido á ser como el depósito de las riquezas infinitas de Dios, como el tesoro divino en donde Dios echa siempre y en donde el hombre puede siempre llegar á buscar lo que le falta.

Qué bella, qué dulce, qué consoladora es esta palabra de la Iglesia: «¡Oh María, concebida sin pecado!» Y cuán espontáneamente añadimos: «Rogad por nosotros, que recurrimos á Vos con la confianza de ser escuchados!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII

Grito de alarma.

¡Madre de familia, alerta! Va á pasar, ya pasa el ser maldito que va á herir el alma de vuestros hijos.

En guardia, madres, y preparaos á la lucha.

¿Os acordáis de esa página, llamada *la vuelta del demonio*, que tanto os ha impresionado?

Entonces era una leyenda; pero hoy la realidad ha llegado.

Pasa el demonio, y el mal que produce al pasar no es marchitar la flor en su tallo, ni dar la muerte al pajarillo en su nido, ni obscurecer el azul del cielo, no; es la pureza de vuestros hijos la que pierde su delicadeza, es su fe tierna la que muere; es, madres, vuestro sentido cristiano el que se debilita; y poco á poco os deja indiferentes al mal de las almas.

En guardia, madres: sacudid vuestra somnolencia y preparaos á la lucha.

-‹‹-

¿No oís dentro de vosotras y alrededor vuestro ese ruido sordo y acompasado, interrumpido por un silencio más ó menos prolongado que adormece la vigilancia, y renovándose luego con más duración, ó volviendo á cesar luego, lo mismo que ruido que se oye en un navío á punto de abrirse y ser invadido por las aguas?

Este ruido es el grito de vuestra conciencia que os advierte, y que vosotras hacéis callar porque os molesta; es la advertencia menos clara y distinta quizá, pero no menos real, del ángel custodio de vuestro hijo.—Lo que lentamente se entreabre y se hunde, es el escudo de la fe de que habla San Pablo, que rodea y preserva el alma de vuestro hijo; son las prácticas cristianas de todos los días: oraciones en común, asistencia regular y en familia á la santa Misa, respeto á la palabra de Dios y á las enseñanzas de la Iglesia, sumi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sión generosa á la voluntad de Dios para los acaecimientos dolorosos. Esas aguas que invaden la familia son el *naturalismo* y el *sensualismo*.

I.— El naturalismo

El naturalismo es la razón humana tomando el lugar de la revelación; es la palabra del hombre poniéndose en vez de la palabra de Jesucristo; es la industria humana sustituyendo á la acción divina.

El naturalismo es la desaparición de la influencia de Jesucristo y de su Jglesia en la vida de la familia; es el aniquilamiento del recuerdo de Dios, cuyo nombre poco á poco deja de ser pronunciado; es el hábito de pasarse sin Dios en todas las cosas.

He aquí el espíritu malo, que nos invade poco á poco.

Cuando se ha proscrito á Dios públicamente de las escuelas, esta proscripción excitó vuestra indignación, y vosotras, vosotras encargadas de la educación del hogar, ¿no

le proscribís todos los días, casi sin daros cuenta?—La fe es una luz que hay que mantener y preservar.

¿En dónde están ahora esas preciosas palabras de la madre cristiana: «Haz esto, hijo mío; con eso darás gusto á Dios; no hagas esta acción que desagrada á Dios?»

¿En dónde está ese recuerdo de la presencia continua del buen ángel, que no se separa jamás de su hermanito, que se pone triste cuando este hermanito no se porta bien, y se alegra cuando es bueno, piadoso, obediente, caritativo?

¿En dónde está ese libro de imágenes representando la vida del niño Jesús, tan asiduo cerca de su santa Madre, tan afectuoso para con el pobre, tan activo en el trabajo; ese libro de imágenes mostrando, bajo las formas más variadas y más graciosas, la bondad, la misericordia, la amabilidad de la Santísima Virgen, madre de Jesús y madre nuestra?

¿En dónde están esas pequeñas privaciones del viernes, que consistían en reservar para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un pobre una parte de los postres, y en la tarde del mismo día ese beso respetuoso á las llagas del crucifijo?

¿Cuántas madres podrían en el día de hoy oir de los labios de su hijito esta palabra, inspirada sin duda por el ángel de la guarda: «Madre, por qué ya nunca me hablas de Dios?»

Y cuando el niño ha crecido, ¿no se le retiran, desde el momento en que se puede y cuanto se puede, los libros que hablan de Dios? ¿No se quita lo más que se puede del tiempo consagrado á los estudios religiosos, para dar, primero *más tiempo, y después todo el tiempo* del día á estudios profanos?

¿No se dice con una sonrisa que si no es desdeñosa parece serlo: *este libro no es sino un libro piadoso?*

¿No se emplea excesivo lujo en tener hermosos volúmenes de Historia y de Ciencia, ricamente encuadernados, mientras no se hallan sino ediciones vulgares de los libros que contienen la palabra de Dios?

El más pequeño libro clásico, gramática ó ciencia, lo tenemos elegantemente ilustrado, y el catecismo no ofrece sino páginas sin atractivo para la vista del niño, que se acostumbra á tratarlo con menosprecio.

Si todavía se conservan en las alcobas algunas imágenes piadosas, se han ido quitando de las salas de recepción.

No se avergüenzan de lucir allí un grabado ó una estatua inconveniente bajo el pretexto de que es una obra de arte, y se avergonzarían de dar el lugar de honor á una imagen de Jesucristo. Un extranjero que entrase á esa morada, ¿no reconocería la casa de un pagano más bien que la de un cristiano?

Hay siempre tiempo para prepararse á una fiesta profana; son los primeros en presentarse en una tertulia muchos cristianos que son los últimos en llegar á la santa Misa, diciendo por lo regular: «Todavía hay tiempo de llegar.»

¡Oh madres, madres á quienes ha confiado Dios la santificación del hogar! ¿No sentís que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un soplo nefando ha pasado por vuestra casa y ha penetrado hasta el fondo de vuestra alma? Aun es tiempo: levantáos y haceos firme, generosa y aun minuciosamente cristiana.

Yo no os acuso de proscribir á Dios, pero os acuso de no conservarlo allí donde el bautismo le había hecho entrar; os acuso de permitir que invadan el alma de vuestros hijos la futilidad, la ciencia razonadora, la curiosidad, que poco á poco se hace perniciosa, y el olvido del nombre de Jesucristo.

¡Ay! Cuando llegue la hora en que, más avanzados en edad y agobiados por la tristeza, tengáis necesidad de ser fortificados y consolados por vuestros hijos, si esos pobres hijos no hallan á Dios en el fondo de su alma, ¿qué os harán sus caricias y sus palabras humanas?

(Seguirá el sensualismo.)

XXIII

Lo que caracteriza á los santos.

Lo que caracteriza á los santos es que están siempre contentos.

Un santo es una pobre criatura humana, muy convencida de que *es nada*, que tiene *nada*, que puede *nada*.

Una pobre criatura humana que ha oído el llamamiento de Dios, y que en su miseria ha ido simplemente á Él, se ha unido á Él, se ha dado á Él y le ha pedido la gracia de servirle. Y he aquí cómo bajo la dependencia de Dios, haciendo todo lo que puede por no desagradarle, volviendo á Él desde que se apercibe haberse algún tanto alejado de su Dios, contenta del trabajo que le manda y viviendo en calma apacible, feliz, segura de que Dios, siempre bueno, siempre sabio, siempre misericordioso, la amará como una madre ama á su hijo, con la diferencia de que una madre no puede todo lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que quiere para su hijo, y Dios lo puede todo.

Una madre puede engañarse en los cuidados que tiene para con su hijo, y hacerle mal en el momento mismo en que procura hacerle bien; pero Dios no puede engañarse, y todo lo que hace es bueno.

Una madre no puede impedir acontecimientos que han de entristecer á su hijo, ni desviar los accidentes que podrán dañar á su salud ó á sus bienes; pero Dios lo puede todo, y si no detiene los malvados planes de las criaturas racionales, puede siempre modificar ó atenuar los efectos.

Una madre, á pesar de sus ardientes deseos, no puede endulzar todas las amarguras de la vida, no puede trocar en alegría todas las penas, no sabe sacar bien del mal: Dios puede todo eso.

Una madre, en fin, no está siempre cerca de su hijo; es necesario que le deje alejarse, y que ella misma se aleje, y esto es para el uno y para la otra una pena desgarradora; pero

Dios está siempre cerca de quien le ama y le sirve.

¡Oh! ¡Verdaderamente son dulces, buenos y apacibles estos pensamientos! Si estuviesen profundamente grabados en nuestro corazón é hicieran en cierto modo una parte de nuestra vida, ¡cuánto gozo nos darían! ¿Cómo, pues, admirarse de que los santos, á quienes eran tan familiares, estuviesen siempre contentos?

—o—

Y ¿qué hay que hacer para que estos pensamientos nos rodeen y penetren, haciéndonos vivir con la vida que producen?—Ser para Dios como un niño amante es para con su madre, trabajando con ella y cerca de ella, esperando todo de ella, haciendo todo por ella, contando completamente con ella; en una palabra, ser *santo*, porque un santo no es sino esto; pero esto *es todo*.

Y no es que el santo no tenga sus horas de sufrimiento. Tiene, como todos los otros, sentidos impresionables á la intemperie de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las estaciones y á los dolores de la enfermedad; tiene el corazón delicado, y siente vivamente las inconsideraciones, los olvidos, las malevolencias y las ingratitudes; tiene el espíritu vivo y penetrante, y ve con exactitud las faltas de los demás, su orgullo, su fatuidad... Pero todo esto, antes de llegar á él, pasa, por decirlo así, á través de la voluntad de Dios; pierde una parte de lo que tiene de duro, de punzante, de amargo, y de tal modo llega y produce en su alma un efecto que no pueden imaginarlo aquellos que no son santos.

La alegría en los sufrimientos, la paz en las humillaciones, la sonrisa en medio de las lágrimas que arranca el dolor, el deseo de los sufrimientos, el entusiasmo en las privaciones, la dicha en el desprecio, la paz y la serenidad para con las personas antipáticas ú hostiles, el amor á todo trabajo duro y penoso... son actos ridículos á los ojos del mundo, imposibles ó exagerados á los ojos de los

cristianos ordinarios, simples y naturales á los ojos de los santos, y la historia de la Iglesia nos los muestra en cada una de sus páginas.

Además, en lo por menor de la vida los santos están siempre contentos de la acción de Dios sobre ellos. Encuentran bueno todo lo que Dios quiere, todo lo que permite, todo lo que hace. Viven en paz, en tranquilidad, en la alegría; no se quejan ni de sus superiores, ni de su familia, ni de su posición, ni de su vida ignorada, desconocida, aun despreciada, ni de sus sufrimientos físicos. Sirven á Dios con toda la fidelidad que les es posible; aman á Dios con todo su corazón; se sienten amados por Él, y esperan en paz la hora de reunirse con Él.

¡Oh, qué hermoso es ser santo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

Fotografía de una mujer mundana.

Duras son las palabras que vamos á copiar.

Saliendo de nuestra pluma parecerían exageradas, y quizá las rechazarían; procediendo del corazón emocionado de aquel que en Ginebra reemplaza al dulce pero enérgico San Francisco de Sales, Mons. Mermillod, serán por lo menos acogidas con respeto.

¡Oh! Dejadlas, dejadlas penetrar con su terror hasta las profundidades de vuestra alma, mujeres mundanas, si estas páginas llegan hasta vosotras. Y si hacen nacer un remordimiento, no lo arrojéis como importuno; el remordimiento es la voz de Dios, y cuando el remordimiento es rechazado sucede á menudo que Dios no habla ya.

¡Oh, si pudiera verse el alma de una mujer mundana!

Descended á ese interior. ¿Podrá tener esa alma alguna idea elevada, una razón desarrollada, cuando toda su vida está consagrada á las preocupaciones de una tertulia, de una fiesta en donde quiere brillar, cuando toda su vida es una correría á través de los tejidos?

¿Qué existencia es ésta sino la de las futilidades por excelencia, futilidades en el vestido, futilidades en la conversación, futilidades en los sentimientos? Nada más que esto.

Y al lado de estas futilidades, á pesar de este pequeño prestigio, de esas cosas brillantes, de esas gasas fascinadoras, hay las cosas humillantes, como las transacciones culpables, los compromisos con la conciencia, las debilidades de palabra, algunas veces las debilidades del corazón; y como las cobardías del sentimiento, las traiciones hechas á los grandes derechos de la verdad, á la virginal ortodoxia de la Iglesia, y por consiguiente, conforme yo lo decía, compromisos más ó menos humillantes, bajezas de ánimo, vilezas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del corazón, cuando á más de todo esto no se llega á cosas culpables.

Acordáos de que algunas veces el sendero es fácil, el camino rápido, la marcha acelerada; se va con toda velocidad de la futilidad á la humillación, algunas veces á las grandes caídas.

Creéis que es fácil permanecer siempre de pie en el mundo; os fiáis en vuestra virtud, os formáis una muralla de vuestra misma persona; pensáis estar rodeados de una majestad suficiente para protegeros, y no tenéis sino un pedestal de barro, y este barro bien pronto va á caer y ser hollado.

¡Cuán ligera y frívola es el alma mundana!

Nada hace mella en esta alma: ni los temores de un marido que le muestra una fortuna vacilante; ni la enfermedad, ni el dolor, ni el temor de los remordimientos; ni la vista de una hija joven que crece más y más, y que quizá ambiciona ya los triunfos vanidosos y culpables de su madre.

¿El mundo podrá acaso prestar á esta mujer

un apoyo para el cumplimiento de su deber? El deber sería, señoras, no hacer brillar todo ese lujo de vuestros vestidos, no poner sobre vuestras cabezas el pan del pobre, no colocar..., iba á decir sobre vuestros hombros... ¡en ellos nada os ponéis! sería, digo, no colocar en vuestras manos, en vuestros brazos, lo que sería la vida de una multitud de enfermos y de indigentes.

¿Podrá ser el mundo un apoyo para el deber cuando, al separaros del hogar doméstico, os vais gozosas y ricamente vestidas al torbellino de una fiesta, dejando el cuidado de vuestro hijo á manos mercenarias? El niño crece, debería hablar al corazón de su madre; pero una mujer mundana no tiene sino un corazón frío; obra como si no fuera madre. Más tarde expiará dolorosamente las horas que haya perdido en vanos placeres.

Otro obispo, M. de Coutances, ha completado este cuadro. Nos muestra á la mujer mundana con la imaginación y el espíritu

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

invadidos por las novelas que lee, y nos la muestra dejando estos libros infames, con un descuido culpable, en las manos de todos los de su casa, y dice:

—¿A quién pediréis que cumpla con su deber? ¿A la madre que lee malos libros? ¡Pobre madre! Su cuerpo estará en el hogar, pero su alma estará muy lejos de allí. Vive en un mundo fantástico: no tiene ojos, ni oídos, ni pensamiento, ni corazón, sino para el héroe ó la heroína de su novela.—Pero ¿no veis el desorden que reina en vuestra casa?, le diréis.—Ella sueña.—¿Hay inmoralidad en vuestros criados?—Ella sueña.—¡Vuestro marido fatigado, se enoja y murmura!—Ella sueña.—Vuestros hijos están abandonados.—Ella sueña.—¡Ellos se pervierten!—Ella sueña.—Están enfermos, reclaman cuidados imperiosos, su vida está amenazada.—Ella sueña. Nada puede despertarla. Tiene en la cabeza muy distintos nombres, y en el corazón muy diversas solicitudes.

¿A quién pediréis que cumpla con su deber?—¿A los hijos?—¿Predicaréis á la joven la humildad, el amor á su condición, el culto del honor?—Ella se alimenta de malas lecturas; se ocupa de vestirse, de atraer las miradas, de cautivar, para abrirse paso para las riquezas y hacerse un porvenir.

¿Predicaréis al joven la sumisión, el respeto á la autoridad paterna?—El ha visto en todas las novelas destruída y burlada esta autoridad; á sus ojos es una tiranía, cuyo yugo sufre gimiendo, y que aspira á romper lo más pronto posible.

¡Pobres niños! Han perdido la fe; han perdido la virtud; no conocen, por tanto, su deber.

¿Cómo queriais, después de esto, encontrar la dicha en la familia? ¡La dicha! ¿Puede acaso gustarse en el desorden, en el olvido del deber, bajo un cielo negro y lleno de tempestades? ¿La dicha, pobres padres? Pues considerad á vuestra hija teniendo su corazón enfermo, mirad sus ojos en los que brilla la concupiscencia, su rostro en que se pinta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la melancolía, sus labios sin sonrisa, su alegría desvanecida.

¿La dicha? Pues observad á vuestro hijo, vuestro hijo ocioso, sin gusto para el trabajo; á vuestro hijo que gasta, que se divierte, que arroja al soplo de las pasiones el vigor de sus verdes años; á vuestro hijo, que camina á grandes pasos á deshonrar vuestro nombre.— ¿Y quién podrá detenerlo en esta pendiente?— ¿Su periódico, sus novelas, que le han enseñado que no hay Dios? ¡Ah! Ellas han abierto la brecha: las olas se precipitan con tal violencia que ningún obstáculo podrá contenerlas.

XXV

Receta para obtener la verdadera belleza.

Sí; es un deseo legítimo el de ser hermosa, tener una fisonomía que atraiga, una mirada que fascine, un conjunto que agrade, que encante, que entusiasme.

Pues bien, todo esto es posible en cierto grado. Basta que nada haya realmente disforme en el exterior... y aun la deformidad que desagrada á primera vista acába por no chocar cuando la persona sabe hacerse amar.

El foco de la belleza está al mismo tiempo en el alma y en el corazón; el rostro es el cristal á través del cual se manifiesta el cuadro que hay en el fondo del alma; los ojos y los labios son como la corola de una flor que se abre por sí misma para exhalar el perfume del corazón.

El cuadro del interior, que deja ver el rostro, está formado de dos rasgos que son como su base: la inocencia y la bondad; uno reside en el alma y el otro en el corazón, derramando desde allí su influencia sobre todo el ser, y reuniendo en el rostro su irradiación dulce, apacible, luminosa. El que es inocente y bueno, es siempre hermoso, aunque haya diferentes grados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que es la inocencia, no sé decirlo; pero siento el atractivo que ejerce sobre mí cuando dos niños, por ejemplo, se ofrecen á mis miradas con el mismo encanto exterior; pero uno con el alma pura, y el otro con el alma viciada.

La inocencia, ese estado del alma que no tiene pecado, y sobre todo que no ama el pecado, atrae en cualquiera parte en que se encuentre, y, sin embargo, no es en todas partes la misma.

Atrae en el tierno niño, que no tiene conciencia de poseerla, y hace nacer en los labios de quien le ve una sonrisa de felicidad.

Atrae en el joven, que la deja ver en su mirada tranquila, apacible, reposada; allí tiene algo de más gracioso, y produce una impresión de paz.

Atrae en la madre, que la deja irradiar á través de una aureola formada de sufrimientos y de abnegación, y hace experimentar un sentimiento de admiración.

Atrae en el anciano, en quien se muestra más magnífica porque deja comprender los combates que ha debido sostener, y hace nacer un profundo sentimiento de respeto.

—

Pero la inocencia no basta para hacerlo realmente hermoso, con esa belleza que se concibe más bien que se define, y cuyo tipo encuentro en algunas figuras del Salvador pintadas por Fra Angélico. «Jesucristo es la imagen perfecta de Dios, el esplendor del Padre; Jesucristo es la belleza inexplicable, uno de cuyos rayos se manifestó en la Transfiguración; belleza tan dulce y tan arrebatadora, á pesar del velo con que se cubrió en la Encarnación, que fué necesario quitar á los Apóstoles y discípulos su presencia sensible, porque el gozo de ella hubiera hecho demasiado fácil la virtud, y esta dicha está reservada para la eternidad.» Es necesario, pues, para alcanzar aunque remotamente esta belleza, es necesario añadir la inocencia á *la bondad*.

La inocencia atrae, la bondad retiene, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bondad impide que la inocencia se haga fastidiosa y monótona.

Pero bondad es ésta á la que puedo á un tiempo mismo pedir sencillamente un favor, con la seguridad de que jamás seré rechazado, y de la que puedo esperar siempre inagotable indulgencia para todas mis debilidades.

Si la mirada de la persona cuyo rostro me ha atraído no me dice : *soy buena;* si los labios sin pronunciar una palabra, pero con voz inteligible, no me dicen: *Eres bueno,* no encontraré bella á esta persona por mucho tiempo, y me apartaré de ella con sonrisa un poco triste.

La inocencia sin bondad es una flor artificial que cansa pronto; la inocencia, junta con la bondad, es flor siempre perfumada. Así es como me represento á Jesucristo y á la Santísima Virgen María.

Lo que empaña la trasparencia de un vaso colocado delante de una imagen, es también

lo que empaña la trasparencia de un rostro: la niebla más ó menos espesa que no deja ver sino confusamente el cuadro, y la humedad que confunde los rasgos y apaga los colores.

Las nieblas del corazón son esas nubes que producen la ociosidad, la somnolencia, la idea fija. Ni el rostro es ya trasparente, ni los ojos, ni los labios saben abrirse con franqueza, dejando irradiar la claridad cuando hay en el fondo del corazón un vago descontento del presente, y una aspiración cobarde y sensual á un porvenir de gozo.

—¿Queréis disipar estas nubes? Trabajad, aplicáos bajo la mirada de Dios, que así lo quiere, á un deber serio; no dejéis ningún intervalo entre vuestras horas, y que todas se llenen con el cumplimiento de un deber.

La humedad del corazón es lo que llamamos *mal humor*, que debilita los afectos, entristece las ideas, ennegrece todo el interior, impide ser indulgente, y por una consecuencia necesaria arruga la frente, contrae el ros-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro, deja escapar de los labios palabras que se resienten un poco de brusquedad.

Hay un remedio contra el mal humor: la oración y la beneficencia.

Id á hacer un acto de caridad, id á llevar á alguno una palabra de consuelo. Arrojáos á los pies del crucifijo y gritadle: ¡Dios mío!.. vendrá á vosotros un rayo de alegría que detendrá las lágrimas prontas á correr, disipará la negrura de vuestra alma y volverá á vuestro rostro toda su serenidad.

Y seréis hermoso con esa hermosura celestial que agrada, que atrae, que encanta, que purifica y que eleva. La verdadera belleza produce todo esto.

XXVI

Tres miniaturas.

Están colgadas en los muros de un oratorio, adonde la madre cristiana viene todas las tardes con su familia á hacer oración.

Encima de ellas se muestra en su calma serena y su resignación divina un hermoso Cristo de marfil, y debajo de ellas se ostenta una magnífica copia de ese fresco que lleva á Roma tantos visitantes: *Mater admirabilis*. La Santísima Virgen está sentada en su celdita, consagrada al trabajo; delante de ella un lirio acaba de brotar de su recto tallo, y nada más se ve... nada más de lo material; pero se siente que hay ángeles en esa celda; se siente que Dios está en el alma de María. La luz que ilumina la celda no viene del exterior; irradia á través de la modesta mirada de la Santísima Virgen: la fuente de esta luz está en el fondo de su corazón.

Y las tres miniaturas, obra de un pincel delicado, están colgadas entre la imagen de Jesús crucificado y la de María trabajando.

La primera representa un paisaje lleno de frescura y de vida; hermosos árboles, cuyas hojas, que casi se mueven, dejan pasar los rayos de un día puro, sombrean una espléndida alfombra de flores.—Allí está un grupo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de mujeres y de hombres, y una elegante del gran mundo forma el centro. Esta habla, atrae las miradas, domina, se cree la reina; así se adivina en la sonrisa de placer que brilla en sus labios... Y en el fondo del cielo azul se ven los ángeles tristes, que miran este espectáculo; algunos comienzan á cubrirse con sus alas para no verlo.

Y debajo del cuadro se leen estas palabras: «¡La mujer de *comme il faut!*—¡La mujer de mundo!—Graciosa, elegante, fútil, adulada, halagada, á punto de perderse.»

La *segunda miniatura* tiene también como fondo un paisaje que representa una grande avenida, deslumbradora, con ese tono ardiente y lleno de color que presta un hermoso sol de Junio.

Bajo un doselete de hojas y de flores, una mujer sentada está absorta en un libro, cuya lectura produce en su alma emociones que se revelan por la palidez ó brillo repentino de sus mejillas.

A poca distancia, los hijos de esta mujer, bajo la vigilancia distraída de una muchacha aturdida, se revuelcan en el fango, y parece que se ven en medio de ellos negras sombras quizá las de los demonios, asociándose á sus juegos. Una *extraña* no los *ve;* una *madre* los hubiera visto sin duda alguna.

Allá abajo, medio oculta por un tronco de árbol, vése llorando una pobre mendiga con un niño en los brazos. Cerca de ella está una obrera teniendo en la mano una hoja de papel arrugado.—Estos dos seres desgraciados revelan quizá escenas penosas; una limosna rehusada, una deuda cuyo pago se ha aplazado por la décima vez.

Debajo de este cuadro se lee: «¡La mujer *comme il ne la faut pas* [1]! Olvidadiza, negligente, floja, dura, egoista, culpable.»

La *tercera miniatura* tiene dos partes.—La primera nos representa el interior de una

1 Como no ha de ser.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habitación en donde se respira una atmósfera cristiana. Se conoce porque es el crucifijo quien la preside: es un edén donde todo respira luz, orden, sencillez.

Unos niños robustos y alegres juegan á pocos pasos de la chimenea; la madre, activa, va y viene en la habitación, no perdiendo de vista, en medio de su trabajo, á sus hijos, que están pendientes de ella, y á quienes alegra con su dule sonrisa. Cerca, en una ventana, en donde hay tiestos de flores, una joven, la hermana mayor, trabaja en una costura; ella también mira de cuando en cuando á su madre y á sus hermanitos; también sonríe dulcemente, y su actitud y su rostro recuerdan la actitud y el rostro de *Mater admirabilis*.

La segunda parte del cuadro presenta una bohardilla, en donde yace en pobrísimo lecho un enfermo enflaquecido por la fiebre, y que se levanta y sonríe apaciblemente al ver que la puerta se entreabre. Una mujer de elegante sencillez se introduce en la habitación,

conduciendo á una niñita que lleva en sus manos el socorro que el enfermo esperaba, y que llega á él todos los días.— Debajo de este cuadro se lee: «La mujer buena, activa, laboriosa, abnegada, generosa, profundamente cristiana.»

XXVII

En la vida de familia.

El polvo sobre los muebles desagrada la vista, pero harto sabido es que no corroe cuando sólo está como de paso. Empaña un instante el brillo de los objetos que cubre; pero un soplo ligero ó un simple plumerazo basta para que desaparezca, y no nos cuidamos más de él.—¿Qué otra cosa es sino un poco de polvo sobre el corazón esa palabra dura que se escapó á una persona á quien amamos? ¿Qué otra cosa son ese enfriamiento involuntario, ese olvido irreflexivo, esas mil pequeñas nonadas que empañan, aun en las familias más unidas, el brillo y la delicadeza de la amistad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh! No nos atormentemos demasiado por esos accidentes casi inevitables, sobre todo cuando son numerosos. No nos dejemos impresionar demasiado; eso sería hacernos desconfiados é infelices.

Todo esto, sin duda, quita algo de su frescura á la amistad, y paraliza por un momento el ardor del cariño, hiere vivamente el corazón; ¡pero se necesita tan poco para que esto desaparezca!

¿Somos nosotros los que hemos sido heridos? Obremos como si nada hubiéramos comprendido, como si nada hubiéramos sentido. ¿Somos nosotros los que hemos lastimado á un amigo? Vayamos á él con sencillez, con nuestra sonrisa ordinaria en los labios: nada de excusas; ¿para qué? Sería hacerle creer que nuestra desatención fué voluntaria. Una sonrisa, una palabra agradable, un pequeño favor que le pidamos es el soplo que arrojará este polvo; y no habrá quien se vuelva á acordar de él.

Por la noche no nos acostemos nunca sin

haber sacudido de este modo el polvo caído sobre nuestro corazón, y quitado el que nosotros hemos arrojado sobre el corazón de los demás; si así no lo hiciéramos, dormiríamos mal.

XXVIII

Los derechos de la mujer.

Sí, sí; vuestros derechos; quiero decir, quisiera cantar vuestros derechos, ¡oh mujeres cristianas!

Vosotras tenéis deberes, y numerosos deberes; pero también tenéis derechos, y no menos numerosos que vuestros deberes, y tan grandes y tan magníficos como ellos. Y la obligación de conservarlos y preservarlos de toda alteración es tan imperiosa como la obligación de practicar vuestros deberes.

Sí, sí; tenéis derechos, y por ello debéis estar orgullosas, ¡oh mujeres cristianas!

No vayáis á creer, como calumniosamente se os ha dicho, que la Iglesia los desconozca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡La Iglesia! ¿Acaso no ha sido ella la primera en proclamarlos á la faz del mundo y en dároslos á conocer?—La Iglesia es la primera que nos ha mostrado á Dios desde el principio del mundo, colocando al género humano bajo la tutela de una mujer, *Eva*, y más tarde dándole aún por madre, por patrona, por protectora y por modelo, á otra mujer aun más grande, más santa y más pura: la Santísima Virgen María.—La Iglesia es quien ha hecho reflejar sobre vosotras una parte del respeto que profesa á esa criatura tan elevada en dignidad, y tan santa que ha merecido ser la Madre de Dios y ser llamada la gloria del género humano.

Habíamos recogido, para presentároslos metódicamente y en su conjunto, el catálogo de vuestros derechos, cuando la Providencia ha querido que nos fuese enviada la página siguiente, que mejor que nosotros os dirá vuestros derechos y, sobre todo, os los hará amar.

LOS DERECHOS DE LA MUJER

¿Sabéis cuáles son los sagrados derechos de la mujer? Helos aquí: el derecho de tener siempre el alma abierta al bien, de purificar los corazones donde el mal acaba de germinar, el derecho de consolar, de rogar y de amar.

El derecho de secar y enjugar las lágrimas, de disipar los enojos cuando apenas han nacido, de conceder al desgraciado un perdón generoso, y de serenar la frente del criminal.

El derecho de velar cerca del lecho de la agonía, de reanimar los corazones á quienes la muerte ya toca, y cuando todas las esperanzas desaparezcan, ofrecer celestiales esperanzas á los ojos casi ya apagados.

El derecho de impedir toda caída demasiado brusca, el de arrancar al culpable á su verguenza tendiéndole generosa mano, el derecho de consolar á la viuda y al huérfano.

El derecho de llevar en pos de sí, por el camino de la cruz, los corazones inmaculados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los niños, á los cuales señala el Cielo lleno de ángeles triunfantes.

El derecho de encender en el corazón la más santa caridad; el de dirigir las almas al Cielo, y de abrir á su vuelo más allá de nuestro empañado horizonte los campos de lo infinito.

El derecho de olvidarse de sí misma, de vivir y morir por aquel á quien ama, de embellecer para ellos esta vida material con su dulce sonrisa y sus cantos de amor.

¡Mujer! Estos son los derechos de que tú debes hacer uso todos los días. Bendice la misión que te ha tocado en suerte, pues ningún papel es más noble que el tuyo: no sueñes con otro, y no pidas más.

Siempre fiel al fin que el Señor te impuso, sin murmurar cumple en todo tu misión, cultiva tus talentos con los ojos fijos en el Cielo, y del cumplimiento de tus deberes haz tu dicha futura.

JULIÁN LUGOL.

XXIX

Medios sencillos de hacer dulce la vida.

Un *poco más de paciencia* para soportar á esta persona, con la que debo vivir y que me es antipática.

Un *poco más de constancia* para continuar este trabajo, que constituye parte de mi deber y que fatiga sobre todo mi imaginación.

Un *poco más de fuerza* para permanecer voluntariamente en esta posición, que contraría mis gustos y me humilla, y para aceptar este acontecimiento que ha venido repentinamente á turbar mi paz.

Un *poco más de amabilidad* para no manifestar que estoy molesto.

Y sobre todo un *poco más de oración* para atraer á Dios á mí y conservarle cerca de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXX

Mi velo de la primera comunión.

¡Cuán dulce nos es recoger las páginas conmovedoras inspiradas á algunas almas de niño por los recuerdos materiales de su primera comunión!

¡Oh! ¡Cuántas páginas resplandecientes de luz, de frescura, de fuerza, de poesía, se han escrito en nuestros pensionados, y en ese cuartito de doncella que una madre cristiana sabe preparar para su hija, y que ha adornado con tanto amor!

¡Velo, corona, medalla, cirio bendito, vestido blanco, cuadernillo de apuntes del retiro y de las promesas hechas á Dios, tan preciosa y tan misteriosamente conservados! ¡Cuántos pensamientos generosos y resoluciones santas habéis sugerido! ¡Qué dulces lágrimas habéis hecho correr, cuántas lágrimas amargas habéis detenido! ¡Cuántos momentos de piedad y de dicha habéis hecho

pasar á las que venían de tiempo en tiempo á recogerse cerca de vosotros y á contemplaros con amor! ¡Cuántas vueltas á la vida piadosa y regular, un poco relajada, habéis inspirado!

¡Oh! Sí; entonces vosotros, objetos inanimados, habéis tomado una voz para repetir á la que os llevó las palabras más conmovedoras, los consejos más prudentes, y para recordarle en un lenguaje nada humano que no hay paz, dicha, ni seguridad sino con el Dios de su primera comunión.

¿Os acordáis de aquella hija de María, de quien os hemos hablado en nuestro *Libro de piedad*, que de tiempo en tiempo abría el cajón en donde conservaba las reliquias de su primera comunión, las besaba con respeto, y preguntada por su madre sobre la razón de ese culto tan profundo respondió:

—Estas reliquias me recuerdan el día en que mi alma estaba tan bien con su Dios, y quisiera que al besarlas me recordasen la dicha de ese día; no podrán volvérmela toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entera, pero me siento muy feliz al volverlas á ver... Y además,—añadía en voz muy baja,—mi confesor me ha dicho que el día en que yo no los viese con gusto no sería buena, y vengo á ver si todavía soy buena.

¡Palabra profunda en medio de su sencillez!

Aquel que ha destruído, ó dejado perecer por su negligencia, los recuerdos de su primera comunión; aquel, sobre todo, á quien esta palabra, *mi primera comunión*, no haga gozar, si no está ya lejos de Dios, está ya á punto de alejarse de Él, y quizá para siempre.

La página que vamos á copiar ya ha sido publicada; la joven que la escribió ha muerto de dieciséis años.

Estando ya en su lecho de muerte, pidió á su madre que reuniese sobre la mesa, en donde debía reposar el Sagrado Viático, todas estas reliquias de la primera comunión; se puso el velo y la corona, y no pudiendo tener el cirio que había llevado como ofrenda en

ese día, suplicó á su madre que lo tuviera ella; y la madre, bañada en lágrimas, tuvo ese cirio encendido, haciendo á Dios la ofrenda de su hija.

«EL VELO DE MI PRIMERA COMUNIÓN

»¡Oh qué dulces recuerdos me traes, querido velo! ¡Cuánto me gusta mirarte, tomarte en mis manos, besarte! ¡Oh qué feliz fuí yo ese día, ese hermoso día, el día más hermoso de mi vida, cuando te coloqué sobre mi frente, y envuelta en tus pliegues como bajo las alas del ángel de mi guarda, fuí al encuentro de Jesús, que venía á mí!

»Tú fuiste entonces testigo de mi dicha, querido velito blanco; tú viste correr mis lágrimas, que procuré ocultar bajo tus pliegues; quizá hasta tú me oíste cuando yo dije á Dios el primer secreto de mi corazón. ¿Lo oíste, velo amado? ¡Oh! Si tú lo oiste, guárdalo, guárdalo bien; respeta las primeras palabras de amor de una niña, y no vayas á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer traición á un secreto tan caro á mi corazón.

»Hasta hoy tú no lo has revelado, y cuando ven que te amo con preferencia á todos mis vestidos, y que te beso con transportes de alegría, nada misterioso se sospecha á causa de mi poca edad; mamá misma nada sabe aún, porque me dijo uno de estos días: «Elisa, »es necesario que des tu velo á tu hermana; »yo te compraré otro más grande y más bo»nito.» ¿Yo darte, querido velo del día más hermoso de mi vida? ¡Oh! No; jamás, jamás lo consentiré. Mis compañeras se burlan de mí por tu causa, y me dicen: «Deja ese velo, »que ya no es de moda, y que ya no pega á »tus quince años.» No, no; ven, velo bendito; ven, quiero colocarte de nuevo sobre mi frente; velo regado tan á menudo con mis lágrimas de alegría, ven, que yo me envuelva bajo tus pliegues con transportes de júbilo.

»Pero, una vez que mis quince años hayan pasado, llegará un día en que, adornada para una ceremonia solemne, será necesario, al fin,

decirte adiós, velo querido. Entonces por la última vez cubrirás mi frente; mis amigas me rodearán silenciosas y tristes, y, sin embargo, yo estaré inundada de dicha.

»¡Oh! No me acuséis de inconstancia, vosotros los que sabéis cuánto amaba el velo de mi primera comunión; y tú, sencilla pero querida prenda de mi vestido, no te enceles.

»¿Te acuerdas del primer secreto de mi tierna edad, de esa primera palabra de amor que salió de mi corazón, trémulo de alegría?

»En ese día, día solemne, mi secreto será conocido; yo cumpliré mis promesas; yo te cambiaré, ¡oh velo blanco querido!, por el velo de las castas esposas del Señor. Pero no sufriré que después de ese hermoso día sirvas á usos profanos, no; yo misma te llevaré al altar de María, y te ofreceré á ella como una muestra de mi eterno reconocimiento.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXI

Llora por el muerto, porque está descansando.

«Paseábame en la campiña de Roma, cerca de las catacumbas de San Lorenzo,—escribía el P. Lacordaire.—Dirigíame hacia un cementerio nuevo que han abierto en este viejo cementerio, y me excitó la curiosidad esta inscripción que había en la puerta: «Llora »por el muerto, porque está descansando.» Entré meditando en ella; ¿qué querría decir? No me fué difícil comprenderla.

»Llora por el muerto, porque está descansando: ha cesado de hacer el bien; porque sus manos no pueden ya dar; porque sus pies no pueden ya ir en busca de la desgracia; porque sus entrañas no se conmueven ya por los lamentos, y su espíritu ha volado lejos de las disputas de los hombres, y no les puede ya oponer un acto de fe humilde y paciente.

»Llora por el muerto, porque está descansando, mientras que aquel que le alimentaba sobre la tierra con la doctrina y el pan de la vida, su Señor y su Maestro, es todavía objeto de contradicción.

»Llora por el muerto, porque el tiempo de merecer ha concluído para él, y no añadirá ya ni una flor á su corona.

»Llora por el muerto, porque no podrá ya morir por su Dios.»

-✠-

He aquí cuál es el dolor de los santos en su lecho de muerte, aun cuando vean el Cielo abierto y se vean próximos á entrar en él.

¡Oh! Sí, es deseable ir pronto al Cielo con Vos, ¡oh Dios mío!

Al Cielo, en donde el alma se halla en la dichosa impotencia de perderos.

Al Cielo, en donde el alma que tanto ha sufrido por no haberos amado bastante, puede abandonarse á toda la fuerza de su amor; porque os conoce más íntimamente, y nada, absolutamente nada, se interpone entre ella y Vos, ¡oh Señor!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero yo creo que hay algo más deseable para el alma cristiana que ir al Cielo pronto, y es merecer más: porque si en el Cielo pudiera haber algún pesar, sería ciertamente no haber merecido lo bastante esa dicha tan grande, tan inmensa, tan infinita; es para esta alma poder, viviendo aún en la tierra, darse á Dios más generosamente de lo que lo ha hecho, darle también sin ninguna restricción cada uno de sus días, cada una de sus horas, cada una de las respiraciones de su pecho.

Es el poder ponerse más completamente á la absoluta disposición de la Providencia, contenta porque puede decir, comprender y sentir que todo lo que hace en ella, por ella y cerca de ella, es perfectamente bueno, perfectamente santo, perfectamente justo. Es llegar á decir, como María, á cada una de las órdenes que le son dadas: «He aquí la esclava del Señor»; á obrar, como María, cual si fuese una verdadera esclava, no discutiendo, no murmurando, no vacilando, y cumpliendo el

deber impuesto hasta que se le acaben las fuerzas.

Es poder sufrir todavía algo por aquel que tanto ha sufrido por ella.

Es poder enseñar su nombre y hacer que los labios inocentes de los pequeñuelos lo pronuncien también; es empeñarse, aunque sea sin éxito, en llevar á Dios á los pobres pecadores.

—o—

Ahora comprendo esta palabra de San Ignacio: «Si Dios me pusiese á elegir entre trabajar para propagar su amor, aun con la incertidumbre de mi salvación, ó ir luego al Paraíso, yo diría á mi Dios: dejadme propagar vuestro amor.»

Las almas vulgares llaman heroicas á estas palabras, pero, ¡oh Dios mío!, para los que os conocen son bastante sencillas. ¿Cabe imaginar que aquel que se hubiera sacrificado por Vos, que el que hubiera momentáneamente renunciado por Vos á la única verdadera dicha, pudiera ser por Vos excluído de ella?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No, no. ¡Vos sois demasiado bueno y demasiado justo! Almas generosas que leéis estas líneas, arrodillaos y decid á Dios: «Yo quiero vuestro Cielo, ¡oh Dios mío!, pero más tarde, cuando yo haya trabajado mucho y sacrificádome mucho por serviros.»

XXXII

Casi no hay quien por salvar á un alma tenga el valor de ir hasta lo último con todas las fuerzas que Dios le ha dado. Orar, sufrir, esperar... Se ora, se sufre, pero no se sabe esperar en paz, persistiendo en la oración y en el sufrimiento.

XXXIII

La religiosidad.

La religiosidad es un conjunto de impresiones religiosas muy vagas que llenan el alma y la llevan á buscar emociones en las cosas piadosas.

La religiosidad con apariencias religiosas casi no tiene nada de común con el dogma católico, y sobre todo con la práctica de la religión; es cierto grado de exaltación piadosa producida por la lectura de libros que no muestran de la religión sino su lado poético; la religión de estos cristianos se podría llamar la religión poética.

La religiosidad no mira otra cosa que las emociones, y toma esas emociones por la virtud; no sabe orar sino delante de alguna imagen hecha por un artista distinguido, á los pies de un altar radiante de luz, en una iglesia en donde los rayos dorados del sol poniente, pasando á través de los cristales legendarios, producen un mate misterioso. Es necesario para que su oración suba al Cielo una música que penetre hasta las profundidades del alma, y la eleve y arrebate.

La religiosidad no es la religión; es sólo su apariencia. Mas las almas que se han dejado penetrar de este ideal religioso se tienen por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy cristianas. ¿Acaso no pertenecen á todas las cofradías? ¿No asisten á todos los sermones? ¿No reciben muchas bendiciones en los días de fiesta? ¿No se acercan á la comunión varias veces al mes?

¡Pobres almas! No ven que sus prácticas religiosas son efecto del hábito, de la moda, del temperamento, de la imaginación, y por eso tienen toda la movilidad de lo que no se apoya en la voluntad de Dios, manifestada á cada uno en particular por la palabra del sacerdote que conoce nuestra posición y los deberes de nuestro estado.

La religión es el sacrificio; la religiosidad es la fantasía.

—oo—

Con la religiosidad, más común entre las mujeres que entre los hombres, se falta á la santa Misa y se violan las leyes de la abstinencia con cualquier pretexto, por la más ligera indisposición; no se da limosna sino á tal cual pobre que simpatiza; se va sin escrúpulo y con alegría en la mañana á la Misa,

y en la tarde al teatro.—No se acostarían sin haber dicho antes cierto número de oraciones vocales, llegarían aun á levantarse en caso de haberse olvidado de recitarlas; pero son oraciones dichas, no rezadas; los labios balbucen, pero el corazón no tiene ni respeto, ni paz; sólo han tratado de quitarse un peso de encima.—Se toma de la religión lo que agrada: se deja lo que no agrada; se ama esa dulce moral que, según dicen, se ha sacado del Evangelio, y que consiste en decir á la joven: *Sé prudente y serás amada;* y al joven: *Sé animoso y trabajador, y no sólo harás una fortuna,* sino que alcanzarás honores, pero de la que se han suprimido las palabras abnegación y sacrificio como si no estuvieran en el Evangelio.

—oo—

La religiosidad produce falsas virtudes; virtudes de aparato; virtudes de interés privado que dan cierta reputación de amabilidad y de caridad; virtudes sin consistencia, que se desvanecen ante la menor contrariedad, y que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no resisten cuando se ofrece un deber molesto que cumplir.

La religiosidad se propaga sobre todo por una multitud de libritos en que no se alaba y se ensalza sino la belleza de la religión y sus relaciones con las tendencias del corazón humano.—Sí; ciertamente hay todo esto en la religión, pero hay algo más. Si la religión produce dulces emociones, también impone graves deberes; si la práctica de la religión nos hace amables, también nos hace fuertes; si la religión está hecha para los que viven en la tierra y se adapta á su naturaleza, está hecha sobre todo para llevar las almas al Cielo y hacerles practicar las virtudes con que se compra el Cielo.

La religiosidad nos pierde, porque nos hace creer que servimos á Jesucristo, siendo así que no seguimos sino los caprichos de nuestra sensibilidad.—Desacredita á la verdadera piedad, porque hace recaer sobre las personas verdaderamente religiosas las inconsecuencias de la falsa devoción. Para preservarse de la religiosidad es necesario adherirse humildemente á la escuela de la santa Iglesia de Jesucristo. Allí solamente está la luz que muestra donde está la verdad, allí está la fuerza que dirige y mantiene.

¡Oh! ¡Y cómo la mujer *sólidamente religiosa*, es decir, *sólidamente devota*, viene á ser, aun á los ojos de los hombres, un ser grande, respetado, amado!

¡Oh! ¡Qué buena, qué hermosa y qué dulce cosa es tener por esposa, por madre, á esta amiga del Señor, á este ángel de paz, á este tesoro inagotable de buenos consejos! Porque todo esto es la mujer cristiana y sólidamente religiosa.

XXXIV

Con ocasión del Jubileo de Su Santidad León XIII.

NON PRAEVALEBIT

El Tiempo pasaba por delante de mí.
¿Qué has hecho, terrible é implacable des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tructor, qué has hecho de esos imperios que llenaban el universo con el ruido de sus conquistas? ¿Dónde está Tebas? ¿Dónde Babilonia? ¿Dónde Atenas? ¿Dónde los palacios de los Césares?

Con sonrisa melancólica y desdeñosa, el Tiempo me mostró jirones de púrpura, restos de coronas, columnas y mármoles despedazados, sobre los que estaban sentados unos zafios pastores: *Mira*,—me dijo.

—Y de estos imperios de hoy que dominan el mundo, y de esas coronas que tanto brillan, ¿qué harás?

—Lo que ya he hecho con las otras: un poco de polvo que disipará el viento.

—Y de ese trono tan poco considerado por el poder humano; de ese trono sobre el que está sentado, tranquilo y orando siempre aquel á quien el mundo católico llama Papa, ¿qué harás?

El Tiempo quedó silencioso y confuso, y *la Eternidad*, indicándolo desdeñosamente con el dedo, me respondió con un acento penetrante: *Jamás podrá quebrantarlo: «Non praevalebit.»*

XXXV

Una visita en el primer dia del año.

Data de muy lejos, del 1.º de Enero de 1832, y fué hecha por un estudiante que tenía diecinueve años, Ozanam, á aquel que entonces era llamado una de las *potencias del mundo*, y que será siempre una de las glorias francesas, á Chateaubriand.

Os dedicamos esta relación, jóvenes de ambos sexos. ¿Comprenderéis su grandeza?

Era el medio día, y Chateaubriand venía de oir Misa. Acogió al joven estudiante, que se presentaba muy tímido, con extrema bondad; y después de algunas preguntas sobre sus proyectos, sus gustos, sus estudios, le preguntó si se proponía ir por la noche al teatro.—Aquí cedemos la palabra al P. Lacordaire, que tan bien ha expresado lo que Ozanam varias veces le había referido:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« Ozanam vacilaba entre la verdad y el temor de parecer pueril á su interlocutor; *su* madre, en efecto, le había recomendado que no pusiese los pies en el teatro. Permaneció algún tiempo callado, á consecuencia de la lucha que tenía lugar en su alma. Mr. de Chateaubriand le miraba con interés, ansioso de oir su respuesta. Al fin venció la verdad, y confesó la prohibición de su madre; el autor del *Genio del Cristianismo*, inclinándose hacia Ozanam para abrazarle, le dijo afectuosamente: «Yo os ruego que sigáis el consejo de vuestra madre; nada, absolutamente nada ganariais en el teatro, y sí perderiais mucho.»

«Esta frase,—añade el P. Lacordaire,—quedó como un relámpago en el pensamiento de Ozanam; y cuando algunos de sus camaradas, menos escrupulosos que él, le comprometían á ir al teatro, solía defenderse con esta frase decisiva: «Mr. de Chateaubriand dice que no es bueno ir.»

Es bien sencilla esta frase: ¿verdad? ¡Y, sin embargo, cuantas lecciones en tan pocas líneas!

1. *Mi madre me ha recomendado que no ponga los pies en el teatro.*

¡Dichosos los hijos que tienen una madre para quien su alma es más querida que su salud, que su bienestar, que sus placeres!

¡Dichosos los hijos que tienen madres previsoras y enérgicas, madres verdaderamente cristianas y aun un poco austeras! Sobre todo para ellas, y quizá sólo para ellas, el niño guarda en el fondo de su corazón un respeto y una sumisión que ni el tiempo ni la ausencia alterarán jamás.—Y el niño para quien una prohibición de su madre es sagrada, el niño que ha conservado el culto de su madre, será siempre bueno y virtuoso; podrá caer; pero volverá bien pronto á ponerse en pie; el recuerdo de su madre será para él como una cadena que le cierra el abismo y le impide caer al fondo.

2. *Yo no voy al teatro.*

El joven que puede decir: *Yo no he ido*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nunca al teatro, y la joven que puede añadir á esta preciosa confesión: *Yo no he leído una novela*, son almas muy bien templadas, con las que Dios puede contar y con las que hará algo grande.

Para resistir á las atracciones del teatro, para ir al cual nos solicitan nuestros conocidos y la inclinación que tenemos á gozar, y al cebo de leer una novela de moda, de la que todo el mundo habla, es necesario tener un vigor de carácter y una fuerza de voluntad nada comunes.

XXXVI

Una limosna para Jesucristo.

¿Me atreveré á añadir á esta súplica, que humildemente acabo de exponer, esa vulgar palabra que la urbanidad, sin duda, ha consagrado, pero que no hace el elogio del corazón, la palabra: «si usted gusta [1]»?

1 Adviértase que en Francia es ése el modo de pedir limosna: "*Une aumône s'il vous plait*. Una limosna si usted gusta."

No; yo no diré esta palabra porque se trata directamente de Vos, ¡oh Jesús!, y al corazón gusta siempre, siempre, daros limosna.

Acaso, mientras sigue siendo bueno este pobre corazón, ¿no la da con gusto, ya que sobre la tierra no tiene sino la limosna para consolarse, para curarse y aun para vivir?

Dar limosna es para el corazón lo que para la madre es dar su leche; moriría en medio de atroces dolores si no la diese.

Así, pues, ¡oh Jesús!, puesto que se me pide para Vos, quiero daros limosna.

—¿—

¿Es acaso á ese mendigo, que mañana al salir de mi casa haréis que me salga al encuentro, á quién debo socorrer?

¿Es acaso á esa casa en donde, bajo la custodia de los ángeles llenos de amor, se hallan recogidos una porción de huérfanos?

¿Es á esa familia á la que visita la desgracia, y á quien la vergüenza de manifestarse desgraciada la mantiene escondida?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Es á esos hijos de los pobres, á quienes un ligero socorro procuraría la instrucción religiosa y el conocimiento de sus deberes?

—Son muy hermosas estas limosnas porque las hacéis á mis hijos, y en el Evangelio he dicho: «Lo que hagáis al más pequeño de los míos, *á Mí lo habéis hecho.*» Ellas son útiles á tu alma, á la que procuran el céntuplo en gracias, en bendiciones, en protección especial, en amor. Pero hay una limosna más hermosa porque me toca más directamente.

—Ya lo comprendo, ¡oh Jesús!: es la limosna hecha al santuario, en el que permanecéis realmente como el pobre en su choza, como el enfermo en su lecho. Es el dinero que se da para el embellecimiento del tabernáculo, para la compra de los vasos sagrados. Es el tiempo empleado en adornar con mis mismas manos vuestro santuario. Es el trabajo que procura para el sacerdote la vestidura de que se reviste para el Santo Sacrificio y los bordados que visten el altar.

—Sí, es hermosa la obra de los tabernáculos; pero hay otra todavía más hermosa. Es la del que *me da un sacerdote.*

Un sacerdote es tanto como tener á los pobres aliviados, los ignorantes instruídos, los pecadores reconciliados, la Misa celebrada, el mundo conservado. Darme un sacerdote es hacerme la limosna más preciosa; es dar una limosna al mundo entero, al Cielo, al Purgatorio, porque el sacerdote es Dios.

¿No es verdad que jamás hemos pensado en dar esta limosna á Jesucristo?

Hay en cada diócesis un rinconcito de tierra bendita, en donde en la paz y en el silencio, abrigados por altas murallas y viviendo en la familiaridad de Jesucristo, crecen las almas á quienes Dios predestinó desde toda la eternidad para ser sacerdotes.

¿Cómo han ido allá estas almas? ¿Cómo han sido escogidas? Apenas lo saben ellas mismas; y si les preguntáis por qué encadenamiento de sucesos se ha decidido su vocación, os responderán sencillamente: Hay mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lagros en nuestra vida, milagros para llamarnos, milagros para preservarnos, milagros para purificarnos, milagros para conservarnos.

Estas casas se llaman *Seminarios*, dulce denominación que nos recuerda esa parte de terreno especialmente escogida y abrigada, donde el jardinero hace crecer sus más delicadas plantas.

Para estas casas de Jesucristo, para estos Seminarios, esperanza y amor de la Iglesia, venimos á pediros una limosna.

El dichoso seminarista que, bajo el manto del Sagrado Corazón de Jesús, se forma para la ciencia y la virtud, vive sin cuidado de las cosas materiales; sabe que Dios le alimentará como alimenta á los pajarillos; que Dios le vestirá como viste á los lirios del campo. Y con razón: Jesús no lo abandonaría; pero es por medio de vosotras, almas piadosas, por quienes Jesucristo quiere alimentarlos y vestirlos; es Él quien viene á pediros una limosna para ellos.

¡Oh! Si Jesús pudiese Él mismo ser limosnero, ¡con qué gusto lo haría!

—

Vosotros, en cuyas arcas ha puesto Dios en depósito una gran parte de los bienes de la tierra; vosotros, que socorréis á los pobres, á las familias, á las iglesias, dad á los Seminarios, que quizá bien pronto carecerán de todo.

Buscad en vuestra imaginación, buscad en vuestro corazón, que la Sagrada Eucaristía ha hecho tan ingenioso para las cosas del Cielo, y no encontraréis una limosna más hermosa, más agradable á Dios, más fructuosa para las almas, más útil para la sociedad, que la limosna que sirve para hacer un sacerdote. ¿Acaso no es ella el germen de todas las limosnas que se harán después?

¡Oh, si pudiéramos deciros hoy lo que es un sacerdote, el bien que puede hacer un sacerdote, la perpetuidad de este bien, la inmensidad de este bien!

Lo que nosotros no podemos deciros, id á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preguntarlo á Jesús en la Eucaristía; no os retiraréis del tabernáculo después de haber preguntado á Jesucristo: ¿Qué es un sacerdote?, sin enviar al momento una *limosna para hacer sacerdotes*.

XXXVII

Sé el hombre de Dios.

Joven que entras en la vida, alma ardiente y generosa que aspiras á sacrificarte, y que sueñas, en tu brillante imaginación, con situaciones en que podrías manifestarte grande, hermoso, heroico.—¿Quieres hallar un alimento á esos deseos tan ardientes de tu corazón?—Sé el hombre de Dios.

En cada mañana, cuando delante de ti se abre ese campo de trabajo que se llama *un día*, y en el que se debe ejercitar tu actividad pregúntate sencilla pero resueltamente: ¿Puede Dios contar conmigo?

Es indudable que tú tienes necesidad de Dios; pero Dios también, en cierto modo, tiene necesidad de ti. Dios te hace el honor á ti, pobre criatura, de emplearte en su servicio; para eso te ha creado, te ha dado las facultades que posees y te ha colocado en el medio en que vives.

Está orgulloso, ¡oh noble corazón!, orgulloso de esa elección de Dios, y lleva bien la librea de Cristo tu maestro.

I

¿Puede Dios contar contigo para hacerse conocer?

Tú pides todos los días en el Padrenuestro que venga á nos el reino del Señor; ciertamente, á Dios no faltan los medios para extender su reinado y hacer que su nombre sea conocido; pero quiere que hoy seas tú el que, entre las personas con quienes vives, extiendas este reinado.

Tú puedes y debes hacerlo por medio de la oración hecha directamente con este objeto. ¡Oh Dios mío! Dadme ocasión de hablar de Vos; héme aquí, estoy listo, enviadme.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tú puedes y debes hacerlo por tu actividad y tu palabra. Un día pasado sin hablar á alguien de Dios, es un día que debe dejar remordimientos. El comisionista de un comercio, si no ha hecho algún negocio en el día, se pone solamente triste; pero si por su pereza, por su negligencia, por su temor ridículo, no ha procurado interesar al comprador, es culpable. ¿No somos nosotros los comisionados del buen Dios?

Di al pobre á quien das una limosna: *Sea bueno, y ruegue á Dios.*—Di á aquel que te refiere sus penas: *¡Ánimo! Dios no le abandonará si le pide.*—Di á aquel que te reclama consejo: *¿Ha pedido Ud. ya á Dios?*—Di á aquel en cuyas manos veas un libro ó una hoja impía ó licenciosa: *No leas eso; un alma pura no lo leería.*—Di al amigo íntimo que te visita: *¿No es verdad que Dios es bueno?* Y si la ocasión se presenta, llévale sencillamente á hacer una visita á Jesús en su tabernáculo.

Tú puedes y debes hacerlo con el ejemplo. Sé firme para cumplir con tu deber. Entra en la iglesia para oir Misa los domingos por el camino más corto y más visible. No rodees; los caminos tortuosos desagradan al Señor. No vaciles, porque si te dejas ganar, aunque sea muy poco, por el miedo, se te impondrá, te dominará, hará de ti el juguete del respeto humano.

Haz con valor, pero con sencillez, la señal de la cruz antes de la comida; saluda respetuosamente cuando pases delante de una iglesia ó cuando encuentres algún sacerdote. No seas dominante, pero defiende tu fe con paz, con calma, como una cosa natural.

Está seguro de que, obrando así, ahogarás muchas sonrisas y producirás pensamientos fuertes y generosos, que germinarán en las almas, y tarde ó temprano darán sus frutos. *El bien* con más razón que el mal tiene un poderoso atractivo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2

¿Dios puede contar contigo para defenderse?—¡Oh, defender á Dios! ¡Qué hermosura y qué santa misión!

Lee en la historia de la caballería ese juramento que hacían los caballeros de proteger, aun á costa de la vida, á los abandonados, á los huérfanos, á los proscriptos. ¿Y qué? ¿Dios no es ahora el abandonado, el proscripto? ¿Y ese juramento de renunciar al mundo y al demonio, los enemigos de Dios, y de unirse á Dios para siempre hecho en el bautismo, renovado en el día de la primera Comunión, y acaso muchas otras veces, después no habrá de ser más que una palabra vana y no interesará al honor tanto como al juramento de un caballero?

Estudia la religión para responder á los ataques de los incrédulos.

El caballero consagraba muchas horas al día para preparar sus armas; el cristiano debe consagrar al menos algunas horas cada semana á leer libros que le enseñen á defender á su Dios...

Y esperando la hora del combate, detén al blasfemo con la palabra si tu edad y tu posición lo permiten, con tu silencio y con el rubor de tu frente si no puedes hablar; y si se te pregunta el porqué de esa nube de amargura, responde con entereza: «Me habéis herido blasfemando de Jesucristo.»

Baste por ahora... Joven que entras en la vida con alma ardiente y generosa, que aspiras á sacrificarte: sé el hombre de Dios, el hombre con quien Dios puede contar.

XXXVIII

A mis hermanos los pobres de Jesucristo.

¡Venid á mí!... Dulce y fortificante palabra para mi pobre corazón la que acabo de oir.

Hay, pues, alguno que piensa en mí, que se interesa por mí, que me quiere cerca de sí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién sois vos que me llamáis?

A través de las lágrimas que velan mis ojos os reconozco, ó más bien dicho os adivino, ¡oh Señor mío Jesucristo!

No hay quien así llame á los pobres, á los abandonados, á los que sufren, sino Vos. No hay quien los ame y sepa consolarlos sino Vos. ¡Oh, gracias, gracias, mi buen Jesús! Oigo vuestra voz, héme aquí.

Para comprender un dolor es necesario haberlo experimentado en sí mismo, y para aliviarlo es necesario amar á quien este dolor agobia. ¡Ninguno ha sentido más que Vos, ¡oh Jesús!, lo que la pobreza tiene de más rudo, humillante y penoso; ninguno ha amado más que Vos á los pobres y la pobreza!

Al haceros hombre, Vos, Señor soberano, habriais podido poseer todas las riquezas del mundo, y, sin embargo, habéis querido nacer tan pobre que no habéis tenido una cuna para que reposaran vuestros miembros delicados, y sólo la paja de un establo contra el frío

de la noche que protegiese vuestro cuerpo, ya paciente.

Y cuando habéis crecido, ¡oh, Señor!, en gracia y en sabiduría, habéis quedado siempre pobre.

Vuestra infancia pasó en medio de las privaciones y del trabajo.

Hijo de un obrero á los ojos del mundo, y obrero Vos mismo, habéis pasado treinta años en estos trabajos que debían procuraros el pan cotidiano; treinta años de vida humilde, laboriosa, penosa muchas veces, porque habéis querido que vuestra pobreza fuese verdaderamente real, y llena por eso de dificultades.

Ninguno dejó de verla cuando comenzasteis la predicación de vuestro Evangelio, y los fariseos, al oiros, admirados de vuestra sabiduría se decían: «¿No es éste el hijo del carpintero?»

Y cuando anunciasteis vuestra doctrina, las primeras palabras que salieron de vuestros labios proclamaron la bienaventuranza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la pobreza. « ¡Dichosos,—dijisteis,—bienaventurados los pobres!»

Y cuando quisisteis enseñar el camino de la más alta virtud, ¿no es la pobreza la que pusisteis por principio? Si queréis ser perfecto, ve y vende todo.—Si queréis poseer un tesoro en el Cielo, dad todo lo que tenéis.—Aquel que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

Fueron también los pobres los primeros que escogisteis para salvar al mundo con Vos.

Y ellos son pobres también ; se han hecho pobres los que en la continuación de los siglos quieren amaros más que los demás y unirse á Vos. Fortuna, honor, belleza, alegría, ellos arrojan todas estas cosas como un fardo inútil al pie de la cruz, sobre la que os habéis mostrado á ellos en la última de las pobrezas, desnudo, miserable, abandonado de todos. El mundo los llama locos; pero ellos, llenos de alegría por asemejarse á Vos, exclaman: «¡Oh santa, divina pobreza!»

¡Oh pobres, ¡oh hermanos míos!, si supieseis la gracia qué Dios os ha hecho no imponiéndoos ese fardo de las riquezas que parecen tan envidiable muchas veces!

¡Si supieseis las disensiones de que ellas son causa, los odios entre amigos ó hermanos que á menudo engendran!

¡Si supieseis lo que es el sufrimiento de un ser hastiado que no goza con nada porque todo lo tiene en abundancia!

¡Si supieseis el abandono, la soledad del corazón de aquellos á quienes se trata sólo porque tienen dinero, y que conocen muy bien que entre esa multitud solícita no encontrarían quizás un corazón en que apoyarse si una desgracia viniese á alterar su posición!

¡Si conocieseis las crueles decepciones de las ambiciones que suscita á menudo la fortuna, y que jamás se ven completamente satisfechas!

¡Si supieseis cuántas dificultades para santificarse tiene el rico en medio de las vanidades del mundo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Si conocieseis la fuerza de las ligaduras que los atan, y con qué trabajo pueden desprenderse de ellas cuando Dios les pide un sacrificio, ó cuando llega la hora suprema en que hay que dejarlo todo!

¡Si conocieseis, sobre todo, la cuenta terrible que Dios les pedirá un día sobre el modo con que las riquezas han sido adquiridas, y sobre el modo con que han sido empleadas!

¡Oh, pobres!, ¡oh, hermanos míos!, no os quejariais y os juzgariais dichosos.

¡Dichosos!... ¿Queréis serlo? Permaneced fieles á Dios. Decid más piadosamente que todos el Padrenuestro, que da tanta paz y que parece haberse hecho más para los pobres que para los demás. Decid con piedad el Avemaría, que os hará sentir la protección maternal de la Madre de Jesús.

Resignaos y tened confianza en que Dios es bueno, infinitamente bueno, que os prueba, os ama también infinitamente, y os consolará un día con tanto más amor cuanto más hayáis sufrido.

No miréis con saña el bien del rico, porque es Dios quien ha permitido que él tenga de sobra, y que permite también, para que haya igualdad en el mundo, que tenga sus dolores amargos, profundos, tanto más punzantes cuanto más desea alejárselos.

Trabajad con valor sabiendo que el trabajo es santo, que él regenera y engrandece, y que en este mundo sólo hay una cosa despreciable: el vicio.

Amad, en fin, y servid á Jesucristo, que primero os amó más que nadie, y que al llamaros bienaventurados añadió para todos, para los ricos y para los pobres, una palabra que antes de que Él la dijera nadie la había sospechado siquiera: «Amáos los unos á los otros.»

¡Oh, Señor! Que así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIX

¡Pobres niños!

Es un hombre de mundo el que nos escribe esta página.

En una de esas casas abiertas á todo transeunte, en donde incautamente me había metido una tarde, vi venir dos niñas pequeñas: entre las dos apenas formarían veintitrés años.

Una de ellas traía una guitarra vieja, y ambas, pálidas y demacradas, cantaban. Jamás adivinariais lo que cantaban con melancólica y dulce voz. ¿Canciones sentimentales? No. ¿Romances guerreros? Tampoco.

Estas dos niñas, de diez á trece años, cantaban coplas que me hicieron subir los colores al rostro. Y cada copla era acogida con sonrisas significativas, que producían algunos sueldos.

Tuve compasión de ellas, y cuando hubieron acabado de cantar, y después de algunos minutos,—los demás las olvidaron completamente, como se olvida un instrumento que ya no sirve,—las llamé á parte.

—Qué, ¿no sabéis otras canciones?

—Oh, sí, todavía sabemos muchas otras.

Y entonces me recitaron versos más malos, si cabe, que los primeros, y esto con una frescura que no me atrevo á llamar inocente.

Un sentimiento de vergüenza se apoderó de mí, y dije á la mayor con seriedad:

—Te voy á contar una historieta, y luego te daré algunos sueldos.

—Está bien,—me dijo.

Y se puso en pie con la curiosidad de un niño.

Entonces comencé:

—Eran dos niñas y una anciana.

La anciana, que era hechicera, las encontró una vez por el camino que sale de la aldea, á eso del medio día, en uno del mes de Agosto.

—Niñas,—les dijo: —en la fuente que co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rre allá abajo hay un agua muy fresca; id á traerme una poca.

Una de las niñas hizo un gesto desdeñoso; pero la otra fué á sacar el agua en la cavidad de sus manos como en una copa de nácar, y la llevó á la anciana.

—Tú has sido buena,—le dijo la hechicera;—pues bien, cada vez que hables correrán de tus labios, como de una fuente virgen é inagotable, diamantes y perlas.

Tu hermana ha sido egoísta, y por eso, cada vez que hable, saldrán de su boca sapos y culebras.

Y así sucedió.

Durante todo el tiempo que hablé, mis ojos no se separaron de la mayor de estas niñas; y habiendo observado una ligera turbación, continué.

—¡Oh, niña! ¿Qué mala acción habrás cometido, tú que aún eres tan joven, para que te salgan de los labios, cuando cantas, cosas horribles y asquerosas, y no perlas finas?

Por vez primera comprendió algo; se avergonzó, y bajando tristemente la cabeza, dijo:

—Mi madre me ha pegado para que aprenda estas canciones.

—¿Y también á tu hermana?—le repliqué.

—Esta no es mi hermana; es la hija de una vecina del granero en donde duermo. Ella está enferma, su madre le pega cuando por la tarde no vuelve con algunos sueldos; yo la traigo para que gane su vida conmigo, y nos dividimos los sueldos sin que nadie lo sepa.

¿Cuál era, pues, el ángel del Cielo que, en medio de la corrupción acumulada por la madre en el alma de su pequeña hija, había conservado en esta alma, como una brasa entre la ceniza, la virtud de la caridad?

—Y si yo os enseñase á las dos otras canciones, ¿las cantariais con gusto?

—¡Oh, sí!—me dijeron.—Estas no están bien en mi boca,—añadió la mayor;—yo conozco que son feas, y no sé por qué.

¡Queridas y buenas almas á quienes Dios mismo había guardado!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y si yo os enseñase oraciones?

Abrieron mucho sus ojos, como para decirme: «¿Qué son oraciones?»

Había dos almas que salvar; les di las señas de mi casa, y las cité para el día siguiente.

La Conferencia de San Vicente de Paúl dió una pensión á la madre, y mis dos protegidas fueron colocadas en un colegio, en donde las buenas Hermanas les enseñaron á rogar á Dios y á cantar piadosas canciones.

El que me había contado esas cosas añadió: ¡Cuán bueno es Dios, y cuán paternal es su providencia! Esas dos niñas, que no habían ido sino á buscar algunos sueldos, encontraron la salvación de su alma.

Y yo, que también había ido allí por no tener en qué ocuparme, ¡oh qué dichoso fuí y cuánto agradecí en la noche á mi buen Señor, por haberse servido de mí para llevarle estas almas!

Desde ese día añado todas las mañanas á

mi oración esta palabra: ¡Dios mío, permitidme seros útil; dignáos serviros de mí!

He aquí un gran pensamiento: Puesto que Dios en su bondad quiere tener necesidad de nosotros para la salvación de las almas, ¿por qué en la mañana no nos ofrecemos á Él, como un comisionista se ofrece en los almacenes en busca de trabajo, y le decimos sencillamente: Heme aquí, Dios mío, enviadme?

XL

¿Quién tiene la culpa?

El anciano cura entra llanamente en la morada de uno de sus feligreses. Sabe que hay sufrimiento y dolor bajo aquel techo, y el sufrimiento atrae al sacerdote como el placer al hombre mundano.

El marido está asomado á la ventana; fuma, y su mirada vaga en el vacío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mujer está sentada en su sitio ordinario, pero no trabaja; llora.

—Tenéis muy tristes las caras; ¿qué es lo que hay hoy?—preguntó el sacerdote.

—Siempre la misma cosa que la última vez que vinisteis, señor cura, y peor aún.

—Vuestro hijo, ¿no es verdad?

—Sí, él, siempre él; le han despedido del taller; es ya la tercera vez.

—¿Y vosotros no habéis podido corregirle?

—¿Corregirle?... ¡Ah!—respondió suspirando la madre.—¡Si vieseis cómo se ríe de lo que se le dice!... Oye un momento, alza los hombros y se va para volver cuando le place.

—Pero veamos, mis buenos amigos: ¿habéis sido vosotros así con vuestros padres?

—¿Nosotros?—replicó el padre bañado en lágrimas.—¡Ah! ¡Si yo hubiese hecho llorar á mi madre!... En la familia, cuando el padre hablaba, no había más que ver...

—Aun otra pregunta, mi pobre Juan: ¿vuestro Luis reza?

—¿Él?.... ¡Desgraciado! Apenas sabe hacer la señal de la cruz.

—¿Y vosotros la haciais á su edad?

—Bien sabéis que sí, señor cura; con unos padres como los nuestros, era indispensable cumplir cada uno con su deber. El domingo nos hacían ir delante de ellos á Misa, y por la tarde... mirad: delante de esta imagen nos poníamos de rodillas. Pobre padre, pobre madre, ¡nosotros los amábamos tanto! ¡Los obedecíamos con tanto gusto! Y él...

—Y bien, amigo mío,—repuso el sacerdote, apretándole fuertemente la mano:—¿comprendéis lo que acabáis de decirme? Vosotros obedecisteis á vuestros padres porque os hacían obedecer á Dios; vosotros amasteis á vuestros padres porque os enseñaban á amar á Dios. ¿Os acordáis de que más de una vez os he dicho: «Vosotros dejáis que vuestro hijo falte á la Misa y al Catecismo: vosotros le en viáis á una escuela en donde jamás se le habla de Dios; tened cuidado... ¡Os hará llorar! ¿Me engañé?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Ah, mis buenos amigos! Habéis dejado ambos vuestras oraciones; habéis dejado vivir á vuestro hijo en el olvido de Dios, os habéis olvidado de Dios; pues bien, Dios se ha ido de vuestra casa, y cuando Dios se va de un alma ó de una morada, se lleva sus bienes, que son: la paz, la unión, la obediencia y la alegría.

Esta página ¿no será provechosamente leída en el seno de muchas familias?

Y á esas madres que gimen tan dolorosamente por la mala conducta de sus hijos, por su insensibilidad y su ingratitud, no será justo decirles: *¿Quién tiene la culpa?*

¡Ah! Vosotras habéis dejado debilitarse, casi extinguirse, en el alma de vuestros hijos la fe que les dió el bautismo; esa fe que les mostraba á Dios hablando por vuestros labios; á Dios, á quien debían respetar y amar en vosotras; á Dios, á quien obedecían cuando os obedecían..., y ellos no han visto en vosotros, desgraciados padres, y madres más desgraciadas aún, sino seres obligados á soportar sus caprichos y á procurarles todos sus placeres, y contra los que tienen derecho á rebelarse si encuentran resistencia á sus caprichos.

Habéis dejado extinguir esa fe que había puesto en su alma como un instinto divino, empujándolos hacia la piedad, la inocencia, la sumisión..., y en su lugar ha venido el instinto de la insumisión, de la hipocresía, de la independencia.

Habéis cesado de dar á vuestros hijos, á esos hijos que se forman, sobre todo, por lo que ven hacer, el ejemplo de una vida cristiana. Ellos nunca os ven de rodillas, llamándolos cerca de vosotros, orando con ellos y por ellos. Ellos os han oído hablar de las leyes de la Iglesia, si no con desprecio, al menos con ligereza; os han visto violar sus leyes sin temor y sonreir á las conversaciones burlescas que se platicaban delante de vosotros acerca de Dios, de su justicia, de su providencia, de sus milagros..., y he aquí que ellos se han substraído á vuestra autoridad,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y han procurado, no ya cumplir deberes penosos que no les aprovechaba en la tierra, sino gozar.

¡Ah! Volved, volved á la piadosa práctica de la oración en común.

Volved á la enseñanza del catecismo, á la lectura de la vida de los Santos, á la obediencia respetuosa de todas las leyes de la Iglesia.

Volved á hacer de vuestra casa un santuario. Traed á ella el pensamiento de Dios, que todo lo domine y esclarezca como el sol domina y esclarece todo el mundo. Entonces, *padre*, seréis respetado; *madre*, seréis amada; ambos seréis obedecidos, y la unión, la paz y la alegría entrarán de nuevo en vuestro hogar.

XLI

Una oración pequeñita.

¡Dios mío, que os amemos mucho!

¡Dios mío, que hagamos que os amen mucho!

¡Dios mío, que nos amemos mucho!

¡Dios mío, que Vos nos améis mucho!

—oo—

Es pequeña, muy pequeña esta oración, y puede en un minuto repetirse cuatro veces... ¿Quién no querrá dejarla escapar piadosamente de sus labios?

Es pequeña, muy pequeña esta oración, y es especialmente para las pobres almas que no saben orar ó que se hastían rezando... ¿Cuál, pues, de estas almas se negará á probar si esta oración le trae un poco de fuerza y un poco de piedad?

Es pequeña, muy pequeña esta oración; pero es dulce al corazón y útil al alma: es aun graciosa para la inteligencia... ¿Quién no querrá saborear, al menos una vez, su dulzura, su fuerza, su amabilidad? Mirad cuántas cosas encierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

¡Dios mío, que os amemos mucho!

Si nosotros os amamos, ¡oh Dios mío!, permaneceremos gustosos bajo vuestra mirada, juzgándonos felices por vivir, trabajar, y recrearnos cerca de Vos, y nuestro pensamiento subirá hasta Vos, y nuestro corazón os buscará por todas partes.

Si nosotros os amamos os visitaremos con gusto, y todos los días nos veréis, alegres y solícitos cerca de vuestro tabernáculo, daros á Vos, que allí residís corporalmente, los buenos días de un hijo amante.

Si nosotros os amamos os obedeceremos con alegría, porque obedecer es contentar al amor que se tiene, es dar gusto á quien se ama.

Si nosotros os amamos iremos á Vos, antes que á ningún otro, para ser consolados, aconsejados, fortificados, y perdonados, porque sólo á aquel á quien amamos pedimos

consuelo, luz, fuerza y paz, y todo esto lo encontramos en Vos.

¡Oh! sí, sí. ¡Dios mío, que nosotros os amemos mucho!

II

¡Dios mío, que hagamos que os amen mucho!

¡Oh! Si tenemos la dicha de ser aceptados por Vos, ¡oh Dios mío!, como apóstoles vuestros, ayudas vuestros, empleados vuestros, servidores vuestros, ¡cuán felices seríamos!

Si Vos nos aceptáis para haceros amar, tendremos la generosidad de emplear en vuestro servicio todo nuestro tiempo, todos nuestros bienes, toda nuestra inteligencia, felices por trabajar por Vos, por consumirnos por Vos, por morir por Vos.

Si Vos nos aceptáis para haceros amar, seremos ingeniosos para hablar de Vos, para hallar los medios de hacer que conozcan y amen, y para emplear estos medios con prudencia y amabilidad.—Seremos firmes en defenderos, no temiendo ni los rubores de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

timidez, ni las repugnancias de la naturaleza, ni las sonrisas de la burla.

Si Vos nos aceptáis para hacer que os amen, confiaremos mucho en vuestra paternal bondad, seguros de que para cumplir nuestra misión tendremos siempre los talentos, el tino y la habilidad necesarios; que siempre hallaremos en Vos el perdón de nuestros olvidos y de nuestras faltas, la palabra que alienta, que vigoriza y que reanima, y, sobre todo, la esperanza cierta del Paraíso.

¡Oh! sí, sí. ¡Dios mío, que nosotros os hagamos amar mucho!

III

¡Dios mío, que nos amemos mucho!

Si nosotros nos amamos como se aman los hijos de una misma familia, dándose todos el nombre de hermanos, y diciéndoos todos con el mismo afecto: *Padre mío*, nosotros nos ayudaremos, nos soportaremos, nos defenderemos, nos cuidaremos, nos perdonaremos, permaneceremos con gusto unos con

otros; seremos fuertes para la lucha, y llevaremos á Vos, Señor, á todos aquellos á quienes encontremos en nuestro camino. ¡Oh qué vida esta tan dulce, tan hermosa!

¡Dios mío, Dios mío, que nos amemos mucho!

IV

¡Dios mío, que Vos nos améis mucho!

Bien sabemos que nos amáis, Señor; pero esta oración os pide que nos hagáis algunas veces sentir vuestro amor.

¡Oh! Sentirse amado de Dios aunque no sea más que un momento, es la sobreabundancia de la paz y de la alegría; es para el alma el éxtasis de la *inocencia;* para la inteligencia la iluminación de la ciencia; para el corazón la más completa, más tierna, más duradera explosión del afecto; es el olvido de todas las penas y de todas las angustias; es la recompensa, que excede á toda expresión, de una vida entera de abnegación, de sacrificio y de martirio. Es la excitación más alentado-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra á una nueva vida de abnegación, de sacrificio y de martirio.

¡Dios mío, Dios mío, que Vos nos améis mucho!

XLII

Los risueños.

¡Triste familia la de los risueños, sin que aquí los consideremos desde el punto de vista del mal que causan al alma.

¡Triste raza la de esos seres que no saben ni sentir, ni razonar, ni recogerse, y que á todo lo que oyen, venga ó no venga á propósito, y aun en las cosas más serias y delicadas, lanzan ese gutural ruido que se llama risa, y que saliendo de sus dilatados labios, no espontáneamente, sino con afectación, nada dice, á nada corresponde, y es el indicio más evidente de la inanidad y de la corrupción de su espíritu.

El risueño de quien hablamos, y cuyos diversos aspectos vamos á presentar, no es causa de alegría, de esa dulce expansión del alma que se abre á los dulces regocijos, como el soplo de la primavera abre la flor para que reciba la gota de rocío y el rayo del sol; este risueño produce el disgusto y da miedo.

Si es *indiferente*, hiela las creencias como el frío á las plantas; si es *burlón* ó *infernal*, devasta y destruye.

¡Oh jóvenes, y tú, mujer, especialmente! Rechazad con toda la energía de una voluntad cristiana el libro que quiere haceros reir de las cosas del alma y de Dios. Alejad de vos al que *se ríe* de lo que vuestra madre os ha enseñado á respetar.

Nada hay tan insinuante como la risa; nada tan peligroso como ella.

¡Ah! Esas cosas del alma tan grandes, tan santas, tan delicadas, de las que sería necesario hablar de rodillas; esa fe divina tan luminosa aun en sus misterios, tan firme en sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pruebas, tan consoladora en sus esperanzas, tan atractiva aun en la sencilla exposición de sus enseñanzas, no pudiendo ser destruída por el demonio, procura hacerla olvidar bajo el ruido de la risa que ha producido, indiferente unas veces, burlesca otras, otras infernal, según el grado de perversidad del corazón y del espíritu.

I.—Risa indiferente

Es la de la ligereza de espíritu y de carácter, es el indicio de corrupción del corazón, el efecto de la primera turbación de una conciencia que no está todavía ciega, pero que comienza á ser invadida por el pecado.

Todavía no estalla; está sólo en los labios, pero se traduce en estas palabras: ¿Qué me importa?

Se ríe de un consejo. ¿Qué me importa?

Se ríe de una reprensión. ¿Qué me importa?

Se ríe de una amenaza. ¿Qué me importa?

Se ríe porque nada sabe, y quiere perseverar en su ignorancia. ¿Qué le importa?

Se ríe porque es flojo y no quiere tomarse el trabajo de escuchar ó de aprender. ¿Qué le importa?

Esta risa no trata de hacer el mal; pero lo hace. Produciéndose ante un alma sencilla le hace dudar, y la duda en un alma es el principio de su ruina.

II.—Risa burlona

Es la del orgullo y de la pretensión, la del *presuntuoso*.

Este no se toma el trabajo de pensar: todo lo desdeña.

No escucha para refutar: sabe más y mejor, según dice.

Él ha visto, ha comprendido, ha leído, ha reflexionado, y hélo allí hecho grande: alrededor de él no hay sino espíritus pequeños.

La enseñanza de la Iglesia y las prácticas religiosas forman esclavos, y él se ríe de los que llevan esas cadenas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Él no apartará directamente á nadie de un deber de religión; pero dirá una de esas palabrillas que penetran como aguda punta y hacen sangre al alma y la paralizan.

No se da cuenta de que el ridículo mata; pero lo emplea únicamente para hacer acaso estimar, y *mata*.

Un obstáculo serio excitaría el valor de aquel que cree; una explosión de risa le detiene y acobarda.

La risa burlesca es el arma más mortal puesta á servicio del demonio en su guerra contra las almas.

III.—Risa infernal

Es la risa del demonio, que se encarna de algún modo en un ser humano, y penetrando en las almas va á arrancarles una á una todas sus creencias, todas sus delicadezas.

Es la risa de Voltaire, de ese ser perverso, el más despreciable de los hombres, y cuyo nombre jamás debería pronunciarse sin hacer la señal de la cruz.

Esta risa es un compuesto de escándalo, de calumnias, de denigraciones. Todo está referido, mostrado y comentado con tan burlesca sangre fría, que lo hace aceptar sin contradicción y lo fija profundamente en las almas.

El que se ríe con esta risa toma todas las formas, porque es, como el que lo inspira, esencialmente hipócrita y mentiroso.

Tiene la risa casi inocente de una ignorancia afectada que se hace acoger sin desconfianza, y que le permite decirlo todo sin que parezca que trata de corromper.

Tiene la risa ligeramente burlesca para no sulfurar á los otros.

Tiene la risa fina y espiritual para dar á entender que tiene más de lo que dice y para excitar la curiosidad.

Tiene la risa forzada que muestra compasión de aquellos á quienes denigra y calumnia.

Tiene la risa cínica y grosera que arroja el mal con toda su voz... y después se retira

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diestramente, dejando al mal el placer de completar su obra.

IV.—La última risa

Es la de la muerte, que con su risa horrorosa detiene las risas comenzadas en la tierra.

Es la de Dios vengador que castiga. Risa del poder y de la fuerza, que domina todas las risas del malvado y las hiela en sus labios.

Es, en fin, la del demonio, risa estruendosa, y cuyo estruendo burlesco atormentará al alma durante toda la eternidad.

Una palabra vulgar concluirá enérgicamente estas líneas.

Reid, indiferentes; reid, burlones; reid, malos y perversos. Habrá quien se ría más y más recio que vosotros: *al freir será el reir*.

XLIII

Mucho cuidado con la primera mancha.

¡Oh jóvenes! En los momentos en que dejáis, para correr el mundo, el bendito techo

de la familia y los muros también benditos del colegio cristiano, en donde la paz, la ciencia y la abnegación guardaron tan bien vuestra inocencia, ponemos ante vuestros ojos la página siguiente.

Puede ser que no comprendáis todo lo que hay en esta página, todo lo que ha querido decir el desgraciado escritor que la ha publicado, ese pobre *Lamennais*, quien, sin atreverse á confesarlo, ha contado en ella su propia historia.

Tanto mejor si no lo véis todo, pero que al menos, el sentimiento de temor que penetrará en vuestra alma mientras que lo leéis, baste para deteneros en la hora del peligro, y para hacer repetir á vuestro corazón estas graves palabras: «Mucho cuidado con la primera mancha.»

Hacía un calor sofocante: un hombre vió en la parte baja de una ladera una viña cargada de racimos; tenía sed, y le vino el deseo de satisfacerla con el fruto de la viña.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero entre ella y él se extendía un pantano que era necesario atravesar para llegar á la ladera, y él no se resolvía.

Sin embargo, la sed le atormentaba y se dijo: «Quizá el pantano no sea muy profundo. ¿Quién me impide probar, como tantos otros? Yo no mancharé sino mi calzado, y el mal, después de todo, no será grande.»

Se resuelve; entra en el pantano; sus pies se hunden en el *infecto* fango; pronto le llega á la rodilla; entonces se detiene, vacila, se pregunta si sería mejor volver atrás. Pero la viña y sus racimos están allí, delante de él, y su sed aumenta á cada instante.

—Puesto que ya llevo la mitad del camino, —dijo, —¿por qué volver atrás? ¿Por qué perder mi trabajo? Un poco de más ó menos fango, ¿qué significa? Por lo demás, tendré tiempo suficiente para lavarme en el primer arroyo que encuentre.

Este pensamiento le decide; avanza más y más, hundiéndose cada vez más en el fango; ya le llega al pecho, al cuello, á los labios, al fin

pasa sobre su cabeza. Casi ahogado y anhelante, un último esfuerzo lo levanta y le lleva al pie de la ladera.

Cubierto todo de un fango negro que corre por sus miembros, coge por fin el fruto tan anhelado y se harta de él. Después de eso, de mal humor y avergonzado de sí mismo, se despoja de sus vestidos y busca por todos lados agua pura para lavarse. Pero aunque lo haga, el hedor queda; la fetidez del pantano ha penetrado en su carne y en sus huesos, y de ellos se exhala incesantemente, y forma alrededor de él una atmósfera fétida. Los hombres huyen de él; á nadie puede acercarse. Se ha convertido en reptil; ¡que vaya á vivir con los reptiles!

—

¿No quedáis dolorosamente impresionados después de esta lectura, y este cuadro que se os presenta en la imaginación no producirá en vuestra alma un sentimiento de disgusto?

¡Ah, sí, sí, alma tan querida de Dios y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vuestra madre!, cuidad mucho de no mancharos por primera vez.

No digáis: me detendré.

No digáis: me lavaré.

No digáis: me levantaré.

Hay pendientes sobre las que nadie se detiene, manchas que no se lavan, abismos de cuyo fondo no se sube jamás.

Vos sólo, ¡oh Dios mío!, podriais tender la mano á esta pobre alma y levantarla.

XLIV

Una oración.

Dios mío:

Héme aquí delante de Vos, pobre, pequeño, despojado de todo.

Estoy á vuestros pies abismado en mi nada.

Quisiera tener algo que ofreceros, pero no soy sino miseria.

Vos sois mi todo. Vos sois mi riqueza.

Dios mío, yo os doy gracias por haber querido que fuese nada delante de Vos. Amo mi humillación y mi nada. Os doy gracias por haber alejado de mí algunas satisfacciones del amor propio, algunos consuelos del corazón. Os doy gracias por las decepciones, inquietudes y humillaciones. Reconozco que tenía necesidad de ellas, y que los bienes de que me habéis privado me tendrían lejos de Vos.

¡Oh, Dios mío, bendito seáis cuando me probáis!

Me complazco en ser hollado, consumido, destruído por Vos.

Aniquiladme más y más.

Que yo sea en el edificio, no una piedra trabajada y pulida por mano del obrero, sino como el grano de arena obscuro y robado al polvo del camino.

Dios mío, os doy gracias por haberme dejado entrever la dulzura de vuestros consuelos. Os doy también gracias por haberme privado de ellos. Todo lo que hacéis es justo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y bueno. Os bendigo en mi indigencia. No echo de menos sino el no haberos amado lo bastante. No deseo nada sino que se haga vuestra voluntad.

Vos sois mi dueño, y yo soy propiedad vuestra. Haced y deshaced en mí. Trabajadme y destruidme. Quiero ser aniquilado por vuestro amor.

¡Oh Jesús! ¡Qué buena es vuestra mano! aun en lo más fuerte de la prueba! ¡Yo quiero ser crucificado, pero crucificado por Vos!

Amén.

(General De Sonis.)

XLV

Lo que puede un alma piadosa.

Un alma, una sola alma es poco para el bien; pero un alma piadosa, es decir, un alma que sirve á Dios, que posee á Dios y que lleva á Dios consigo, es la omnipotencia divina.

¡Oh! Vosotros que desesperáis quizá de llevar á Dios una familia ó una sociedad, procurad que penetre en ella y en ella permanezca un alma que lleve á Dios consigo.

Un hombre cristiano había comprado una fábrica; pero bien pronto se apercibió de que sus obreros vivían lejos de Dios.

Un día en que entraba en la iglesia después de medio día, vió á una de sus obreras orando; era una pobre joven de dieciocho años, en quien apenas se había fijado hasta entonces, y le pareció que un rayo de luz salía del tabernáculo y se detenía en ella.

Esperó que acabara su oración, y en el pórtico aún, bajo la mirada de Jesucristo, supo de sus labios que todos los días aprovechaba el momento libre que tenía para ir á aquel lugar.

—Pero yo no pierdo mi tiempo,—añadió temblando un poco.

El dueño se sonrió. Ella tenía miedo de que se le reprochase.

—Escuche, hija mía, no hable Ud. á nadie

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de nuestra entrevista, y dígame sencillamente si Dios le ha dicho algo.

—No; pero hace mucho tiempo que siento que me falta alguna cosa, y estoy triste.

—¡Oh! Esa es buena señal; lo que á usted falta, hija mía, es que no hace nada por Dios; pues bien: desde hoy va Ud. á ocuparse en convertir á sus compañeras.

—¿Yo?

Y se vió en su rostro tal admiración, y en su mirada tal muestra de sinceridad, que el dueño se puso á sonreir dulcemente. Era lo que él necesitaba; un alma que se ignorase.

—¡Sí, Ud.! Usted va á aparecer desde luego alegre, amable, buena, servicial para todos. Procurará Ud. ganar á las más jóvenes, riendo con ellas y ayudándolas en su trabajo; desempeñará Ud. las comisiones que le den las más antiguas, y sin afectación se esmerará en serles útil, y vendrá un momento á la iglesia cada vez que éntre ó salga del taller. ¿No es esto fácil? Pero hay algo más. En la noche, hacia las nueve, antes de que Ud. se acueste,

se pondrá de rodillas y rezará una decena del Rosario, que yo también rezaré por mi parte, y ambos ofreceremos una comunión cada mes.

La obrera había escuchado á su patrono con los ojos fijos en él, y cuando éste acabó de hablar:

—¡Oh!—exclamó aquélla de repente:—¡qué bueno es Dios!

Juntó las manos y se puso á llorar.

—

Pasaron dos meses, y un día se encontró con el dueño.

—He ganado una compañera,—le dijo,—que reza, como Ud. y como yo, una decena del Rosario todos los días, y comulga una vez al mes.

Así se proseguía, una conquista hoy... luego una interrupción, luego otra adquisición, y así sucesivamente hasta llegar á cuatro.

Mas estas cuatro obreras llevaban la alegría al taller; enseñaban alegres cancioncillas; se oían menos palabras licenciosas. — Dios realizaba su obra suavemente, con la misma

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suavidad con que lo verifica en la naturaleza.

Después de quince meses de perseverancia, más de treinta obreras formaban parte de la asociación. Se cantaban muchas canciones en el taller; pero se entonaban también cánticos religiosos y se rezaba el Rosario.

¿Qué no se puede con Vos, ¡oh Dios mío!, cuando se os ruega, cuando se os sirve y cuando se os espera?

XLVI

Una trampa encantadora.

Aquella noche jugaban á las prendas varias personas en un elegante salón.

Era una numerosa reunión de amigos, llegados allí con todo el entusiasmo de la juventud y de la amistad. Se celebraba el décimoquinto cumpleaños de la primogénita de la casa, y ella fué la que, después de comer, se había empeñado en que se divirtiesen con aquel juego. ¡Son tan alegres las penitencias que se imponen!

Ella presidía, y era el juego llamado *Pichón, vuela*, el que se había escogido para tener muchas, muchas prendas. Todos tomaban parte en él: jóvenes, papás, mamás, todos; ¡era tan querida la graciosa niña!

Muchas veces ya, unos más y otros menos, se habían alzado los dedos al sonar el nombre de un pájaro; las prendas abundaban.

—Pronto se va á acabar; ¡cuidado!—dijo la señorita María sonriendo.

Y con increíble naturalidad, para mejor engañar á los jugadores, añadió:

—*¡Elefante, vuela!*

Un solo dedo, el de su padre, se levanta.

Era un buen padre el de la señorita María; excelente, trabajador, hombre hábil para los negocios, pero ¡ay! como tantos otros vivía lejos de Dios.

Una risa homérica estalló á vista de aquel dedo levantado; el papá mostró una forzada sonrisa y entregó su reloj en prenda á la señorita María, que, risueña y maliciosa, declaró terminado el juego.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un cambio de sonrisas malignas y algunos guiños entre María y sus hermanos, daban á entender que había allí un pequeño complot; pero el padre no se apercibió de ello.

Las prendas salían poco á poco, y de repente el hermano de María, teniendo oculto entre sus manos el reloj de su padre, hizo una señal á su hermana, que dijo en alta voz:

—La prenda que va á salir no podrá ser rescatada hasta que el que la haya dado se comprometa á ir á Misa los domingos durante un mes. ¿Conformes?..

—Sí... Sí...

Salió el reloj... Repetidos aplausos...

—Está bien; me comprometo,—dijo el padre un poco desconcertado y tomando su reloj.

Cumplió su palabra, asistió los domingos á Misa durante un mes, y luego, ganado por su hija, siguió cumpliendo sus deberes de cristiano.

XLVII

Jesús me espera.

¿No es verdad que si se os dijese: *Jesús os espera en tal lugar*, lo dejaríais todo, y contenta, solícita y confiada correriais?

¿No es verdad que dejar tal ocupación que os agrada, renunciar á tal proyecto que os preocupa, sería para vos una dicha?

Pues bien, alma fiel: *Jesús os espera todas las mañanas en la iglesia; viene al altar, y no solamente os espera sino que os llama.*

¿Y permaneceréis indolentes? ¿Y no alteraréis un poco vuestra marcha para asistir á la santa Misa?

XLVIII

Mis veladas.

Tienen no se qué de suave, bueno y tranquilo, que apacigua y que serena.

¿Queréis que os diga lo que pasa todas las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noches en mi celdita, y cómo, en la hora en que en el exterior se extingue toda clase de ruido, la vida viene dulcemente á arrojar allí su claridad, su alegría, su animación? Lo que me sucede puede suceder á vosotros; el contento va á dondequiera que se le prepare un nido.

Mi cuarto es pequeño, pero está poblado de buenos y hermosos libros. Con ellos transcurren mis veladas.

Está lleno de esos objetos que el corazón llama recuerdos, y que todos, á medida que se les mira, hacen nacer una sonrisa, producen la alegría, hinchen el corazón y siempre elevan el pensamiento y lo aquietan.

Jamás hay *noche* en mi cuarto, y el alma se encuentra allí siempre en una atmósfera luminosa, que irradia, visible solamente para el alma, de un crucifijo y de una risueña imagen de la Santísima Virgen. Hay allí un foco permanente de luz y de paz.

Los extraños que vienen á mi cuarto hablan en voz baja, como se habla en un santuario; se sienten repentinamente impresionados, como sucede en la primavera con el perfume del aire, y casi á su pesar se sienten apaciguados, amables y contentos.

Hay en la puerta una pilita de agua bendita... Algunos quizá se sonreirán; que se sonrían.

He aquí el lugar en donde se pasan mis veladas.

Y no las juzguéis siempre piadosas en el sentido de que estén ocupadas enteramente por la oración; la oración las comienza y las acaba, pero no las llena sino indirectamente.

Mis veladas son sobre todo literarias.

Aprended cómo he procurado endulzar esas horas que preceden al sueño, y que tranquilizan tanto después de un día muchas veces tempestuoso.

Un día, hace mucho tiempo, cayó en mis manos un artículo de periódico, y en el leí la página que voy á reproducir lo mejor que pueda:

«Es de noche; las visitas, los negocios, las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hipocresías me han descorazonado... ¡Oh! ¿Será posible que jamás tenga una hora de paz, de sinceridad y de amistad?... Y he aquí que una idea me ilumina, y en mi imaginación transformada repentinamente, escribo tarjetas de invitación de esta manera formuladas: «M. A. os suplica que tengáis la bondad de pasar en su casa algunas horas de esta velada.»

Y, siempre en mi imaginación, dirijo estas cartas á alguno de los autores cuyas obras adornan mi biblioteca, los que me parece que en esa noche corresponden mejor á las disposiciones de mi espíritu.

Son las diez: las ventanas de mi cuartito, que dan al jardín, dejan subir el perfume de la madreselva, se oye el ruido de un arroyuelo que serpentea bajo la hierba y va á caer en la fuente donde los nenúfares extienden sus anchas hojas, y después este murmullo es el único ruido.

Voy á recibir á mis invitados, que llevo en mis brazos, y me coloco en una mesa, cerca de la ventana.

Dos bujías nos iluminan; comienza nuestra velada.

Yo, hojeando, pregunto. Ellos respondiendo con gracia, bondad y complacencia á toda prueba.

Yo pasando de uno á otro, criticando, admirando. Ellos, siempre los mismos: sin hiel, sin amargura. ¡Oh, qué agradable salón es el que acabo de abrir!»

Este es el salón que abro casi todas las noches.

Algunas veces es una confidencia deliciosa con un solo autor, con el preferido, preguntándole, contradiciéndole, aplaudiéndole... El se deja ver en todos sus pormenores, aun los más íntimos; me dice todo lo que sabe, siembra en mi inteligencia multitud de pensamientos que no me abandonan, que germinan y producen inspiraciones para la conducta del siguiente día.

Algunas veces es toda una sociedad á la que llamo: *poetas*, *prosistas*, *músicos*, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se deslizan ante mí en su forma graciosa de volúmenes ilustrados, de revistas, de páginas de ancha margen, y en esa velada se habla de todo; y de esa deliciosa miscelánea crítica y literaria, de poesía antigua ó nueva, resulta un conjunto de paz, de alegría y un sueño más reparador.

Hay veladas puramente *recreativas*, chispeantes de ingenio, de hermosas frases, de anécdotas contadas con agudeza. Me siento renacer.

Hay veladas nada más que de *descanso*. ¡Oh, con qué frecuencia llamo á los libros que producen el reposo! Se les hojea reposadamente, se les lee con pausa, se deja uno mecer por sus buenas palabras, que evocan ante nuestro corazón enternecido los recuerdos de la familia amada, de los amigos que ya no existen, de las alegrías tan santas de una abnegación ó de un sacrificio realizado.

Hay veladas de *ostentación*, veladas pomposas. Cuando por casualidad se encuentra uno con el espíritu dispuesto á la burla, á la

sátira, llámase á los poetas excéntricos ó á los prosistas estirados, que pasan delante de vosotros como títeres por el escenario. ¡Y cuán de buen grado se les mira con ayuda de la frase mordaz de Luis Veuillot!

Hay veladas *piadosas*. Por lo demás, es raro que yo no invite á uno de esos autores que se han acercado á Dios para escribir, y mire, para que me deje un último adiós del día, un pensamiento que me acerque á Dios.

He aquí lo que me decía ayer Luis Veuillot al separarse de mí:

«Confiésote que desde que soy cristiano no sé lo que es temer un acontecimiento cualquiera, con tal que no tenga grandes pecados en la conciencia. Yo no me libraré de sentir, en algunas circunstancias extraordinarias y peligrosas, cierta inquietud natural á toda criatura; pero esta misma inquietud no resistirá á dos minutos de reflexión.

»El Dios á quien adoro y que me protege, reina lo mismo sobre el mar que sobre la tierra, en los campos de batalla lo mismo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en nuestras calles y casas. Puede siempre dejarnos la vida ó quitárnosla; es siempre y en todas partes omnipotente; la muerte no es de temerse más en un lugar que en otro; si es inevitable, no lo es sino en virtud de las leyes que Él ha establecido, y no hiere sin expresa voluntad de su Señor. Basta pensar en la fragilidad de la existencia para adquirir la certidumbre de que no me la ha conservado hasta el momento presente sino gracias á una sucesión de milagros que pueden durar todavía largo tiempo.»

¡Qué bien se duerme después de una de estas veladas!

Escuchad lo que un obispo, fino y delicado literato, Mr. Landriot, decía de estas veladas íntimas:

«¡Qué agradable es, al amor de la lumbre, leer una obra interesante que hable de Dios, del alma, de los deberes, de la vida! Se olvida fácilmente á los humanos; ¡los contactos con ellos son tan difíciles, y á menudo tan penosos! *Cuando los vivos me enfadan*, —decía el cardenal de Cheverus, —*converso con los muertos*.

»Bienhadados muertos, que habéis dejado vuestro soplo en los libros: valéis por lo común más que los autores de carne y hueso. Ya habéis perdido vuestros tropiezos y asperezas, y no queda de vosotros otra cosa que el más encantador ingenio, graciosamente impregnado de dulce gravedad. Sois como ese licor que, después de haberse desprendido de todo lo que tenía de duro y grosero en los residuos de la viña, toma una forma substancial que casi sin la materia da el espíritu.

»Bienhadados muertos, ¡cuánto me agrada conversar con vosotros!

XLIX

La habitación de un enfermo.

Se penetra siempre con cierta emoción y profundo respeto en el cuarto de un enfermo.

Un enfermo no es un ser como los demás:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está en cierto modo divinizado. Su enfermedad le ha rodeado de una especie de aureola celestial, y algunos santos han visto alrededor del lecho de los enfermos rayos semejantes á los que los pintores hacen salir del pesebre donde reposa Jesús.

Bajo el punto de vista puramente humano, el aposento de un enfermo no es una pieza como las demás.

Apenas hay en él una media luz que no permite distinguir las riquísimas colgaduras, ni los costosos cuadros, ni los muebles elegantes. No se percibe, en medio de esta luz tan vaga, sino un lecho rodeado de cortinas, destacándose por su blancura en medio de sombras flotantes, y cerca del lecho, sobre una mesa algo recargada, una *lamparilla* que de noche no irradia sino una leve y pálida claridad; no ilumina, únicamente muestra las tinieblas.

Y en este día extinguido hay un silencio profundo que penetra hasta el alma, corta

toda palabra en los labios y paraliza casi todos los movimientos. No se anda en tal habitación; lo que se hace es deslizarse; no se habla, se expiran las palabras, que más se adivinan que se comprenden. El reloj está parado, y sólo los gemidos que salen del lecho indican que allí hay una criatura viva.

Cualesquiera que sean las creencias, es imposible no sentirse profundamente impresionado.

Desde el punto de vista divino, el cuarto de un enfermo se convierte en un santuario, y lo es con tanta verdad que se podría escribir en la puerta como en la de los hospitales de Francia: «*Hôtel Dieu:* morada de Dios.»

Allí Dios realiza materialmente, por decirlo así, su más admirable obra de misericordia: la purificación, la santificación, la perfección de un alma.

Allí Dios acaba por agotar, en cierto modo, los tesoros de su bondad.

Trata este Dios que ama á las almas, ó de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

volver una al deber, ó de hacerla llegar al grado de perfección que pide de ella, ó quizá de hacer de ella, como de su hijo Jesús, una víctima de expiación.

Pues bien: para llegar á este fin, la enfermedad es el agente más fuerte y más activo; la enfermedad es, según el pensamiento de un santo, *el complemento de los actos de amor de Dios.*

I.—El alma culpable

Dios, para ganársela, se ha servido de su palabra, de sus Sacramentos, de sus inspiraciones. Ha ensayado el poder de sus promesas, de sus amenazas, de su ejemplo; pero ahora viene á probar el último esfuerzo, los dolores, las angustias, las humillaciones de la enfermedad.

Y allí tenéis á aquella pobre obstinada tendida en un lecho. Posición brillante, frescura de la juventud, tesoros del entendimiento, alegrías de la familia, afección sentida; Dios la ha despojado momentáneamente de

todo ello, la ha arrojado allí sin fuerzas á merced de los demás, y ha dicho á la enfermedad: «Haz de ella una santa.»

Y con la enfermedad, es decir, con los sufrimientos del cuerpo, han venido el tedio, el temor, algunas veces los terrores para el *alma*, la turbación para el *espíritu*, la excesiva susceptibilidad para el *corazón*.

¡Oh, vosotros los que estáis en este aposento, donde se muestra tan paternal la bondad de Dios en lo que el mundo llama sus rigores, descubríos: Dios está aquí; descubríos y orad!

II.—El alma justa pero tibia en sus deberes, humana en sus afectos, corta en sus sacrificios.

Para esta alma que Dios ha entregado á la enfermedad, su habitación es como una sala de operaciones, que en los hospitales está reservada á los médicos para el trabajo de reparación de los cuerpos.

Allí Dios opera; y lo que en nuestro len-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guaje humano llamamos enfermedad, se llama remedio en el divino.

Es un remedio ese hierro candente ó ese cáustico aplicado á una llaga purulenta y destinado á desecarla.

Un remedio esa ligadura que tiene inmóvil durante meses enteros el miembro dislocado ó fracturado.

Un remedio la amputación de esa parte del cuerpo de que se ha apoderado la gangrena, y que es preciso cortar so pena de la vida.

Un remedio esa privación de alimentos, que causa tanto sufrimiento.

¡Oh! Los que estáis allí, en ese lecho, bajo la mano de Dios, que opera: vosotros solos sabéis á qué relajación, á qué debilidad de vuestra alma corresponde el dolor que atormenta tal ó cual parte de vuestro cuerpo.

Y vosotros los que entráis en el cuarto de este enfermo, ¡ah! ¡si pudieseis, como vuestro Angel de la Guarda, ser testigos de esa operación de la enfermedad bajo la dirección de

Dios, cómo vendriais todos los días á admirar la bondad, la misericordia, el poder divino!—¡Si pudieseis ver la delicadeza con que Dios no permite á la enfermedad si no lo que es necesario, y viene Él mismo, con la solicitud de una madre, la ternura de un niño, la abnegación de un amigo, á sostener con sus divinas manos esa cabeza que se inclina, y esos miembros doloridos!

III.—El alma pura

Para ella, su aposento es con toda propiedad el santuario de Dios; el lecho es un altar; sobre este altar el enfermo es una hostia, y Dios es el sacerdote que la prepara, la ofrece y la inmola. Es un nuevo Calvario.

¡Oh pobre, pero bienaventurado enfermo! ¡Si supieses lo que vales, y si lo supiesen cuantos te rodean!

Tú eres la expiación, primero para ti, y después para la familia ó la casa que te abriga.

Eres la protección de los débiles, y atraes sobre ellos la fortaleza de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eres la salud de los culpables, y á causa de ti las gracias vendrán sobre ellos con más abundancia.

Eres la preservación, y en tanto que estés allí sufriendo con resignación, el castigo de Dios no estallará.

¡Oh! Vosotros los que entráis en ese aposento, ¡oh, sí! descubríos: estáis en un santuario, estáis cerca de un altar, estáis cerca de una víctima, ¡pedidle que ruegue por vosotros!

ARENITAS DE ORO

(OCTAVA SERIE.—AÑO 1889, 1890 Y 1891.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eres la salud de los culpables, y á causa de ti las gracias vendrán sobre ellos con más abundancia.

Eres la preservación, y en tanto que estés allí sufriendo con resignación, el castigo de Dios no estallará.

¡Oh! Vosotros los que entráis en ese aposento, ¡oh, sí! descubríos: estáis en un santuario, estáis cerca de un altar, estáis cerca de una víctima, ¡pedidle que ruegue por vosotros!

ARENITAS DE ORO

(OCTAVA SERIE.—AÑO 1889, 1890 Y 1891.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APROBACIÓN DE MONSEÑOR VIGNE

ARZOBISPO DE AVIÑÓN

CARTA AL AUTOR

Muy estimado Canónigo: La octava serie de las ARENITAS DE ORO está próxima á publicarse: es una nueva fortuna para sus lectores. Yo apruebo y bendigo con todo mi corazón este nuevo volumen, que, lo mismo que los que le han precedido, es digno de la admiración de cuantos aman la buena literatura y las obras útiles y edificantes. Quiera la Providencia, muy querido Canónigo, dar á Ud. tiempo y medios de continuar durante largos años, y de juntar nuevas series á las anteriores, multiplicando de este modo en lo por venir el fruto de las buenas lecturas que la piedad de Ud. proporciona á las almas cristianas.

Sírvase Ud., querido Canónigo, aceptar las seguridades de mi afectuosa adhesión en Nuestro Señor.

† ANGEL,
Arzobispo de Aviñón.

AVIÑÓN, 19 de Septiembre de 1891.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á LAS ARENITAS DE ORO

UNA POBRE ENFERMA

¡Con qué gusto te veo venir, pequeña hojita, que desde hace tiempo deslizas cada mes en mi corazón una palabra de esperanza, de paz, de fuerza y de alegría!

¡Sé bien venida cerca de mi solitaria chimenea, en esta hora en que el viento triste del otoño hace temblar los cristales de mi ventana, y se consumen sin fulgor las últimas ramas echadas en el fogón, cerca del cual casi inmóvil me encuentro sentada!

¡He estado sola durante todo el día, y los que se han acercado á la pobre enferma no han tenido para ella, ni la sonrisa que nos re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuerda la primavera, ni la mirada que cae dulcemente sobre el rostro como un rayo de sol! ¡No han pensado en mí!

Han venido, como vienen una y muchas veces al día: han echado una ojeada alrededor, y diciendo: *Nada le falta*, se han ido sin dejar nada á mi corazón; nada, ni siquiera esa palabra tan llena de esperanza: *adiós;* ni apenas esa palabra, que no dejaría de tener su encanto si no saliera únicamente de los labios, y que tan trivial se ha hecho: *buenas tardes, buenas noches.*

¡Oh! Ciertamente piensan en mi bienestar material; pero ni uno sólo piensa que mi corazón también reclama esos mil cuidados que la costumbre hace tener respecto á los miembros paralizados ó doloridos. —¡Yo no tengo madre!

¡Oh! Si vosotros, los jóvenes que rebosáis de vida y de animación, ¡supieseis cuán desierto está el corazón de una pobre enferma, y cuánta necesidad tiene de ser acompañado!

Vosotras sois mi rayo de sol, queridas hojitas, que antes, hace ya mucho tiempo, recibía y leía como ahora, pero á quienes no apreciaba, ni amaba, como ahora aprecio y amo.

Allí os tengo, al alcance de mi mano, cerca de mi libro de oraciones, y cada día tomo *una de vosotras* y la leo con fruición.

No, yo no leo; escucho.

Me parece que son una voz que oigo, una voz armoniosa y dulce.

Me parece que cada una de vosotras, amadas hojas, toma una forma vaga, indecisa, sin duda, pero real, y que esta forma me sonríe, me habla, y luego desaparece lentamente diciéndome: *¡hasta mañana!*, dejando alrededor de mi alma una calma dulcísima y una suave luz.

Sí; yo las he oído, que no ha sido solamente leerlas, esas letanías de la *resignación*, las de la bondad y del sacrificio, esas provisiones del alma que tanto me han confortado; así como las pequeñas industrias para procu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rar la paz y las lecciones de filosofía práctica tan ingeniosas y vivas, y esas páginas tan atractivas que hablan de la amistad, de la bondad, de la manera de ahuyentar el mal humor, de la dicha de ser útil, y las que muestran el encanto de la soledad, del cuartito amado, de esas veladas íntimas, durante las cuales se esparcen tan alegremente el espíritu y el corazón, y de ese santuario desconocido que hace un paraíso de la celda en que se sufre ó se trabaja.

A vosotras también una voz ha hecho penetrar hasta el fondo de mi alma, ¡oh páginas tan piadosas sobre la oración, sobre el poder de un acto de amor; sobre las relaciones tan fáciles, tan consoladoras, tan fortificantes que existen entre nosotros y la Eucaristía, sobre el amor, la ternura, el poder de la Santísima Virgen, sobre la bondad de Dios resumida en este título: *Dios lo sabe; Dios lo quiere.*

Yo he oído ese canto de la conciencia y ese *excelsior*, y esa melodía del ángel y del alma que tan bien hacen olvidar las penas de la

vida.—A menudo me he sentido conmovida ó arrebatada á vista de esos cuadros tan acabados que se destacan con tan vivos colores, de los cuales no citaré sino uno, uno de los últimos: *de donde viene la paz.*

Os veo á todas, á todas, ¡oh Arenitas mías!, cerca de mi sillón de enferma, poblando mi soledad y diciéndome de mil maneras: sé resignada, sé buena, sé feliz. ¡Dios te ama!

¡Dios mío, sed siempre el consejero de aquel á quien destinasteis para llevarnos á Vos! ¡Hacedle *muy santo*, y que de vez en cuando otra voz más autorizada que la mía venga, á fin de animarle, á decirle *que hace el bien!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARENITAS DE ORO

Colección de consejos para santificación y bienandanza de la vida.

Sembremos buenos pensamientos, y recogeremos buenas acciones.

I

¡Está solo!

Sois Vos, ¡oh Jesús!, Vos á quien designa ese grito escapado del corazón conmovido de uno de vuestros hijos.

Nos ha suplicado que lo hagamos oir en todas las familias cristianas, y con gusto aceptamos esta misión.

Id, pues, pequeñas y amadas hojas, id á decir por todas partes que *¡Jesús está solo!*

Decidlo á la madre, que, por la tristeza que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

experimenta cuando su hijo la ha abandonado, comprenderá la tristeza de Jesús.—Decidlo á la joven tan asidua antes en visitar á Jesús, y que ahora pasa tantas horas en fútiles lecturas.—Decidlo á la obrera piadosa que cada día, antes y después de su trabajo, irá durante algunos minutos á protestar á Jesús de que piensa en Él.—Decidlo *á los sacerdotes*, que serán más celosos en exhortar á las almas á visitar á Jesús.

¡ESTÁ SOLO!

¡Está solo!... ¡siempre sólo!... El eco del santuario rara vez le lleva el rumor de los pasos de un amigo, y la lámpara, compañera solitaria de su abandono, día y noche consúmese por Él.

De cuando en cuando un ruido hiere sus oídos.

¿Mis hijos?.. ¿vienen ya? ¡Ay! Su corazón me olvida,

Ni mi amor, ni mis beneficios ya los mueven.

Y sin pensar en Él, todos pasan por sus puertas.

Terrible prueba para el corazón que ama.

¡Y mil veces al día la imponemos á Jesús!... El hombre corre á los placeres, á los negocios, á las fiestas: su vida entera pasa en medio de mil cuidados asiduos.

La mujer prodiga también un tiempo tan precioso en mil vanidades, en mil cuidados de tocador. ¿Pero han pensado alguna vez en consagrar una hora al Dios que por su amor ha querido fijar entre ellos su morada? ¿Conocen el camino que conduce á su altar?

Piden gloria al viento, al humo; se empeñan en beberla en la copa encantada de los placeres mundanos, en lugar de ir á buscarla en esa celestial fuente.

Corazones á quienes ama y colma de gracias, á quienes ha hecho reposar sobre el suyo, ¡ah! ¿no podréis de en medio de toda esa frialdad hacer que brote una oleada de amor y de fervor? ¿no podremos arrebatar al comercio del mundo esos largos ratos que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entregamos á su rápida corriente, y que tan pronto desaparecen en sus olas engañadoras? ¡Ah! Si supiésemos dirigir mejor nuestra vida, hacer diariamente alguna economía de tiempo, ¡cuántas horas tendríamos para Jesús!

Por nosotros vive allí, por nosotros respira, por nosotros hace subir continuamente al Cielo el suspiro de su corazón, y nosotros le dejamos solo... Cristianos, ¡qué delirio! ¿En dónde pretenderemos entonces encontrar la dicha? ¡Ah! Si nosotros os amásemos, ¡oh Jesús!, vuestra presencia sería el único placer, el goce único que nuestra alma podría sentir acá abajo; pero si lejos de Él se pasa nuestra vida, si lejos de la Eucaristía nos hallamos bien, ¡ay! ¡cuánto, cuánto es de temer que ya no le amemos!

Vamos, pues, ¡oh, cristianos!, vamos á su prisión á rivalizar en amor con los mismos ángeles; rindamos nuestros homenajes á nuestro buen Jesús; que su mirada diariamente nos halle cerca de sí. Vayamos á saborear la divina palabra al pie de ese altar en donde

por nosotros se inmola, y de su corazón inflamado caerá sobre el nuestro. Vayamos á escuchar, en medio del silencio más conmovedor, los latidos de amor y de reconocimiento del corazón cuyos dolores habremos consolado.

Besemos sus pies divinos, cansados de esperarnos; reguemos con nuestras lágrimas esa mano que nos bendice; démosle nuestro más tierno amor; ofrezcámosle el perfume de las flores más delicadas. Si Jesús quiere tener entre nosotros sus delicias, ¿hemos de vacilar ante cualquier sacrificio? Ya que nos ama tanto, démonos á Él sin reserva. Él es nuestro alimento, nuestro esposo, nuestro padre; ¿qué más podía hacer para ganarse nuestros corazones? ¡Ah! No permitamos que mendigue nuestro amor.

Irma F.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

El aguinaldo del buen Niño Jesús.

¡Deslumbradora chispa caída de la pluma de un académico! Hela aquí:

«Una mañana de Navidad, la hija de mi portero, niña de ocho años, me llevó mis periódicos y mis cartas.

»Tenía yo á la sazón en la mano un duro nuevo y brillante, y le dije:

»—Mira lo que el Niño Jesús me ha encargado darte.

»Ella me miraba y miraba la moneda con admiración, y luego dijo con voz enternecida:

»—¡Oh, qué bueno es el Niño Jesús!

»—¡Oh, sí es muy bueno; y como hacia la media noche, en esa hora en que cada año pasa por las casas para recompensar á los niños buenos, tú dormías y yo velaba trabajando, se detuvo cerca de mí y me dijo: «¿Ves á menudo á Bertita?»

»—Pues qué,—dijo ella radiante de gozo,—¿el Niño Jesús sabe mi nombre?

»—Sí, hija mía, lo sabe todo...

»Y añadió:

»—Ella es trabajadora y obediente, va con constancia á la escuela de las Hermanas, y ha ganado la medalla de plata con la cinta verde.

»—¡Cómo! ¿También sabe eso el Niño Jesús?

»—Te digo que sí; Él me ha dejado esta hermosa moneda para ti.

»—¡Ah, Dios mío!—exclamó Berta juntando sus manitas:—¡cuánto tengo que agradecer al Niño Jesús!

»Y no cabiendo en sí de alegría, bajó de dos en dos los escalones, y fué á enseñar á su madre el presente del Niño Jesús.

»Si algún librepensador leyese por casualidad esta historieta, añade X. Marmier, que acaba de contármela, probablemente diría que Berta y yo somos dos idiotas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»¡Oh, sí; tienen mucho talento, son muy sabios los librepensadores!»

Hay en esta breve y graciosa página todo un código de educación práctica, más útil para el bien de la sociedad y para la paz y felicidad de las familias, que en todas las teorías científicas de los mayores propagandistas de la enseñanza laica.

Hay en ella:

La presencia de Dios, que lo ve todo, aun los más pequeños esfuerzos que se hacen para ser virtuoso.

La ciencia de Dios, que todo lo sabe, á quien nada se escapa, ni siquiera el nombre de un niño.

La providencia paternal de Dios, que piensa en todos, aun en los más pequeños; que tiene cuidado de todo, aun de dar un gusto al alma de un niño, como da un poco de sol á la planta que apenas se levanta del suelo.

El reconocimiento que se le debe á Dios por todo, porque Dios es el foco de donde

irradia toda luz, es el tesoro de donde se derrama todo bien.

Y de ahí se deduce sencilla y necesariamente:

Que es necesario abstenerse de todo lo que desagrade á Dios aun cuando nadie nos vea.

Que es necesario obedecer las órdenes de Dios. Nuestro Angel de la Guarda nos las hace conocer cuando estamos solos; nuestros padres nos las indican cuando estamos con ellos.

Que es necesario pedirlo todo á Dios, y esperarlo todo de Dios, aun las cosas más pequeñas, cuando pueden traernos un poco más de alegría y un poco más de virtud.

Que es necesario abandonarse á Dios cuando un trabajo nos amenaza ó cuando el mal humor viene á desgarrar nuestro corazón. Dios tiene para todos los sufrimientos una palabra que calma, una esperanza que levanta, una fuerza que sostiene, una luz que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muestra el bien producido por el sufrimiento y que llega á hacerlo amar.

¡Oh madres! ¡oh maestros! Rodead el alma de vuestros hijos de estos fuertes y santos pensamientos, como se rodea con un tejido fuertemente apretado el tallo débil que se quiere proteger contra el soplo de la tempestad.

Dejadlos crecer en medio de esta atmósfera sobrenatural, que les conservará ese *atractivo divino* que irradia de todo su ser, y que, como sin que vosotros os deis cuenta, os calma y tranquiliza,—esa *sonrisa* tan graciosa de sus labios, que disipa vuestras penas y os trae la alegría,—ese *candor de sus miradas* que ilumina toda vuestra mansión.

Un niño educado con el pensamiento de Dios, podrá olvidarse de Él, ¡pero no permanecerá largo tiempo lejos de Dios ni de su madre!

Madres, acordáos de esta palabra: «*Un niño que ha crecido bajo el influjo de la presencia de Dios, jamás hará llorar á su madre.*

¡Oh madres! ¡oh maestros! Aunque no sea más que para vuestra felicidad, no destruyáis en vuestros hijos el pensamiento de la presencia y del amor de Dios.

III

Anda y pídele á Dios.

Esta es la frase de una madre cristiana que ha acostumbrado á su familia á recurrir á Dios *ante todo y para todo.*

Hay en esa casa un oratorio, en donde no se entra sino para orar. Allí envía la madre á sus hijos; allí es donde va ella misma muchas veces, ó sola ó con su familia, cuando sobreviene la menor cosa, aunque sea de poca importancia; allí dice y enseña á decir con profundo sentimiento de respeto: « *Venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad.*»

¿Sucede ó simplemente amenaza una desgracia, es una pérdida de dinero, el principio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de una enfermedad, una contradicción, una humillación, un proyecto fallido, una de esas mil cosas que turban el alma, inquietan el espíritu, atemorizan y llevan como por instinto al niño á correr en pos de su madre, á la madre á ir en busca del médico ó á acudir al hombre de negocios, á la amiga íntima...? En esa casa cristiana desde luego se acude á Dios, y después á la madre, al médico, al abogado, á la amiga.

¡Anda y pídele á Dios! Esta es la consigna en esa casa para todo y para todos.

Cuando el niño vuelve del colegio mostrando dichoso una recompensa ó refiriendo una decepción: «Acude á Dios», le dice la Madre...

¡Dios mío, cuánto debéis amar á esa familia; guardarla, protegerla, ser en algún modo feliz con ella!

¡Y cómo en esa casa bendita deben abundar la paz, la alegría, la serenidad!

IV

Un santuario desconocido.

Este santuario es nuestro *estudio*, para nosotros los trabajadores del pensamiento, que tenemos necesidad, para hacernos capaces de cumplir la misión que Dios nos ha confiado, y aun para salvarnos, de pasar largas horas todos los días en soledad con nuestros libros.

Es vuestra sala de labor, modestas obreras, que para vivir ó hacer vivir á los vuestros permanecéis solas, lejos del ruido, aplicadas al trabajo manual, muchas veces penoso y monótono.

Es también vuestro gabinete, mujeres cristianas, que habéis comprendido la necesidad de retiraros algún rato, todos los días, en ese rinconcillo de vuestra morada, que habéis hecho especialmente vuestro, y en el que venís á encontraros solas con Dios, cansadas del ruido del mundo.

Vosotros los que no tenéis este dulce re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiro, como se decía en la Edad Media, no leáis esta hojita, porque no la comprenderiais.

Después del santuario en que, esperando vuestra cotidiana visita, reposa la santa Eucaristía, pocos hay tan recogidos, tan reposados, y añadamos tan santificantes, como el cuarto solitario del trabajador cristiano.

Dios reina allí más que en otra parte; Dios se hace sentir allí más que en otra parte.

Estamos en un taller en donde Él es el Jefe; trabajamos en las obras que Él mismo nos ha designado, y su mirada sigue á nuestra pluma cuando escribe, á nuestros ojos cuando leen, á nuestra aguja que se apresura, á nuestro pensamiento cuando reflexiona.

¡Oh! De cuando en cuando alcemos los ojos de nuestra alma hacia ese Señor que nos recuerda el crucifijo que está allí, con la risueña imagen de la Santísima Virgen, que derrama sobre nosotros dulce irradiación de paz.

¿Queréis comprender qué cosa es nuestro cuarto, y lo que hay en él de grande y santo?

Nuestro cuarto, en medio del ruido, de la agitación, del movimiento de una casa ó de una ciudad, es una pequeña ermita en donde nosotros somos el ermitaño. Allí, lejos de testigos, ó importunos, ó burlones, ó indiferentes, podemos dejar que nuestra alma se abandone á las devociones que ama, á las piadosas prácticas que tienen para ella el sabor de manjares delicados. Se prosterna, besa la tierra, acerca afectuosamente los labios á las llagas del Salvador; ¡se dicen á Dios y á la Santísima Virgen tantas cosas que sólo se dicen en la soledad! Se hace, en una palabra, cuanto un ermitaño puede hacer en el desierto.

Nuestro cuarto es un pequeño templo, en el que nosotros somos el sacerdote. El reclinatorio, que tiene en él un lugar importante, es el altar; es también un altar la mesa en que trabajamos, y este trabajo, casi siempre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

penoso, ó por las dificultades que presenta, ó por la monotonía, ó por la asiduidad que exige, es el sacrificio casi continuo que allí ofrecemos. Nuestro corazón es la lámpara ardiente que allí se consume delante del Señor. Las oraciones que á cada paso se escapan de nuestros labios son el incienso y el perfume; el agua bendita nos sirve para purificar nuestros pensamientos, y las imágenes santas que nos rodean, dominadas por el crucifijo, nos dan su dulce claridad, como los cirios encendidos que dejan caer su luz sobre un verdadero altar.

Nuestro cuarto es un pequeño cielo, en el que nosotros somos los elegidos. «Todo lo que se hace en el Cielo, dice San Bernardo, se hace en una celda. Allí se adora á Dios, se le ama, se le sirve con toda libertad; allí se conversa con los ángeles y con la Reina de los Angeles; y ¡qué consoladora y qué suave es esta conversación! No, no es una interrupción dañosa al trabajo ese reposo de algunos minutos para elevar el alma ó para escuchar en

silencio las palabras que vienen de lo alto. Allí, en ese cielo, siquier no sea el Cielo verdadero, se suspira por el divino Amigo del alma, ó se conversa familiarmente con Él; se tiene la dicha de tenerle por testigo, por ayuda, por consejero, por inspirador del trabajo. Allí en ese Cielo, en donde nada hay realmente profano, cinco personas se encuentran siempre llenándolo con su presencia: *¡Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, nuestro Angel Custodio y nosotros!* Nosotros, pobres criaturas, tan pequeñas, tan malas, y que, sin embargo, ocupamos el pensamiento de Dios.

Nuestro cuarto, en fin, es un oratorio en el que preparamos nuestra alma para la santa Comunión ó continuamos la acción de gracias comenzada en la mañana, en donde podemos llorar con más facilidad y con más libertad que en la iglesia.—El oratorio, en el que no debemos entrar nosotros sino con respeto, y no introducir sino á los amigos que se pueden presentar con seguridad delante de Dios.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El oratorio, á donde quizá Jesucristo vendrá en su persona eucarística á dársenos por última vez, y de allí conducirnos al verdadero Cielo de allá arriba.

¡Oh! ¿No sentimos la necesidad de amar nuestro cuarto, de permanecer en él el mayor tiempo posible; de sentirnos descontentos lejos de él, y de desear volver á él con el ardor de un pajarillo que, sorprendido por el frío, abre sus alas y vuela en busca de más dulce clima?

V

Lección dura pero útil.

Es la tarde de un día de fiesta profana, y la calle está llena de gente que va al espectáculo anunciado.

Desde un rico caserío vecino se dirigían hacia la ciudad dos jovencitas, impacientes por llegar, y estimulando el paso un tanto lento de su padre, que las acompañaba.

¡Pobre padre! ¡No había sabido resistir á los ruegos, á las súplicas, á las lágrimas de aquellas niñas, á quienes él creía amar y á quienes no sabía amar!

¡Pobres niñas! No habían sabido comprender que su deber era quedarse con su madre enferma; y, sobre todo, no habían comprendido cuánta alegría resulta de sacrificar un placer á un deber.

Su madre había dicho un poco triste: «Puesto que vuestro padre quiere, id, hijas mías; yo entretanto rezaré por vosotras.»

Ellas estaban radiantes de alegría, el padre inquieto.

Las oraciones de la madre las seguían.

Los ruidos de la fiesta comenzaban á dar á las jóvenes nerviosos estremecimientos de placer. Y he aquí que, dejando la ciudad en donde Dios estaba olvidado, un antiguo amigo de la casa, uno de esos amigos que pueden decirlo todo porque se les debe mucho, les encuentra, y lleno de admiración,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Vosotros también—exclama—en esta fiesta?

El padre se sintió un poco cortado, porque su conciencia le decía las mismas palabras.

—Sí,—respondió:—estas niñas me han estado atormentando. ¡La *actriz* anunciada para esta tarde en el teatro es tan conocida, tan ponderada en todas partes, que no pudieron resistir al deseo de verla y oirla! ¿No es preciso conceder algunas veces á las niñas un ratito de alegría?

—¡Alegrías como ésta, jamás!

¡Una actriz! ¡Y lleváis á vuestras hijas á verla! ¡Y vuestras hijas han tenido deseo de conocerla y admirarla! ¡Y vos, padre cristiano, no habéis tenido valor de decir: *no!* ¡Y habéis ido á dar vuestros diez ó veinte sueldos porque vuestras hijas presencien ese espectáculo! Vos, mi viejo amigo; vos que tenéis tan buen sentido; vos que hasta esta hora habéis sabido guardar la inocencia de vuestras hijas. ¡Oh, amigo mío! En el nombre de Dios, que me ha hecho encontraros en vuestro camino, oidme:

Cuando se les deja ver sangre á los toros, se ponen furiosos y no es posible dominarlos.

Cuando hayáis pagado porque vuestras hijas vean lo que es una mujer que se muestra á los ojos de todos sin ruborizarse, no os sorprendáis si más tarde vuestras hijas no tienen ni la modestia de los ojos, ni la continencia en la maneras, ni la timidez del lenguaje que las hace tan amables.

Creeréis que ellas no hacen otra cosa que reir... Aplaudirán, y puede ser que por lo bajo envidien esos aplausos.

Creeréis que ellas no pensarán sino en divertirse... Pensarán quizá qué hermosas estarían con ese vestido que halaga y atrae la admiración; ¡y quién sabe si empezarán á probar á ponerse hermosas!

Creeréis que, pasada la fiesta, olvidarán este espectáculo y volverán tranquilamente á los trabajos domésticos... No, no; á los dieciséis, á los dieciocho años, escenas de esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clase se graban profundamente en el interior...; se manifiestan á las miradas de la imaginación y hacen aborrecer todo lo demás.

Ni digáis: *sólo es una vez y de paso.* Una mirada basta para turbar largo tiempo un alma; una gota de veneno basta para viciar la sangre para toda la vida, y hay veneno para el alma en tales espectáculos.—*¡Una vez!* ¿Y qué razón les daréis para no llevarlas por segunda y tercera vez?

Mirad, hijas mías, mirad á un antiguo amigo de vuestro padre, un amigo de vuestra madre, que quizá ruega y llora en este momento por no haber podido interponer su voluntad; un amigo viejo que os ha acariciado cuando erais pequeñitas, y que os ha visto crecer en la hermosa ignorancia del mal, puede deciros lo que yo os digo.

Cuando á vuestra edad se desea una cosa con pasión, y al desearla hierve la sangre en las venas, el corazón late con más violencia y se está, como vosotras ahora, devoradas por la impaciencia de poseerla, estad seguras *de*

que lo que se desea es malo. Retened bien esto.

¡Y ahora adiós, mi antiguo amigo, y perdonadme!

El padre miró á sus hijas, que se habían ruborizado, como si el amigo de la casa hubiera leído en su corazón, y les dijo:

—*A casa, hijas mías.*

Las oraciones de la madre habían seguido á sus hijas y las habían protegido.

VI

El que al pie de su lecho reza respetuosamente su *oración de la noche*, es como el dueño que pone un vigilante cerca de su casa: ¡puede dormir en paz!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Una palabra sobre la Santísima Virgen.

Hace mucho tiempo, al menos nos lo parece, que nada hemos dicho de la Santísima Virgen. Es verdad que ese nombre bendito de *María* se encuentra á menudo en nuestras hojitas: está allí como *la gota de rocío* permanente, manteniendo la frescura de estos leves pensamientos. En ella está como la lamparilla durante la noche en el rinconcito de una alcoba, dando la luz suficiente para que el que despierte esté tranquilo y pueda decirse: *no estoy del todo solo.* El nombre de María en nuestras hojitas, ilumina, atrae y da seguridad.

Un libro de piedad que no esté en algún modo, lleno, penetrado, iluminado en sus más íntimos pensamientos por el recuerdo y la influencia de la Santísima Virgen, sería muy deficiente.

En el libro en donde no se encuentra con-

tinuamente el nombre de María, y lo mismo debe decirse de un alma, no se encuentra alegría completa, ni paz sin temor, ni el consuelo sin algún dolor.

Jesús *Eucaristía* es la savia que da la vida, María es el perfume que atrae á Jesús; y si Jesús es la fuerza del alma que la sostiene y la hace caminar, María es el bálsamo que la regocija y la hace gozar de Jesús.

Pero lo conozco: queréis de cuando en cuando algo más que un rápido recuerdo de la Santísima Virgen, almas queridas, que con tanta frecuencia pedís á las Arenitas el consuelo, la dirección y la luz.—Queréis oir palabras que os unan estrechamente con la madre de Jesús, que os la den á conocer, que os la hagan amar.

Pues bien, venid: digamos una vez más lo que se ha dicho mil veces, lo que se dirá siempre sin cansarse jamás, ni de decirlo, ni de oirlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo os saludo, *Madre tan poderosa* que obtenéis todo lo que queréis, á quien Dios jamás ha rehusado nada.

Yo os saludo, *Madre tan amable* que atraéis á Vos con encantos desconocidos, y en cierto modo irresistibles, á todos aquellos que tienen aunque sólo sea el pensamiento de levantar los ojos hacia Vos, y de susurrar, aunque más no sea, vuestro nombre. ¡Oh! Yo comprendo que no quieran ni llevar consigo una de vuestras imágenes, ni aun pronunciar vuestro nombre, aquellos que tienen miedo de salir del pecado: temen que rompáis sus cadenas. ¡Pobres locos!

Yo os saludo, *Madre tan santa* que no podemos acercarnos á Vos sin que se sienta un poco más santo el que está en gracia, y con deseo de evitar el pecado el que está caído en él. ¡Oh! Dadnos el pensamiento de acercar á menudo nuestro corazón á vuestro corazón, y la ciencia de atraer á Vos, siquiera sea por un momento, á las almas que nos son queridas y que viven lejos de Dios. La luz ilumina siempre, el calor calienta siempre, vuestra santidad santifica siempre.

Yo os saludo, *Madre tan misericordiosa* en quien nosotros, pobres pecadores, no podemos ver otra cosa sino los brazos abiertos para recibir á todos, la mirada llena de compasión, los labios sonriendo con dulzura.

Yo os saludo, *Madre tan generosa* que os dais siempre y á todas horas al que os tiende la mano, ó que, al menos, desde el fondo de su corazón se dirige á Vos. — No, cualquiera que sea el estado de un alma tibia, débil, culpable, desesperada, jamás se retirará de vuestra presencia diciendo esta triste y dolorosa palabra: « *¡Me ha rechazado!* — ¡Ah! —exclamaba el santo cura de Ars. — *Si un condenado pudiera pedir que le salvarais, ¡oh María!, ciertamente le salvariais*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

He aquí otro *grito* arrancado al demonio, y que no es posible oir sin caer de rodillas, dando gracias mil veces á Dios por habernos dado á la Santísima Virgen. Está narrado en el proceso de beatificación de San Francisco de Sales.

Habíase conducido á un endemoniado cerca de las reliquias del Santo, y lo estaba exorcizando Monseñor Augusto de Sales; la Madre de Chaugy estaba presente, y en vista de lo que pasaba, exclamó: «¡Oh Santa Madre de Dios, rogad por nosotros! ¡María, Madre de Jesús, ayudadnos!» A estas palabras, el demonio, por boca del desgraciado, arrojó un grito, exclamando: *¿María? ¿María? ¡Ah! No hubo María para mí.—Si yo hubiese tenido una María como la tenéis vosotros, no sería yo lo que soy.*

Y después de un momento de silencio, ante todo el mundo que estaba allí conmovido y ansioso, replicó: *¡Ah! Si yo hubiese tenido uno solo de esos momentos que vosotros perdéis, sí, un solo momento y una María que pidiese por mí, yo no sería demonio!*

¡Gracias, Dios mío!, gracias por habernos dado como último recurso y última esperanza á la Santísima Virgen María!

VIII

Una vocación perdida.

Apenas hace un año que volaba dulcemente al Paraíso un alma á quien Dios había dado el sentido de las cosas grandes y bellas.

Su nombre no sonaba entre esa multitud de los que distribuyen la gloria; pero fué conocido y amado por las almas puras y sencillas, abnegadas y cristianas; almas de niños, de jovencitas, de madres á quienes dirigía suaves poesías.

Se llamaba *María Jenna*, y nos quedan de ella algunos tomitos llenos de graciosos pensamientos y piadosos recuerdos.

Vamos á reproducir una página poco co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocida que escribió una tarde arrodillada á los pies del crucifijo, y bañó después con sus lágrimas.

Esa página se dirige *á una joven casada*, y se titula: *¡Vocación perdida!*

¡Vocación perdida! ¡Qué título, y qué de cosas dolorosas y lamentables deja entrever!

¡Vocación perdida! Es un corazón dado á Dios, aceptado por Dios y arrancado luego á Dios, y dado á otro que no es Dios.

He aquí esta página. ¡Dios que nos la ha puesto delante de los ojos, sabrá llevarla á quien tenga necesidad de ella!

«¡Se han callado los ángeles del Cielo; han interrumpido sus cánticos de alegría, y uno de ellos, en señal de luto, se ha cubierto con un velo!

»¡La blanca corona que habían tejido para la joven, ha caído marchita de entre sus dedos; Cristo ha retirado su anillo nupcial; la que El había escogido ha tomado un esposo en la tierra!

»Y, sin embargo, ella había oído su voz.

Un día, mientras oraba, un perfume celestial se derramó en su alma, y se sintió elevada en alas de santos deseos hasta el seno de Dios; desde allí, todos los bienes de la tierra le parecieron humo vano, y en el éxtasis de su oración se le figuraba ver á las vírgenes del cielo que le tendían los brazos. Entonces sus lágrimas corrían deliciosamente, y temblorosa, ensimismada, había pedido á Jesús pertenecer á El sólo.»

¡Oh! Llorad, ángeles del Cielo; llorad vírgenes que la esperabais; la que Jesús llamaba ha tomado un esposo en la tierra.

Jesús, para probar su fidelidad, apartó de ella un día sus divinas palabras y el encanto de su presencia. ¡Ay! Ella no ha sabido esperar su regreso.

Un hombre se apoderó de la prometida de Dios, puso un anillo de brillantes en el dedo que debia llevar la alianza de Jesucristo, y perlas en esos cabellos que debían caer por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristo, y su nombre en su corazón que no debía conocer otro que el de Jesucristo.

Y la joven le ha amado más que á Dios. Deslumbrada por el brillo de las fiestas mundanas, no ha escuchado en el silencio de su alma á aquel que le decía: «Séme fiel.»

Llora, pobre alma infiel; llora en medio de ese mundo, donde todo placer pasa, donde toda flor se marchita; el Esposo divino había hecho para ti alegrías tan estables como la eternidad, dulces como su corazón. Tú no has querido. ¡Si supieses qué caricias te tenía reservadas, qué confidencias quería hacerte, qué flores celestiales habría hecho nacer bajo tus plantas, aun en ese camino del Calvario, por el que su amor quería conducirte! ¡Ah, llora! Yo te compadezco si sufres, pero más te compadeceré si eres feliz.

¡Pero cómo podrá ser feliz! En la tarde misma del día del himeneo, cuando la multitud de jóvenes, ligera y alegre, se embriagaba de placer, Dios le renovó repentinamente el recuerdo de su oración ardiente y de sus celestiales deseos. Entonces su vista se turbó entre las luces de la fiesta, y su mano se agitó ardiente entre las manos que la oprimían. ¿Qué le importaban ahora la corona que adornaba su frente, los diamantes que brillaban en sus brazos y las miradas que se fijaban en ella? En las felicitaciones, en la arrebatadora armonía de la orquesta, no oía nada sino la queja severa del Esposo abandonado.

Y como se le echaba en cara esta tristeza, se lanzó con más ímpetu al baile, prodigó sus sonrisas y sus palabras graciosas, y todos decían: «¡Qué encantadora está!»

¡Angeles del Cielo, llorad; llorad vírgenes que la esperabais! Aquella que Jesús llamaba, ha tomado un esposo en la tierra.

Pero al otro día, cuando se vió en la iglesia y en el lugar donde había llorado de amor, su corazón se oprimió dolorosamente;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ocultó la frente entre las manos, y permaneció largo tiempo sin rezo y sin lágrimas. Pero se encendieron los cirios del altar, y los acordes del órgano llenaron el templo; entonces lloró.

¡Que Jesús la perdone, Él que sabe perdonar el olvido; que Él la sostenga, que la ame aún, pero que no la consuele en la tierra!

IX

No se rezaba en aquella casa.

Una casa de comercio que ayer todavía era rica y respetable á los ojos del mundo, acababa de suspender sus operaciones y de cerrarse.

Y cerca de nosotros una mujer cristiana, deplorando la caída y la dispersión de una familia que la socorría, dijo sencillamente: «*No se rezaba en aquella casa.*»

Esta palabra explica muchas cosas.

Una casa en la que no se hace oración, no

puede permanecer en pie y floreciente por mucho tiempo.

Ciertamente los muros materiales no caerán; lo que *caerá*, lo que desaparecerá poco á poco, es el alma y la vida de esa casa, que es lo que hace de esos muros, fríos en sí mismos, un nido caliente y abrigado, donde se está bien, en donde se permanece con gusto, donde se siente uno en su propia casa; es la unión, es la ternura, es el sufrimiento, es la abnegación, es ese conjunto de delicadas atenciones que da encanto á la vida más trabajada.

Las piedras no se quedan ligadas unas á otras sino por el cemento; las almas y los corazones no permanecen unidos sino por la *oración;* la oración es el cemento sin el cual ninguna unión es duradera, y sin el cual ningún amor, por intenso que sea, está al abrigo de esa monotonía, de ese cansancio y de ese disgusto que la vida trae consigo.

No, pobres corazones, que os amáis tanto y que decís con tanta sinceridad: *nosotros*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos amaremos siempre; no: si vosotros no oráis, *el uno* y *el otro* y *el uno con el otro,* no os amaréis mucho tiempo.

—Hace ya cerca de catorce años que vivimos juntos,—decían á un sacerdote un padre y una madre, que le llevaban á uno de sus hijos para que le bendijera;—ha habido entre nosotros desgraciadamente más de una diferencia y más de un enfriamiento; ha habido más de una nube sombría cerca de nuestro corazón; pero nunca hemos permanecido en desacuerdo más de un día.

Nos hicisteis prometeros que jamás dejaríamos de hacer por las noches una pequeña oración juntos, y jamás hemos faltado á ella; en ese momento en que la calma del exterior trae consigo un poco de calma en el interior, allí, delante del crucifijo, impulsados uno y otro por un sentimiento ciertamente divino, nos mirábamos conmovidos y acabábamos siempre por entendernos.

¡Oh! La oración en compañía, la oración en alta voz, la oración que hace uno cerca del otro al fin del día, ¡cuánta luz trae consigo para reconocer los propios errores, fuerza para repararlos, benevolencia para perdonarlos, ternura para sentirse siempre conmovido!

Vosotros todos los que queréis amaros siempre, en vez de hacer ese juramento tan imposible de observar á pesar de la sinceridad de la promesa: *Nosotros nos amaremos siempre*, haced este otro: *Nosotros rezaremos juntos y en alta voz una oración todas las noches.*

La oración hecha todos los días en una casa, es Dios llamado todos los días; Dios viniendo á ser el huésped, el protector, el sostén, el proveedor de esa casa.

Dios no impedirá ni las pruebas, ni las dificultades creadas por la mala fe de los otros, ni el poco éxito á pesar de los esfuerzos de la probidad, pero impedirá la ruina.

Sí, sí: Dios servido, Dios obedecido, Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rogado, se constituye en guardián de la prosperidad, de la paz, del honor de una familia.

Leed esa triste estadística que un médico transmitía á un diario católico:

«Hace veinte años que corro por el mundo, y durante largos años son muchas las familias que han pasado delante de mí; muchos los seres degradados que he visto, y he querido darme cuenta de su conducta con relación á Dios. He aquí en toda su desnudez lo que he observado.

» De trescientas cuarenta y dos familias desunidas, he contado trescientas veinte que nunca van á Misa el domingo.

» De cuatrocientos diecisiete jóvenes, desesperación y deshonra de sus familias, solamente doce frecuentaban la iglesia.

» De veintitrés usureros, ni uno iba á Misa. En la iglesia la conciencia grita muy fuerte, y en el púlpito la palabra del sacerdote despierta los remordimientos.

» De cuarenta almacenes que se abren el

domingo, no hay diez que prosperen en realidad.

» De veinticinco niños sin corazón para con sus ancianos padres, veinticuatro no han cumplido con la Iglesia después de su primera comunión.

» Estaba yo confundido bajo el peso de estas cifras, comprobadas por mí mismo y sin embargo, lo confesaré: experimentaba en el fondo de mi corazón cierta satisfacción al ver que nuestro Dios hacía justicia, aun acá abajo, en los rebeldes que le abandonan, le menosprecian, y profanan su ley santa.»

Si se hubiese hecho oración en esa casa de comercio de que hablábamos al principio, habría habido más honradez real, y no solamente ficticia y exterior, menos ambición de llegar al término de la fortuna, menos febril actividad que quiere hacer negocio en pocos años, menos trabajo incesante, y de esa avidez de lucro que teme perder media hora ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perder una venta cerrando el almacén para asistir á Misa el domingo.

Esta casa quizá no hubiera brillado como la de alguno de sus concurrentes; pero se habría sostenido, y las noches para todos hubieran sido apacibles, las veladas dulces y buenas, y los beneficios siempre suficientes para hacer, junto con la herencia del porvenir, la del pobre que viene á pedir limosna en nombre de Jesucristo.

X

No somos bastante buenos.

He aquí una palabra que todos repetimos, y que creemos verdadera; hay en nosotros una convicción profunda de que, si fuésemos más buenos de lo que somos, habría en todas partes, en nuestra familia, en nuestras relaciones, en nuestra alma sobre todo, habría mayor paz, más alegría, más de eso que llamamos felicidad.

Pero nosotros decimos esta palabra aplicándola á los demás; con relación á nosotros y en nuestros labios, quiere decir ordinariamente: «No hay quien sea bastante bueno para conmigo.»

No; no es esa palabra la que hay que decir, sino esta otra, que generalmente es verdadera: «Yo no soy bastante bueno.»

¡Oh! *No ser bastante bueno;* haber, aun por simple negligencia ó descuido, dejado sufrir á alguno á quien se hubiera podido aliviar, al menos con una palabra de simpatía; no haber dado, por evitarse un disgusto, una pequeña fatiga ó una insignificante privación, á un corazón afligido un poco de alegría, á una alma agobiada, ó culpable si se quiere, un poco de esperanza..., puede haberse hecho sin pecado propiamente dicho; pero ¡qué remordimientos para un corazón delicado! ¡qué vacío en la jornada de un cristiano! ¡qué privación de gracias!

Nos quejamos de estar sin gusto en la oración, sin afecto hacia la Eucaristía, sin ale-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gría y sin ánimo en los esfuerzos que hacemos, sin consuelo en nuestras pruebas; Dios nos castiga por lo que hemos hecho. Nos hemos vuelto hacia otro lado, nos hemos retirado: Él también se vuelve y se retira. Nosotros hemos dejado llorar, Él también nos deja llorar. Nosotros no hemos querido dar un poco de alegría á uno de sus hijos; Él tampoco nos da de su alegría.

Ser bueno, aspirar á ser bueno ante todo y sobre todo, buscar con la avidez con que un enfermo busca un remedio, ó el avaro una moneda de oro, las ocasiones de ser bueno, es la ocupación más dulce, más atractiva, más fecunda en alegrías para el corazón y en santidad para el alma. Parece que para ser feliz y santo, el hombre no tiene necesidad sino de ser bueno.

La bondad es quizá la sola virtud cuya práctica no cansa jamás, cuyos actos se pueden multiplicar sin cansar á nadie; la única

quizá que podemos mirar sin orgullo en nosotros mismos.

Por muy bien que se hable de las otras virtudes, se puede siempre decir algo más de la bondad; parece que supone todas las demás virtudes; al menos las atrae á sí, y poco á poco las aclimata en el alma; aquel que fuese constantemente bueno, podría sin temor ir á Dios y decirle: «Yo me he acercado á Vos lo más que he podido.»

Ser bueno es posible y casi fácil á cada minuto. «Suponer raras las ocasiones de ser buenos, dice Fenelón, es ser muy ignorante en materias de bondad.» Cuando la bondad vive en el alma, se escapa por todas las facultades de esta alma: por el carácter, por los gestos, por las palabras, por las miradas, tan naturalmente como la luz se escapa de todas las aberturas de la habitación en que está, y como el perfume se exhala de todos los poros de la flor odorífera.

Ser bueno en la sociedad es el cuidado de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

complacer, cuidado que se anticipa á todos los deseos, y algunas veces aun á las manías; es el pensamiento profundamente cristiano de ser el servidor de todos los que la Providencia ó las relaciones ponen cerca de nosotros, y hacerles mil pequeños servicios.—Servicios para las cosas materiales más sencillas; servicios más delicados para las cosas del espíritu y del corazón: escuchar con gusto, sonreir con benevolencia, preguntar con oportunidad, molestarse con gracia.

Es en familia, la palabra habitualmente dulce, el continente habitualmente lleno de buen humor; es el olvido voluntario de una multitud de pequeñas faltas que nos tocan personalmente; la reparación, sin que se note, de un ligero desorden; es dejar pasar como desapercibida una palabra dicha con vivacidad ó aun con un poco de injusticia; es el consejo insinuado más bien que dado directamente; es el hábito de estar contento de todo lo que hay y de todo lo que se hace.

Ser bueno. He aquí, según nos parece, cómo bajo el punto de vista práctico se puede resumir todo lo que encierra esta palabra:

Ser bueno, es ser como *el aire* cuando está puro.

El aire, en quien casi nadie piensa, y que está en todas partes sin que se le perciba, que se insinúa por doquiera sin que moleste ni estorbe.

El aire, que deja á cada ser su naturaleza y su forma, no viniendo á él sino para darle un poco de brillo y permitirle obrar con más facilidad.

El aire, que da la vida á todo, y con la vida la frescura, la fuerza, la alegría.

Ser bueno es ser como *el pan*.

El pan, que se asimila perfectamente á todos los estómagos, y que se aduna á todos los alimentos aumentando su sabor.

El pan, que es de un precio tan mínimo que está al alcance de todos, y que no se rehusa jamás á quien lo pide.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El pan, en el que el rico apenas piensa, y sin el cual no se puede pasar; el pan, al que en rigor puede sustituir cualquier otro alimento y sin el que cualquier otro alimento bien pronto viene á ser fatigoso y aun dañino.

-o-

¡Oh! Seamos como *el aire*, dando á todos un poco de vida y grande facilidad de acción, dando á todos un poco de brillo y algo de frescura; sin preocuparnos sobre si se piensa en nosotros, ó si al menos se aperciben de que estamos allí.

Seamos como *el pan*, dejándonos tomar y desmigajar por todos los que creen tener necesidad de nosotros, y esforzándonos en ser útiles y agradables á todos.

XI

Muerto á los diez años.

¡Diez años! ¡Hermosa edad para morir!

¿No veis en ese cuartito, donde una madre

bañada en lágrimas contiene sus sollozos para escuchar la respiración de su hijo, y asegurarse de que vive todavía, no veis una claridad que no es la del día, ni de la aurora, ni de la lámpara que vela durante la noche, sino esa dulce claridad que el ojo sólo ve alrededor de las almas inocentes, y que se diría caída de la puerta entreabierta del Paraíso?

¿No oís alrededor de ese pequeño lecho, casi una cuna, como un ligero frotamiento de alas, de alas de ángeles que vienen á acompañar á su hermanito y murmuran en voz baja á la desolada madre: «Deja, déjale venir con nosotros, pobre madre: él será feliz; te amará aún más de lo que te ama; te preparará un lugar allá arriba: deja, déjale venir?»

¡Diez años! ¡oh, sí! Bella edad para morir.

¡Y esta muerte que deja llantos, deja también la paz, la esperanza y aun el consuelo!

-o-

Pues bien. No, no es esta escena de sonrisas en medio de lagrimas, de paz en medio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de dolor, la que voy á mostraros; es una escena que hace sentir un peso sobre el alma y que la agobia, una escena que me atrevo á llamar espantable.

Hela aquí en todo su horror.

El dormitorio es espacioso y está amueblado con lujo.

Mullidas alfombras sofocan el ruido de los pasos, y espesas cortinas, diestramente dispuestas, dejan pasar suavemente la luz, que ilumina, en el fondo de la alcoba sobre un angosto lecho, á un niño muy pálido.

El pobre niño parece que está muy malo; respira con dificultad.

Tiene diez años; ha sido educado rigorosamente según los preceptos de la nueva moda, es decir, sin religión.

Su padre hace gala de incredulidad. Ha pronunciado discursos políticos, con los que, según cree modestamente, ha dado rudos golpes á la Iglesia.

Su madre, arrastrada por lo que se llama el torbellino del mundo, tampoco cree gran

cosa, no obstante haber sido educada en el regazo de una madre cristiana.

El niño, su hijo único, jamás ha oído hablar de Dios si no es á su padre cuando blasfema, porque hoy hay gentes á la moda que se permiten esta infamia. Con su voz encantadora de niño cantaba hace poco, en ocasión de inaugurarse la estatua de un francmasón:

¡Nada de dogmas, vínculos ciegos!

y otros horrores arreglados poéticamente con sus correspondientes rimas.

Tenía nociones acerca de los animales, de las plantas, de los minerales, y hacía progresos admirables en la escuela laica. En cuanto á la moral, se le había hablado tan poco y de manera tan vaga, que nada había podido retener. Mucho mejor se acuerda de lo que ha visto en el teatro, cuando su padre le llevaba á ver *El Timbal de Oro* y otras inmundicias.

Y ahora ese pobre niño está muy malo. El médico ha dicho á su padre que *al día siguiente estaría en la nada*.

El padre y la madre están en pie delante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del lecho, y lloran con desesperación. La infeliz madre, viendo que el estado de su hijo empeora, y la fiebre le tiñe vivamente las mejillas, siente repentinamente reanimarse en ella su fe antigua y el recuerdo de su madre, y dice á su marido en voz baja y poniéndose colorada:

—*¡Si llamásemos á un sacerdote!*

Pero él, alzando los hombros, se dispuso á abandonar la alcoba.

Entonces, por gracia súbita de Dios, que no abandona á los desgraciados, la pobre madre, que veía toda la enormidad del crimen que ha cometido dejando educar á su hijo laicamente, se dirige á su marido, le pone la mano en el hombro y le dice:

—Condénate si quieres: yo quiero salvar á mi hijo; ¡no quiero que muera sin sacerdote!

Y el padre, viendo que nada puede hacer, y sintiendo en el fondo del corazón que ella tiene razón, responde indolentemente:

—Pero piensa en nuestros amigos... *¡Quedaremos en ridículo!*

Esta palabra resume el espíritu del día.

Sin embargo, la madre acaba por separarse del lecho del niño moribundo para mandar que vayan en busca de un sacerdote.

El padre, habiéndose asegurado de que está solo, se acerca sigilosamente al lecho de su hijo, y después de haber vacilado muchas veces, porque también él comienza á sentir un remordimiento secreto, le dice:

— *¿No tienes miedo, hijito mío?...* Puede ser que haya algo después *de esta vida... ¡Si rezases algo!...*

El niño permaneció silencioso un momento, y sus ojos, abiertos, adquirieron una fijeza y una calma espantosas, y después murmuró débilmente:

— *¿Qué cosa es orar? Jamás me lo habéis enseñado... Me habéis dicho siempre que no debía ir á las iglesias á hacer gazmoñerías. ¿Y eso es lo que debo hacer ahora?*

Y el pobre desgraciadito se puso á rezar, á pesar de su agotamiento, una actitud piadosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El padre siente más que nunca la enormidad de su crimen, y comienza á desear secretamente la llegada del sacerdote, pensando, sin embargo, en echar la culpa á su mujer ante sus amigos.

Y al cabo de algún tiempo la puerta se abre, el sacerdote entra conducido por la madre, que, llena de ansiedad, le dice en voz baja:

—*¡Pronto, pronto!*

El buen sacerdote se acerca; pero al momento que el niño le ve, exclama azorado:

—*¡He aquí el cuervo que viene á devorarme!*

Y ocultando su rubia cabeza bajo las sábanas, expira ahogado por un golpe de sangre.

XII

Queremos á Dios; ¡es nuestro Padre!
Queremos á Dios; ¡es nuestro Rey!

¡Qué hermoso es este grito! Arrebata, transporta cuando se repite bajo las bóvedas de nuestras iglesias por vuestras voces conmovidas, ¡oh madres cristianas! y por las vuestras también, no menos conmovidas, pero más vibrantes, más resueltas y más firmes, padres y obreros católicos!

Cantad, cantad ese estribillo de un alma que tiene necesidad de consolidar su fe cuando mira tanto desfallecimiento en torno suyo.

Os hemos visto una tarde, último día de unos ejercicios, con los ojos llenos de lágrimas, alta la cabeza, fija la mirada en el crucifijo del altar, y á algunos con los puños apretados en actitud de combate; os hemos visto arrojando, como guante de desafío á todos los impíos de la tierra, ese grito de la fe, del amor, de la abnegación.

¡Queremos á Dios! ¡Queremos á Dios!

Entonces, subiendo al púlpito, enardecido con vuestro entusiasmo y brillando en sus ojos un relámpago divino, el sacerdote dejó caer de su alma estas palabras ardientes:

—¡Sí, sí! ¡Queremos á Dios!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A Dios en el alma de nuestros hijos por el sacramento del Bautismo.

El niño bautizado es el niño divinizado; el niño hecho hermano de Jesucristo, templo del Espíritu Santo; el niño que ha venido á ser un sagrado depósito para nosotros.

Madres, abrid vuestros brazos á vuestro hijo bautizado: abrazaréis á Jesucristo.

Madres, llevad, llevad á vuestro hijo bautizado por toda vuestra casa, como llevariais una luz ó un perfume para iluminarla ó purificarla, porque con él llevaréis á Jesucristo.

Madres, guardad cerca de vosotras á vuestro hijo bautizado; de él irradiarán la paz, la virtud, la santidad de Jesucristo.

El niño bautizado, inocente aún, es el protector de una casa, es el guardián de su prosperidad y de su bienestar.

El niño sin bautismo es en una casa el germen de la rebelión, de la turbulencia, de la maldición.

Queremos á Dios en el entendimiento de nuestros hijos por la instrucción religiosa.

La instrucción *sin Dios* es el desorden del espíritu; es la corrupción del corazón; es la turbación del hogar.

La instrucción *con Dios* es la paz del espíritu; es la inocencia del corazón; es el porvenir y la seguridad del hogar.

La instrucción *sin Dios* es la luz que conduce al mal; es el egoísmo que todo lo atrae á sí; es el orgullo que desprecia á sus ancianos padres y á su casa.

La instrucción *con Dios* es el buen sentido engrandecido y perfeccionado; es la abnegación que se da, la grandeza que se humilla para levantar á los pequeños; es la alegría; es la conservación del amor de la familia.

Queremos á Dios en nuestras casas por la imagen del crucifijo.

El crucifijo en la casa es la toma de posesión del Dueño á quien todo pertenece, del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señor que reina, que gobierna, que da y que quita, á quien siempre son debidos el respeto y la sumisión.

El crucifijo en la casa es la mirada de Dios siguiendo cada una de nuestras acciones, examinando cada uno de nuestros pensamientos, descubriendo cada una de nuestras intenciones y sosteniéndonos en la hora en que nos vemos inducidos á ser menos puros, menos probos, menos sufridos.

El crucifijo en la casa es testigo de nuestras penosas labores, consolador de nuestras penas, ayuda de nuestros trabajos, sostén en nuestros desfallecimientos, custodio de nuestra inocencia.

Queremos al crucifijo en el taller del trabajo y en la sala de reunión de la familia. Lo queremos en la cabecera de nuestro lecho; lo queremos en el lugar más honorífico. Y á causa de él y por respeto á á él, ¡atrás esas estatuas sensuales, esos libros impíos y esos cuadros profanos que ultrajan el pudor!

Queremos á Dios en la familia por el sacramento del Matrimonio.

El matrimonio *sin Dios* es la unión apasionada, la unión caprichosa, la unión sin fijeza.

El matrimonio *con Dios* es la unión consagrada, la unión santificada, la unión que sólo la muerte puede romper.

El matrimonio *sin Dios* es la turbación del hogar, la inquietud de la familia, la tristeza que el ruido de las fiestas no disipa, el desorden continuo, el deshonor de los hijos.

El matrimonio *con Dios* es el auxilio mutuo, el olvido diario de las contrariedades de todos las días, la alegría de la familia, el honor y la gloria de los hijos.

Queremos á Dios en nuestro lecho de muerte por la Eucaristía.

¡Oh! Allí, sobre todo, os queremos, ¡oh Jesucristo! ¡oh Dios nuestro!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La muerte *sin Dios* es la angustia, el terror, la desesperación.

La muerte *con Dios* es la seguridad, la esperanza, la paz.

La muerte *sin Dios* es la incertidumbre que aterroriza, el temor que desgarra, el porvenir que espanta.

La muerte *con Dios* es la tranquilidad que serena, la alegría que da la fuerza y la sonrisa, el Paraíso que se entreabre.

¡Oh! Volvámos, volvamos á decirlo:
Queremos á Dios; ¡es nuestro Padre!
Queremos á Dios; ¡es nuestro Rey!

La multitud se retiró radiante y altiva: altiva por su valor y fortalecida con sus promesas. ¿No es acaso con palabras de esta naturaleza, palabras que quedan, que germinan, que producen abundantes frutos; no es acaso con ellas con las que se templan las almas, se apaciguan los espíritus, se reanima el amor de la familia?

XIII

¿De dónde viene la paz?

Sobre la playa que arrasa el viento, y donde las olas vienen á morir, se eleva una casita muy pequeña, muy pobre, pero muy apacible, sobre la cual las miradas se detienen con gusto. ¡Está tan lejos del ruido! ¡Está tan graciosamente rodeada de plantas y flores!

Es la casita del *viejo marino*, que vive allí soportando con paz y dulzura los años que Dios le concede.

Durante el día es pescador, para lo que tiene su barca y sus redes, y por la tarde se sienta de cara á las olas dejándose llevar de sus recuerdos.

Allí me gusta sorprenderle con la mirada tendida á lo lejos sobre el Océano y los labios entreabiertos, como si hablase y escuchase. Su vista me tranquiliza, y de ese rostro ennegrecido por el mar se escapa como un rayo de paz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un día le dije:

—¿Cómo es que, siendo pobre, vive usted sin deseos y sin temor? ¿Es posible que sólo Ud., á quien la muerte ha despedazado tantas veces el corazón, pueda sonreir aún? ¿En dónde ha aprendido á tener esa calma, esa sabiduría, esa resignación, esa paz?

—¡Oh!—me dijo moviendo la cabeza.—¡Esta calma, esta resignación, esta paz! Yo no la he aprendido; la he tenido siempre, siempre. Cuando era niño, me sentía amado de mi madre, y cerca de ella, bajo el influjo de su amor, vino á mi la paz! ¡Después de eso, nunca la he perdido!

—¡Oh, no! Quizá lo habrá Ud. olvidado, pero recuérdelo. ¿Nunca ha tenido Ud. miedo? Cuando estaba Ud. con su madre, ¿nunca pensó que pudiera faltarle algo?

—¿Con mi madre?... Ella tenía un modo de abrazarme y decirme *hijo mío*, que me bastaba más que todo, que me prometía todo, que me aseguraba en todo. Con ella jamás tuve nada que temer, nada que desear; todo lo tenía. Cuando sobrevenía una contradicción, y viéndola un poco triste me acercaba con los ojos preñados de lágrimas, me decía: *Deja, hijo mío; voy á pedir á Dios, que es la madre mía como yo lo soy tuya;* é iba á ponerse de rodillas, y volvía luego muy risueña, diciéndome: *Dios es muy bueno. ¡Oh, sí! Más que yo, porque Él nos ama más. Él es madre de los dos.* Y entonces me abrazaba.

Y estas dos palabras: *mi madre, Dios,* hacían un grande efecto en mí. ¿Cómo no quedar tranquilo?

Un día,—tenía yo diez años; permítame usted llorar un momento. Es el único verdadero dolor de mi larga vida;—un día, mi madre me abrazó por última vez, y me dijo con un acento que suena aún en el fondo de mi corazón después de más de sesenta años:

—No olvides que Dios es tu madre: sé tú su hijo.

¡No, no, madre mía! No lo he olvidado; y esta palabra, que siempre resuena aquí,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre me ha sostenido, siempre me ha asegurado, siempre me ha consolado. ¡Pobre madre! ¡Me parece que había dado á Dios todo el amor que tenía para mí, y que Dios venía á ser real y materialmente *mi madre!*

No sé cómo sucedía; pero cada vez que algo me apenaba, cada vez que alguna cosa me faltaba, y sobrevenían el dolor y la inquietud, y han venido con mucha frecuencia, oía yo decir dentro de mí, tan distintamente como cuando mi madre me la había dicho, esta dulce palabra: *Dios es tu madre: sé tú su hijo.*

¡Cuántas faltas me ha impedido cometer este pensamiento!

¡Cuántos desfallecimientos evitó á mi alma!

¡Cuánta actividad y presencia de espíritu, cuánto valor me ha dado!

¡Hijo de Dios! *¡Oh! Con tal que sea yo para Él lo que yo era para mi madre, Él será para mí lo que mi madre era!* Esto me decía yo á menudo y me lo digo todavía, y

siempre, siempre siento que hay cerca de mí *un ser* que me ama, me cuida, y no permitirá que me falte nada: ese ser amante *es mi madre.*

Y si en mi ancianidad me ve Ud. aún, no diré risueño, pues se ríe poco á mi edad; pero sí en calma, feliz, resignado, llorando muchas veces, pero sin amargura, siempre lo debo á esta palabra: *Tú eres hijo de Dios.* Y hay momentos en que, sin darme cuenta, digo á Dios: *¡Madre mía!*

El anciano calló... levantó sus ojos al cielo, sus ojos que se llenaron de lágrimas, y le oí murmurar en voz baja: *¡Dios mío, madre mía!*

—Es necesario perdonarme,—dijo procurando sonreir:—pero vea Ud.: el pensamiento de que yo soy hijo de Dios, y que mi madre y Él se unen para amarme, me hace experimentar todas las emociones de mis primeros años.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta alegría del anciano, esta paz, esta serenidad, este reposo del alma, esta juventud del corazón, ¿acaso no son ya posibles?

¡Quizá no haya corazón harto amante para comprender todo lo que encierran estas palabras: *Soy hijo de Dios!*

XIV

Lecciones recogidas en los campos.

El abuelo está sentado á la sombra de una encina que detiene los rayos del sol, y embalsama el ligero soplo que refresca la frente de aquél.

En pie y cerca de él, con los ojos atentos y la boca sonriente, su nieto le mira y le escucha.

Todo lo demás está en silencio; un rayo de una claridad muy particular ilumina la frente del anciano, que dice con voz algo temblorosa:

—Tú quieres la dicha, hijo mío. Escucha

la voz de Dios, la dicha es el bien de Dios. Él solo puede decirte en dónde está.

—¿Pero dónde, padre, podré oir esta voz?

—Se escapa suavemente de cada una de las criaturas que pone á nuestro paso... Es ligera como el roce de las hojas de rosa, pero penetra en el alma como el rayo de sol, sin molestarla jamás; más dulce que la voz, por otra parte tan dulce, de tu madre. Ve, hijo mío; recorre la llanura, y vuelve á contarme las enseñanzas que hayas recogido.

I

El niño parte lleno de gozo; mira con curiosidad todo lo que le rodea, pero ninguna voz le habla, y vuelve un poco triste á decir al anciano:

—Padre, he visto el *arroyo* serpenteando en medio de las flores esparcidas acá y allá; parecía murmurar una alegre canción; he escuchado, pero no tenía palabras que pudiese yo comprender.

El *pajarillo* volaba cerca de mí, llevando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su pico un poco de pluma para su nido.

El *gorrión* reunía para sus hijuelos las migajas que caían de mi pan.

Los *polluelos*, al grito de su madre, se ocultaban bajo sus alas.

La *araña* tejía sus hilos delicados, y repetía su obra cada vez que el viento se la rompía.

La *hormiga* transportaba con premura un grano de trigo á su agujero.

La *abeja* revoloteaba entre las flores, se detenía un momento, y se iba á la colmena cargada de miel.

A todas estas criaturas he sonreído porque me parecían felices; á todas he preguntado: «*¿Quién de vosotras me enseñará la dicha?*» Y el eco sólo repetía: *¡dicha! ¡dicha!*, sin decirme dónde se hallaba.

II

—Tu mirada,—replicó el anciano,—no ha sabido comprender. Escucha:

El *arroyo*, precipitándose al río y haciendo en sus riberas que crezcan las flores, ¿no ha enseñado á tu alma que tus días se van como su corriente, y no te ha dicho que debes también, como ella, dejar á tu paso algunas flores?

La amabilidad, hijo mío, *es la dicha.*

El *pajarillo* que trabaja en su nido, la *hormiga* adquiriendo continuamente un granito de trigo, ¿no han hablado á tu alma de la ocupación y del trabajo?

Ocuparse, hijo mío, *es la dicha.*

La *abeja* recogiendo su miel para sus hermanas de la colmena y revoloteando gozosa; el *gorrión* recogiendo tu pan para sus pequeños, y mostrándose más feliz aún que la abeja, ¿no han enseñado á tu alma la dulzura de la caridad?

Sacrificarse, consagrarse á los demás, hijo mío, *es la dicha.*

Los polluelos refugiándose al primer llamamiento bajo el ala maternal, y descansando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

allí tranquilamente, ¿no han enseñado á tu alma la calma que resulta de la obediencia y de la vida de familia?

Obedecer, amar, permanecer cerca de los que nos aman, hijo mío, *es la dicha.*

—

Y la araña, en fin, que trabaja siempre, y siempre vuelve á comenzar su trabajo, sin desanimarse porque no tiene éxito, sino después de muchos ensayos, ¿no ha hablado á tu alma de la moderación y de la perseverancia?

La paciencia, hijo mío, y la confianza es la dicha.

III

El niño sonrió al anciano, que le abría los brazos, y arrojándosele al cuello le dijo abrazándole:

—Comprendo, abuelito; pero aunque sea un pobre ignorante, tengo necesidad de las lecciones de las criaturas para conocer la dicha. Yo encuentro estas lecciones en Ud., en

usted tan *paciente*, tan *dedicado*, tan *trabajador*, sobre todo, tan bueno para su hijito.

XV

Las almas que aman en Dios, *aman siempre;* y como son hermosas con la belleza de Dios mismo, que está en ellas, *se las ama siempre.*

XVI

A la casa de Dios.

¡Sí, á la casa de Dios!

Ir á la casa de Dios como va el hombre á la casa de su padre, de su médico, de su abogado, de su amigo, de su proveedor. Dios es todo esto.

Ir á Dios para ser aconsejado, para ser protegido, para ser dirigido, para ser amado; ir á Dios para todas las cosas, así espirituales como materiales, así del tiempo como de la eternidad, así del cuerpo como del alma.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios es la fuente que lo posee todo, el poder que lo dirige todo, la sabiduría que conoce y arregla todo, la mano que da todo, el tesoro donde se encuentra todo.

Esta es, en toda su sencillez, la vida espiritual. ¡Dichosas las almas que viven de esta vida! Para ellas las criaturas no son sino los canales por los que Dios viene á ellas; ven á Dios en todas partes, van á Dios impulsadas por ese instinto divino que en cierto modo ha reemplazado en ellas al instinto puramente humano.

Con esta vida comenzaba á vivir ese sabio cuya inteligencia estaba tan iluminada, y cuya mirada era tan profunda, *Ampère*, que escribía hablando consigo mismo:

«Trabaja con espíritu de oración. Estudia las cosas de este mundo; es el deber de tu estado; pero no las veas sino con un ojo, para que el otro esté constantemente fijo en la luz eterna.

»Oye á los sabios; pero no los oigas sino

con un oído, para que el otro esté siempre dispuesto á recibir los dulces acentos de tu amigo celestial.

»No escribas sino con una mano; con la otra tente siempre fijo á los vestidos de Dios, como un niño se está agarrado al vestido de su madre. Sin esta precaución, infaliblemente se te estrellaría la cabeza contra alguna piedra.»

De esta vida vivía esa alma sencilla y recta que ha escrito estas líneas que vamos á reproducir. La cual nada quería *emprender*, *nada pedir*, sin haber consultado á Dios; *nada hacer* sino bajo la mirada de Dios; *nada recibir*, *nada poseer* sin partirlo con Dios. Para ella esta palabra de los Santos: *Dios mío y todas las cosas*, era una verdadera realidad, y bajo el influjo de este pensamiento vivía y obraba sin turbación, sin embarazo, sin preocupaciones.

He aquí lo que decía á Dios, y cómo iba á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Él como á su maestro, su consejero, su protector.

I.—Dios mío, mi señor

Vengo á exponeros el proyecto que medito, el trabajo que me propongo hacer, y el que en esta hora me imponen, ó la obediencia, ó los deberes de mi profesión.

Vengo humildemente á ofrecerme á Vos, á pediros permiso para obrar, y al mismo tiempo los medios de hacerme digno de Vos.

No quiero hacer nada de lo que no queréis, nada que no redunde en gloria vuestra, en utilidad de mi alma ó de las de mis hermanos, sino que quiero lo que Vos queréis, aunque ese trabajo parezca superar mis fuerzas, contrariar mis gustos, estar en oposición con mis costumbres.

¡Oh, Señor! Manifestadme vuestra santa voluntad dándome los medios que me permitan prosperar, ó poniéndome obstáculos que me impidan continuar.

Durante el trabajo dadme la paz, la luz, la fuerza, la constancia.

Después del trabajo, cualquiera que sea el éxito, dadme que os lo agradezca.

Gracias, Dueño mío, por emplear á vuestro esclavo y permitirle seros útil.

II.—Dios mío, mi consejero

Vengo á preguntaros lo que debo hacer en esta circunstancia que se me presenta.

¿Cómo ejecutar este trabajo inspirado ó aprobado?

¿Cómo dar cima á esta empresa?

¿Cómo tratar á esta persona á quien tengo necesidad de ver? Ayudadme, Dios mío.

¿Cómo salir de este embrollo en que imprudentemente me he metido?

¿Cómo calmar esta inquietud que me agita?

¿Cómo reparar esta imprudencia que he cometido?

He sido culpable; ¿cómo me levantaré?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

He sido calumniado; ¿cómo me justificaré, y cómo sabré soportar?

He sido condenado; ¿cómo expiaré mi culpa?

¡Dios mío, *una luz, una palabra, una inspiración!*

....

¡Gracias, Dios mío!

III.—Dios mío, mi protector

¡Vengo á pediros vuestro apoyo, vuestra defensa, vuestro amor!

¡Oh! Si alguna vez he tenido necesidad de Vos, es en esta hora, ¡oh Dios mío!

Ved lo que me amenaza.

Ved lo que me perturba.

Ved lo que he merecido.

Ved lo que me atormenta.

¡Oh! Vos que sois siempre Padre, siempre misericordioso, siempre poderoso y omnipotente; Vos que podéis todo lo que queréis, ¡piedad, piedad para vuestro pobre y desgraciado hijo!

¡Ocultad el mal que he hecho!

Detened las consecuencias que este mal debería producir.

Apartad las sospechas que pesan sobre mí.

¡Envolvedme en vuestra misericordia!

.....

¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡Oh qué bueno sois!

Decid: ¿no es dichosa el alma que así vive con Dios? ¿Y acaso nos sería difícil á alguno de nosotros vivir como ella?

XVII

Lección de Filosofía.

un juego de niños

Voy á pedir ahora á uno de los juegos de la primera edad una de esas lecciones que, despertando en los labios la sonrisa y un recuerdo en el corazón, vienen á recordarnos dulcemente *los deberes de la vida.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tiernos niños, que descuidados y gozosos jugáis ó cerca del hogar, ó en alguna calle de árboles, cerca de la mesa donde trabaja vuestra madre, ó simplemente sobre el suelo del estrado; tiernos niños, vosotros no sospecháis cuánta hermosura, grandeza y utilidad irradian de esa cabeza que configuráis con vuestra varita, de esas imágenes que recortáis, de esas cartas con las que formáis un castillo, y de esas cintas de fuego que hacéis alrededor de la chimenea, y que hacen ya vagar á vuestra imaginación. Escuchadme hoy, y más adelante me comprenderéis.

II. — El hilo cruzado

Son dos niños, hermano y hermana, sentados uno frente al otro; un simple hilo está entre las manos de la niña, que ata sus dos extremidades, y después, llena de gozo, lo abre y lo pone como un óvalo en las manos de su hermano, abiertas para recibirlo. ¿Piensa ella que este hilo es el emblema de la vida?

Su hermano también se sonríe.

—*Voy á empezar*,—dice la pequeña.

Y con sus deditos toma delicadamente la mitad de las dos líneas formadas por el hilo, las levanta, las entrelaza, quita á su hermano el hilo, y enseñándolo en sus manos bajo una nueva forma, exclama:

—*¡Una cuna!*

Sí, niña; una cuna es la primera figura que tu formas. ¿No es acaso la primera cosa que, al comenzar la vida, Dios nos pide á todos: hacer una cuna de nuestro corazón? Una cuna *blanca* por la inocencia, *suave* y mullida por la bondad, caliente por la caridad.

Una *cuna* para recibir en nosotros y para nosotros á Jesús niño y á Jesús Eucaristía.

Una *cuna* para recibir y abrigar á los pequeños, á los pobres que necesitan ser amados.

Continuad, niños: después de la cuna, un hilo levantado y entrelazado de una manera particular por el hermano, forma luego una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

figura nueva y rara: es una sierra. Y los dos niños se mueren de risa agitando sus manecitas con un vaivén continuo, imitando la acción de los que asierran madera.

¡Reid, niños, reid mientras vuestras manos se ejercitan en un trabajo fingido!

Bien pronto será real ese trabajo, y se presentará, ya bajo una forma ó bajo otra, y será necesario, so pena de ser culpable, aplicarse seriamente á él.

¿Queréis que el trabajo no os sea tan penoso? Hacedlo como hoy, con alegría.

La alegría en el trabajo centuplica las fuerzas.

—¡Yo, yo!—dice la hermana.

Y comenzando á enlazar el hilo que tenía su hermano, combina, busca, y esta vez el hilo forma un gracioso cuadro:

—*¡Un espejo!*—exclama.

Y la coquetuela se sonríe, y, quizá sin sospecharlo, se ruboriza y permanece mirándolo... Y como su hermano, impaciente, quiere hallar una figura nueva, *el hilo sacudido y mal tomado* se anuda y... es necesario volver á comenzar.

¡Oh, hijo mío! Nada de precipitación en la vida, y siempre que dos trabajéis á una, trabajad con armonía: y tú; niñita, *atención y nada de ensueños;* los ensueños hacen olvidar el deber. Es necesario aplicarse á todo, aun á las cosas que parecen más insignificantes.

Y queriendo recuperar el tiempo perdido, miradlos á los dos trabajando en desenredar el hilo, y con su apresuramiento el hilo se rompe, y ambos se miran confusos y admirados.

¡Pobres niños! ¡Oh, que no suceda así en vuestra vida! La impaciencia y el apresuramiento nada remedian, y los objetos materiales, lo mismo que las almas y los corazones, necesitan ser tratados con delicadeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Otro hilo! Volvamos á comenzar,—dijo la hermana.

—No,—dijo el hermano,—continuemos.

Y de allí la disputa; y esta vez rompen el hilo expresamente y le arrojan lejos de sí, separándose ambos descontentos.

Vedlos enojados, y ved una hora mala en su vida de niños, que debía estar tan risueña y pacífica; una hora mala en un día, es un fruto malo que echa á perder muchos otros.

¡Niños, niños! El amor propio entristece la vida y aisla el corazón. ¡Oh! Aprended esta santa palabra, que mantiene la paz en los corazones destinados á vivir juntos y á amarse: *No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú, lo que tú quieres.*

Yo levanté el hilo que los niños habían arrojado lejos de sí, y mirándolo, murmuré en voz baja: «Juguetito de niño, tú vienes á recordarme que para ser útil en la tierra y meritoria para el Cielo la vida, debe componerse de inocencia, de trabajo, de paciencia, de abnegación y de condescendencia.

XVIII

¿Qué es lo que he perdido?

Aquella tarde, un religioso franciscano nos hablaba de la influencia que debía tener en una familia un alma piadosa, abnegada, y sobre todo paciente; un alma que, comulgando todos los días, saliese del templo risueña y fuerte, llevando á Dios consigo, procurando obrar, hablar, sufrir, como hubiera obrado, hablado y sufrido aquella de quien ella quería ser esclava é hija: *la Santísima Virgen María.*

«Yo he conocido una de estas almas,—nos dijo el religioso,—y á ella Dios había dado gran heredad de sufrimiento.

»Su marido, antiguo oficial, educado por una madre piadosa, había tenido *fe*; pero la vida de los cuarteles había borrado la marca primitiva de la religión. Era valiente y leal;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero la duda poco combatida había reemplazado á la fe, y después de la duda había venido esa indiferencia fría y triste que es la forma decente de la impiedad.

»La pobre mujer, en libertad para sí y para su hija de observar todas sus prácticas de piedad, lloraba en el fondo de su alma y rogaba por la conversión de aquel que tanto amaba en la tierra para no tener que separarse de él en el Cielo.

»Un día, un nuevo dolor vino á agregarse á los anteriores: su marido la hizo saber que era *francmasón*.—Él dijo esto como una cosa muy sencilla, y no vió que su mujer palideció y estrechó á su hija contra su corazón, como para preservarla de una desgracia, ó quizá para recurrir á la inocencia de la niña contra el peligro que corría el alma de su padre.

—

»Sus ojos, llenos de lágrimas, se fijaron en una estatuita de San Antonio de Padua que

tenían en su aposento, y un pensamiento iluminó su alma entristecida.

»—Hija mía,—le dijo:—pide á San Antonio que tu padre encuentre lo que ha perdido.

»—¿Qué es lo que mi padre ha perdido?

»—Lo sabrás más tarde: ruega, y nada le digas.

»La mirada sencilla de la joven se levantó hacia la estatuita, y sus labios se abrieron para dar paso á estas palabras: *Gran Santo, haced que mi padre encuentre lo que ha perdido.*

»En este momento la puerta se abrió, y el marido vino á advertir á su mujer de que iba á salir.

»Había oído, y se preguntaba en el camino:

»—¿Qué será lo que yo he perdido? Sin duda mi mujer es la que habrá perdido alguna cosa... ¿Pero qué idea la de ir á pedir eso á esta estatua? Después de todo, ¡poco importa! ¡Ella es tan buena esposa y tan buena madre!...—Es igual, lo mismo es que yo la diga que no se aflija, porque si fuera una cosa seria ya me lo hubiera dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Como eran los primeros días de Junio, el oficial pensó que una tarde tan hermosa le prometía más gozo en el campo que entre las cuatro paredes de su casa.

»—¡Una idea!—se dijo, golpeándose la frente.—Voy á buscar á mi mujer y á mi hija, é iremos á dar un paseo al campo... pero... ¿qué es lo que yo he perdido?

»La mujer se sonrió llena de gozo, echó una mirada de gratitud á San Antonio cuando su marido vino á comunicarle su idea; pero enmudeció y se ruborizó cuando le oyó añadir:

»—*Dime: ¿he perdido yo alguna cosa?...*

»—¿Por qué me lo preguntas?—respondió ella.

»—Porque he oído á la niña...

»La conversación no pasó de allí; pero no se le escapó al oficial la turbación de su mujer, y él mismo se preguntaba á menudo:

»—*¿Qué será lo que he perdido?*

»El 12 de Junio por la tarde, la madre se hallaba en su aposento con su hija, que decía con fervor su extraña oración: *Gran Santo, haced que mi padre encuentre lo que ha perdido.*

»—Pero, en fin, dime lo que he perdido, —exclamó el oficial entrando repentinamente en el aposento.—Hace ocho días que este pensamiento me asedia... Tú haces rezar todos los días á la niña con este objeto; pero harías mejor en decírmelo, porque así sabría si eso vale la pena de fatigar á la niña.

»La esposa se levantó, mirando con calma á su marido, y le dijo:

»—¿Te conformarías con separarte de mí para siempre?

»—¡Ah! Eso no; y si para eso rezas y vas á la iglesia, bien puedes abstenerte de ello.

»—Y, sin embargo, si no encuentras lo que has perdido, será necesario que nos separemos... y para siempre.

»Su voz estaba conmovida y sus ojos llenos de lágrimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»—¿Pero qué cosa es? ¿Qué es lo que yo he perdido?

»—*La fe... la fe de tu madre...* y yo no quiero separarme de ti; no, no lo quiero: es necesario que la vuelvas á encontrar.

»La pobre mujer lloraba, mientras que él, sin decir nada, salió de la habitación.

»—*La fe,*—decía,—*la fe de mi madre... de mi mujer, de mi hija...*

»Y durante toda la noche, la piadosa mujer, que oraba, le oyó pasear por la habitación, agitado y repitiendo:

»—*La fe... la fe de mi madre.*

»Al día siguiente por la mañana, entró sin decir nada en el cuarto de su mujer; después, como despertado por una idea repentina:

»—¿Celebráis hoy alguna fiesta?—dijo.

»—Sí, amigo mío, la fiesta de San Antonio de Padua.

»—¡Ah! ¿Del santito de la chimenea? Pues bien: ¡gracias, San Antonio!

»Y como su mujer le miraba ansiosa:

»—*Sí, sí, amiga mía,*—exclamó tendiéndole los brazos:—*es cosa hecha: he hallado al fin lo que había perdido.*

»Algunos minutos más tarde, el lego portero del convento de los franciscanos llamaba á uno de nuestros Padres para confesar al oficial, que había encontrado su fe.»

XIX

Una felicidad poco conocida, y sobre todo poco deseada.

Es la felicidad de incurrir en inadvertencias, es decir, de sufrir delante de todo un público esos accidentes menudos, accidentes que no dañan á la salud, ni al honor, ni á la reputación, ni á la virtud; que á nadie perjudican, pero que nos ponen *un poco en ridículo*.

Nada hay tan penoso de soportar como *una pifia*, no cometida sino sólo *escapada;* humilla, enoja, atormenta, está siempre allí, ante los ojos, mostrándonos los testigos de nuestro aturdimiento, burlándose en voz baja, mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rándonos con ojos punzantes que parecen decirnos: *¡Qué tonto!*

¿Y á eso llamáis felicidad? *Sí*, bajo el punto de vista divino.

Una pifia es una pequeña humillación que Dios permite para borrar esas faltas ligeras que empañan la belleza de nuestra alma, y que nosotros jamás hubiéramos pensado en expiar directamente.

Una pifia es una advertencia material de nuestro ángel bueno, que quiere corregirnos de algún defecto..., ordinariamente de nuestra presunción y de nuestra propensión á burlarnos de los demás.

Una pifia es la punta acerada de esa mágica varita dada por su madrina al Príncipe Encantador, cuya historia se nos contaba en los días de la infancia. Era, bien lo sabéis, un principito molesto, presuntuoso, susceptible, vanidoso, como muchos de nosotros, que tenía la dicha de tener por madrina á una hada, y esta hada le hizo el regalo de una

varita de precioso diamante; pero provista de una punta que le punzaba cada vez que tenía un capricho.— Algunas *pifias*, un poco más numerosas, nos habrían hecho muy pronto más modestos, más dulces, más conciliadores, más benévolos, como lo fué después de muchas punzadas el Príncipe Encantador.

Se ha dado á las pifias el nombre pintoresco de *apagadores de Dios*, y nada más verdadero y más ingenioso que esta denominación; en ella sobre todo se muestra la dicha de dar pifias.

1.° Un apagador supone un cirio, ó al menos una vela, y una vela encendida; ¿para qué serviría el apagador si la vela no estuviese encendida? Así, pues, éste es el primer consuelo de aquellos á quienes Dios envía las humillaciones de una pifia: iluminan, son buenos para algo.—Los tontos no dan pifias, ó al menos no hay quien se fije en ellas.

2.° Un apagador puesto sobre una bujía encendida, tiene por resultado *economizar-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la... Segundo consuelo para aquellos á quienes Dios distingue con una pifia: *se economizan*. Os habriais bien pronto gastado por la presunción, por el amor propio, por la malignidad, oh brillante antorcha; pues duraréis muchos años, Dios os ha reservado por la humildad, por la modestia, por el amor á la soledad.—Nos procuramos esconder cuando damos una pifia.

3.° Un apagador no quita á la bujía la facultad de volver á ser encendida, y su lugar sobre ella no es sino momentáneo... Así, pues, tercer consuelo: Dios, que sabe quien sois y los recursos que tenéis, vendrá á encenderos nuevamente cuando llegue vuestra hora: sabed resignaros, sufrir y esperar.

¡Cuántos ejemplos brillantes pudieramos citar! Pero las pifias no se escriben, se refieren.

—

¿Será necesario, á propósito de las pifias, penetrar más adentro en la vida íntima del alma, bajo el punto de vista de sus progresos sobrenaturales y de su perfección?

Dejemos, pues, esta palabra, que despierta siempre una ligera sonrisa, y hablemos de esas pequeñas humillaciones imprevistas, que vienen repentinamente á manifestar á los demás nuestro aturdimiento, nuestra ligereza, nuestra poca memoria, nuestra fatuidad; *extravagancia de carácter, olvido en nuestro modo de vestir, faltas de gramática escapadas por la precipitación de la palabra ó de la lectura, aberraciones de la memoria, que delante del público nos hacen cometer risibles anacronismos*... todo esto, aceptado generosamente por un alma en quien Dios ha sembrado preciosas virtudes, hace penetrar lentamente en ella el jugo nutritivo de la humildad, y este jugo es para tales virtudes, así como el abono grosero, y algunas veces repugnante, con que el jardinero rodea á las más exquisitas plantas.

—

La historia de los Santos nos muestra un gran número de ellos que deben su alto grado de santidad á las pequeñas humillaciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que les hicieron soportar los defectos aparentes de su cuerpo y de su espíritu, con que Dios, en su bondad, les había favorecido.

Ved, pues, si es provechoso á vuestra alma cometer *pifias*.

XX

Un pecado menos.

Un domingo por la mañana, en un cuartel de Londres, el *policeman* en turno, al hacer su ronda, advirtió que la barrendera ordinaria de la calle había sido cambiada; tomó nota y pasó adelante.

Si hubiera preguntado á esta nueva *empleada*, habría sabido que era la hija de un embajador de Inglaterra en Francia, la hermana de un ministro de la reina, *Lady Georgina Fullerton*.

La cual había pasado por la mañana yendo á la iglesia, y deteniéndose delante de la barrendera de la calle, que involuntariamente

se había rozado con ella, le dijo con su dulce voz:

—*¿Habéis oído la Misa hoy, buena mujer?*

—*¿La Misa? No puedo, no tengo tiempo; es necesario que barra.*

Y la noble cristiana, dando una moneda á la barrendera, toma la escoba y se pone á barrer la calle, diciéndole:

—*Vaya Ud. á Misa, hija mía.*

Y si por la noche, en el salón brillantemente iluminado, los que conocieron este acto de la mañana, tan sencillo para esta cristiana y tan heroico para nosotros, la hubieran felicitado, habrían visto sus labios abrirse ligeramente para sonreirse como se sonríen los ángeles, y hubiera dicho sencillamente: *Ya hay un pecado menos al lado nuestro.*

¡Un pecado menos! ¡Sólo los santos tienen luces suficientes para comprender lo que encierran estas palabras!

Un pecado menos, es en una casa, en un alma, la detención del castigo que amena-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zaba; detención quizá muy larga, quizá perdurable.

Un pecado menos es en una casa, en un alma, Dios obedecido, Dios glorificado, Dios amado; es Dios atraído por los esfuerzos de esa alma generosa que ha impedido una rebelión contra él; es Dios aprisionado, hecho huésped, amigo, protector de esta casa, y de esta alma, á causa de ese pecado que se evitó. Es la serenidad que vuelve á ese pedazo de cielo que la tempestad había invadido; es la alegría radiante que se insinúa; es la esperanza que se manifiesta.

¡Oh madres! ¡Oh esposas! ¡Oh hijas cristianas! A toda costa evitad que cerca de vosotras se cometa un pecado. *¡Un pecado menos* es el principio de la gloria!

Si supieseis lo que es, en una casa y en un alma, *un pecado permanente*, y la ruina que produce este pecado en medio de la noche que ha introducido, y la lenta pero segura destrucción que obra en todas las facultades del alma...

¡Oh! Cómo os esforzariais con vuestras oraciones, con vuestra abnegación, con vuestros sacrificios, con vuestro más asiduo trabajo, con vuestros dolores más generosamente aceptados, con vuestra paciencia y vuestra dulzura en las contrariedades, cómo os esforzariais por detener, al menos momentáneamente, ese trabajo subterráneo é infernal, tanto más terrible y espantoso cuanto que no se manifiesta al exterior.

Un pecado más es quizá el último anillo que va á entregar para siempre un alma al demonio.

Un pecado más es Dios abandonado una vez más; Dios que volvía, pero á quien se hace comprender que importuna.—Es el odio creciente á Dios; es una llaga envenenada que puede ser que nunca cicatrice; es la alegría agotada; es el poder de amar extinguido; es el temor vago quizá, pero real y permanente, de un castigo presto á caer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y todo esto, ¡oh esposas!, ¡oh madres!, ¡oh hijas muy amadas!, todo esto podéis impedirlo haciendo que se evite un nuevo pecado. *Un pecado menos* es una dilación en el mal y una dilación en el castigo; y mientras sucede esta dilación, Dios tiene tiempo de volver y de ser oído.

En el siglo XVII, cuando los franceses arrojaban á los ingleses de Dunkerque, un oficial que se retiraba cubierta de vergüenza la frente, volviéndose hacia los vencedores les arrojó esta amenaza:

—*Pronto volveremos.*

—*Sí*,—respondió con calma un oficial francés,—*sí volveréis, pero sólo cuando nuestros pecados excedan á los vuestros.*

¿Por qué la justicia divina no castiga á esta ciudad, á esta casa?—Es que el número de los sacrificios y el de las buenas obras excede al de los crímenes.

¡A la obra, pues, almas generosas, mujeres

cristianas, que venís tan á menudo á alimentaros del cuerpo de Jesucristo!

Orad mucho, sí: orad mucho, pero obrad también.

¿Creéis acaso que, únicamente para agradar, Dios ha dado simpatía á vuestra voz y encanto á vuestra mirada? *No, es para conducir las almas á Él.*

Dios os ha hecho reinas del hogar; sabed, pues, mandar.—Pero reinas de parte de Dios; y á Él, á Él sólo debéis dar cuenta del empleo de vuestra autoridad.

XXI

Lo que da miedo á los santos.

El P. Lacordaire predicaba en Lyón.

«Nunca,—dice un historiador,—se había visto éxito semejante; rayaba en delirio. En un tiempo en que la Cámara y la prensa atizaban el fuego de las pasiones antirreligiosas, y trataban de sofocar bajo el desprecio el esfuerzo de resurrección monástica, *un monje*

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vestido como en la Edad Media, encadenando con su palabra lo más escogido de la población lionesa, renovaba en pleno siglo XIX las maravillas de los antiguos predicadores de la fe.

»Desde las cinco de la mañana, una multitud considerable invadía la iglesia metropolitana y compraba con siete ú ocho horas de espera la dicha de algunos minutos de elocuencia cristiana. ¡Era ésta tan arrebatadora, subía tan alto, lejos, muy lejos de las preocupaciones materiales, aquella elocuentísima palabra! Y cuando esta inmensa asamblea, excitada por el soplo inspirado del profeta, fermentaba y rugía, sólo el respeto del lugar santo comprimía con gran trabajo los murmullos de aprobación y los aplausos entusiastas.

»Una noche, después de una de sus más hermosas conferencias, en la humilde morada donde el P. Lacordaire se retiraba para orar y recogerse, sonó la hora del refectorio, sin que el Padre bajase de su celda; se le esperó largo tiempo; y no viendo venir á quien tan exacto era ordinariamente, un eclesiástico subió á su celda y llamó á la puerta. No respondiendo nadie á su llamamiento, entra y ve al P. Lacordaire al pie del crucifijo, con la cabeza entre las manos, absorto en una oración entrecortada por los sollozos; se acerca, y arrojándose en sus brazos le dice:

»—*Padre, ¿qué tenéis?*

»—*Tengo miedo;*—le dijo el religioso con el rostro bañado en lágrimas.

»—Miedo, Padre mío, ¿y de qué?

»—*Tengo miedo de mi éxito.*»

¿Pero el éxito da miedo? Sí: da miedo á los santos.

El éxito es el sol arrojando todo su calor abrasante sobre una flor delicada, que no pedía sino un rayo débil para abrirse.

El éxito es la lluvia del cielo cayendo á torrentes sobre el tallo que no tenía necesidad, para sostenerse, sino de algunas gotas de agua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El éxito es el licor generoso que, tomado gota á gota, eleva, reanima, fortifica, pero que, absorbido sin medida, embriaga, enerva y enflaquece.

¡Oh! Sin duda es necesario á la inteligencia, á quien Dios ha dado la misión de iluminar y de atraer, un poco de estímulo, como es necesario al corazón un poco de afecto; pero á una y á otro es necesario un aplauso delicado y moderado, una manera de decirle ¡gracias! sin que apenas se aperciban de ello.

Los santos han tenido miedo á tener mucho éxito en la tierra; les parece que es arrebatarles una parte de su recompensa en el Cielo el aplaudirles demasiado; y cuando el éxito les rodea con su aureola, y cuando el ruido y el renombre les persigue, tienen miedo, se esconden y exclaman: «*Señor, escondedme.*»

Su oración es el deseo de la violeta que pide al ángel de las flores, que le ofrecía una recompensa por el perfume que exhalaba: «*Un poco de hierba para ocultarme.*»

Si se quisiera saber cuál es en la tierra el alma más santa, se podría responder: «*La que hace más y procura esconderse más.*»

XXII

Un cristiano que se creía caritativo.

De rodillas ante un crucifijo, un anciano que sentía lenta pero progresivamente llegar la hora de la inacción, de las enfermedades y de la parálisis completa, decía dirigiéndose á Dios:

—Lo acepto todo, todo, ¡oh Dios mío! ¡tengo tanto que expiar! Pero, ¿no podriais, Vos que sois tan bueno, al aumentar mis dolores, dispensar á los que amo de las fatigas, de los disgustos, de los gastos que les va á imponer mi humillante situación?

Entonces le pareció que el crucifijo le decía: «¡Pobre! Ignorante de las cosas de Dios, tú no quisieras dejar á los tuyos otra cosa que dulces recuerdos.

—¡Ah, Señor! Me aman tanto, tienen ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tantas molestias materiales, que voy á ser para ellos un exceso de trabajo y de molestia. ¡Señor, excusádselo!

—Dices que te aman; pero qué poco los amas tú. ¡Pobre, pobre ignorante, si tú supieras qué tesoros de gracias les reservo por los cuidados que te prodiguen! En cambio de las largas horas que te sacrifiquen, de los negocios que descuiden y de la molestia que resulte de los gastos que hagan por ti, les reservo la paz del corazón, las alegrías del alma y la satisfacción interior del sacrificio, que son un gusto anticipado del Paraíso; y allá arriba, ¡oh!, cuántas gracias te darán por haber sido causa de su felicidad.

Si nada de esto quieres para ellos, acepto tu oración. Se verán privados de todo esto, y durante toda la eternidad te reprocharán por un afecto tan poco sobrenatural.»

El anciano bajó un momento la cabeza y se puso á llorar... Después, levantando lentamente los ojos á la imagen de Jesús crucificado, su mirada se detuvo un instante sobre

el rostro tan afligido de María, á quien su Hijo dejaba sufrir, y del fondo de su corazón salieron estas palabras: *Para mí y para todos aquellos que me aman, todo lo que queráis, Dios mío, todo.*

XXIII

Rezad vuestro rosario.

SENCILLA NOVELITA

I

Alicia era una de las jóvenes que más brillaban en París; rica, atractiva, por todas partes era festejada; y obteniendo todos los días estos pequeños triunfos de amor propio que embriagan, no podía permanecer encerrada: le era necesario brillar. Su vanidad se ponía en lugar de verdaderas necesidades y de legítimas obligaciones. Su madre comprendió demasiado tarde el mal que había hecho á su hija, y para hallar un remedio se alejó de París y la llevó consigo á una posesión campestre que había heredado. Alicia le dijo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

allí se moriría. Sin embargo no murió... pero se fastidió. Su madre le dijo un día:

—Estás muy pálida, Alicia, y por lo mismo deberemos permanecer aquí largo tiempo; pero advierte que nada roba tanto el color á las mejillas como el fastidio.

Esto era atacarla por el lado más flaco: *Ser menos bonita.* ¡Oh! Ella no quería ya fastidiarse; ¿pero cómo hacer?

II

Un día, hacia la mitad de la Cuaresma, su madre le dijo:

—Será necesario pensar en cumplir con la Iglesia.

Alicia hizo una mueca poco graciosa, y respondió:

—Es verdad.

Había en la aldea un párroco ya anciano, que venía algunas veces al castillo y traía siempre con graciosa sonrisa una de esas buenas palabras que son para las almas puras lo que el rocío para las plantas.

Su palabra, sin embargo, no entraba en el corazón de Alicia, que la juzgaba más propia para dirigir aldeanos que *almas... menos vulgares.*

Y, sin embargo, era necesario acudir á él para confesarse.

No sabemos lo que ella dijo en el confesonario, pero se alejó de él mordiéndose los labios.—Un resto de respeto le impidió dejar que se le escapase una sonrisa burlesca.

Su madre, inquieta, le habló del señor cura.

—Es un pobre hombre,—respondió ella.—A cada una de mis observaciones, me repetía: «*Rece el Rosario.*»—Y añadió en voz baja: «*Buen consuelo es rezar el Rosario.*»

Ella tuvo que volver á confesarse, y oyó el mismo consejo: «*Rece Ud. el Rosario.*»

Cumplió con la Iglesia; pero se resolvió á no volver á exponerse á este monótono estribillo, bueno sólo para las viejas: «*Rece el Rosario.*»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

A la vecina aldea fué á predicar el Mes de María un orador de renombre, y la madre de Alicia creyó que no podía rehusar á su hija el ir á consultarle.

Recibidas ambas con cortesía, la madre expuso el objeto de su visita.

—Pero,—dijo el religioso,—la señorita tiene en su párroco un guía que el Cielo le ha dado, y que, con preferencia á mí, ha recibido de lo alto la misión de dirigir su alma.

—Pero, Padre mío,—respondió con viveza Alicia,—él no me comprende, ni me responde, sino que á cada una de mis palabras no sabe otra cosa que oponer este consejo monótono y vacío de sentido: «*Rece Ud. el Rosario.*»

—¿Quiere Ud. que le cuente una historia, señorita?—dijo sonriendo el religioso.

«Conocí á un padre de familia que, obligado á permitir que su hijo fuese solo á París para cursar Derecho, y conociendo los peligros y tropiezos de la gran ciudad, al dar á su hijo el dinero necesario no le economizó los consejos.

»Entre ellos, uno era el que procuraba inculcarle con más ardor, por lo que se lo repitió varias veces.

—»Mira, hijo mío, añado á tu equipo este voluminoso libro que aquí leemos en familia: *La vida de los santos*. Yo lo he recibido de mi padre cuando tenía tu edad, y me ha preservado de muchos peligros. Prométeme leerlo, sobre todo en tus momentos de estrechez.

»El hijo prometió... pero los estudios y las diversiones le quitaron el gusto de *La vida de los santos*, y el volumen quedó en el fondo de su maleta.

»El dinero pronto desaparece en París... No tardó en faltarle al joven estudiante, que lo pidió á su padre pretextando la compra de libros muy caros, y el padre respondió: *Lee la vida de los santos*.

»Y cada vez que semejante demanda llegaba al hogar paterno, volvía á París la res-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesta invariable: *Lee la vida de los santos.*

»Ya el joven estaba fastidiado de esta respuesta irónica, y *La vida de los santos* permanecía inerte en el fondo de la maleta.

»Tomó dinero á préstamo, y aproximándose el día del vencimiento de sus obligaciones, confesó todo á su padre, esperando terribles reproches; pero nada... llegó el invariable refrán: *Lee la vida de los santos.*

»Esta vez tampoco hizo caso. Ya había vendido todo cuanto tenía, sus libros... excepto, sin embargo, aquella *Vida de los santos* que tanto interesaba á su padre; todavía estaba en el fondo de la maleta, de la cual también quería desembarazarse. Toma la *Vida de los santos*, la abre... ¡Oh felicidad! Encuéntrase en la primera hoja un billete de banco, luego otro y otro... que su padre, previsor, había colocado allí.»

IV

—Mi historia ha agradado á Ud.—dijo el

religioso sonriendo y mirando á Alicia, que bajaba la cabeza.

¡Quién sabe si, entre las cuentas de ese rosario que Ud. desprecia, se encontrará alguna preciosa perla!

Cuando esté Ud. sola, diciendo: *Dios te salve, María*, ¿no le parecerá que María la acompaña, y que está con Ud.?

Llamándola *llena de gracia*, quizá la vea usted *graciosa, amable*, laboriosa, caritativa, y se sentirá Ud. inclinada á parecerse á Ella.

Suplicándola que *ruegue por Ud.* sentirá Ud. que lo hace y será Ud. confortada.

Ea, pues, señorita, como su buen cura, yo la repetiré: *Rece Ud. el Rosario.*

V

No había pasado un mes de esto, y Alicia era la alegría de su madre, é iba gozosa á pedir á su Cura licencia para comulgar cada ocho días.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

Una antigua devoción que debe renovarse.

LA SANTA ESCOBA

Esta devoción ha sido introducida por un santo obispo, Mons. de Prilly.

En 1820 era Superior del Seminario menor de Aviñón, y viéndose servido por los demás, tuvo la inspiración de hacer por Nuestro Señor Jesucristo lo que hacen por sus amos tantos buenos y abnegados servidores, y hacerse materialmente el criado de Jesucristo.

Pero qué, ¿antes no lo era? ¿No era el escogido por Jesucristo para trabajar en su casa como él, en calidad de superior, había escogido su personal?

¿No estaba pagado por Jesucristo, como él, en calidad de superior, pagaba á los que desempeñaban los trabajos de la casa?

Todas las mañanas un criado iba á arreglar

su cuarto; ¿y por qué no iría él á arreglar el cuarto de Jesucristo, á barrer, á poner en orden el departamento que habita y que se llama *la capilla?*

Vedle, pues, convertido en doméstico de Jesucristo.

Y desde que se levantaba bajaba á la capilla, se revestía una sobrepelliz y se ponía á barrer, contento con tributar este servicio.

Nombrado obispo de Châlons, escribía á uno de sus sacerdotes, recordándole ese tiempo feliz en que era más dueño de sus actos:

«Pluguiese á Dios que mi vida se hubiera pasado, no en la grandeza actual, sino en barrer la santa casa del Señor. En ese tiempo lo hacía muchas veces. Yo había establecido la devoción de la *santa escoba*, como la llamaba. Esta devoción ha permanecido, y la iglesia ha ganado mucho en orden y limpieza. Ciertas gentes se burlaban no poco de mí: *El superior*, decían, *hace una cosa que no*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conviene. Yo les dejaba hablar, y seguía mi práctica en la que encontraba gran contento.»

-∞-

¿Quién sabe si este simple recuerdo no irá á despertar en favor de Jesucristo, cuya casa está tan á menudo entregada á manos mercenarias é irrespetuosas, un pensamiento de abnegación?

¿Quién sabe si en algún día de esta semana el cura de vuestra parroquia os verá llegaros á él, con un poco de timidez, á pedirle como una gracia barrer al menos el presbiterio?

¡Oh! Señoras, poned con santo orgullo sobre vuestros hermosos vestidos el delantal de la criada, é id á ser realmente las servidoras de Jesucristo.

Lo que no hariais por vosotras, lo que hacéis algunas veces con gusto y generosidad, en la bohardilla del pobre enfermo que visitáis, hacedlo por vuestro Señor Jesucristo.

Puede ser que en el último día, este acto de afecto filial y de piadosa humanidad que

el mundo ve con indiferencia ó desprecio, sea contado entre los actos más meritorios de vuestra vida.

XXV

El último recurso para conducir un alma á Dios.

Un sacerdote vió arrodillarse á sus pies á una mujer, en cuyo exterior todo anunciaba la opulencia.

—¡Padre mío,—dijo bañada en lágrimas y con acento que indicaba que estas palabras salían de un corazón profundamente conmovido:—padre mío, yo quisiera volver á Dios, pero no puedo, no puedo. El amor del mundo me domina, los placeres me seducen, mis pasiones me encadenan; padre mío, ¡tened compasión de mí!

He puesto en práctica la confesión frecuente, la comunión semanal, la meditación diaria... Y soy la misma siempre. Se me había dicho que un retiro me conduciría al bien; lo he llevado á cabo, y con todas las fuerzas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi alma he prometido á Dios pertenecerle... pero algunas semanas después volví á ser la que era.

—*Dad muchas limosnas*,—se me ha dicho:—*la limosna cubre la multitud de los pecados*. ¡Ah! La limosna no ha impedido mis muchas debilidades.

—«Rogad á la Santísima Virgen, á esta Madre de los desamparados; á la Santísima Virgen, á quien conmueven todas las lágrimas y que para todas las miserias tiene palabras de esperanza.» La he rogado, la he suplicado mucho; pero ¡ah!... Sin embargo, quizá María me trae á vos como último recurso.

Padre mío, ¿qué haré? ¿Qué medio de salvación me queda aún?

El sacerdote había escuchado en silencio, con las manos juntas y el alma recogida, y como respuesta á esta última pregunta: *¿Qué medio de salvación me queda?*—dejó caer esta sola palabra: *¡la desgracia!*

Se pasaron muchos días, y ella volvió; pero

sus vestidos eran vestidos de duelo, su rostro ajado indicaba que muchas lágrimas, lágrimas muy amargas habían fluído de sus ojos; volvió humillada, pero tranquila. Todo lo había perdido: familia, fortuna, posición. *En cambio había encontrado á Dios.*

¡Oh desgracia! ¡Angel aterrador para los ojos humanos! ¡Desgracia, mensajera secreta de la misericordia divina y de la última hora, tú á quien todos tememos, á quien todos quisiéramos alejar! ¡Ven, ven, prosigue hasta que hieras al alma extraviada y la lleves á Dios!

XXVI

La sembradora de lirios.

Gracioso nombre dado por *El Rosal de María* á una joven que pasaba la vida contenta, confiada y resuelta, derramando á Dios por todas partes, como la flor derrama su perfu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me, como la lamparita irradia su luz, como el hogar reparte su calor.

Tenía dieciséis años, y acababa de dejar los muros benditos del colegio para volver á entrar en el seno de la familia. La principal ciencia que había aprendido era *cómo se ama á Dios.*

Saber amar á Dios, es la ciencia que reemplaza á todas las otras; es la que da todas las demás. ¡Oh! ¡Si la hubieseis comprendido, madres que os quejáis de no ser respetadas por vuestros hijos!

El último día de su vida de colegio, al recibir la comunión, ella, hasta entonces tan indiferente en apariencia, se sintió vivamente impresionada, y llena de grande resolución dijo á Dios: «*Dios mío, os juro que trabajaré en ganaros almas.*»

¿Cómo? No lo preguntó. ¿Qué le importaba después de todo? Dios se lo diría.

Como respuesta á su generosa palabra, el

sacerdote, dando á las alumnas sus últimos consejos, les decía:

«Id, niñas, id á derramar en torno vuestro la semilla de la divina palabra que habéis recibido aquí. No seáis de esas flores artificiales que no encantan sino á los ojos: sed flores vivas, flores del Paraíso. Penetrad en las almas, y dejad en ellas de lo que hay en vosotras: una parte de Dios! *Sembrad lirios* en torno vuestro, y que, viéndoos, se sientan los demás atraídos á la virtud, á la piedad, al deber; *sembrad rosas* en torno vuestro, y que, viéndoos, sientan los demás inclinación á darse, á sacrificarse.»

Al oir esto, la joven se dijo en voz baja: «Yo seré sembradora de lirios.»

Al día siguiente de su llegada, pidió sencillamente á su madre permiso para ir á Misa todos los días.

—¿A Misa? Pero si no es domingo, hija mía.

—Mamá, déme Ud. ese gusto... No me privará Ud. de él, ¿verdad?

—Pero...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No hay peros que valgan; gracias, mamá.

Partió gozosa; la anciana nodriza de su madre, con quien se había concertado de antemano, la acompañaba. Así sucedió todos los días, y volvía del templo tan alegre, tan solícita en dar gusto á todos, que su madre se arrepintió de haberla contrariado.

Iba á hacer provisión de lirios...

El viernes sirvieron carne en la mesa. Allí, como en muchas otras familias, no se cuidaban de las leyes de la abstinencia.

—Mamá, prefiero comer de vigilia.

—Pero, hija mía, tu papá no puede hacerlo, yo tampoco, y tú estás muy débil.

—¿Yo? ¡Oh, no!... Y volviéndose á su padre:

—Papá, ¿me dará Ud. ese gusto?

Abrazó á su padre, que la miraba con ojos llenos de lágrimas de ternura. ¿Cómo hacer sufrir á aquella niña tan buena, tan sumisa, tan solícita?

Y á causa de ella se sirvieron dos platos

de vigilia todos los viernes, y la comida en ese día era más alegre que de costumbre.

La simiente de lirios comenzaba á germinar.

Eran los primeros días del invierno.

—Mamá, ¿sabe Ud. si los criados rezan?

—Si he de decirte verdad, no lo sé, hija mía.

—Entonces voy á enterarme. ¿No le parece á Ud. bien, mamá?

Y vedla corriendo, ligera y risueña, adonde los criados platicaban en corro junto á la chimenea.

—Vamos,—les dijo,—antes de acostarnos á rezar juntos una oracioncita; es muy corta.

Dijo esto con gracia tan encantadora, que ninguno pareció admirado; y luego, ¿cómo desairar á la que todo el mundo llamaba un ángel, y que siempre era buena, siempre amable para todos?

Rezó una corta oración, dijo alguna palabrita acerca de Dios, y añadió un *buenas no-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ches tan gracioso, que todo el mundo quedó encantado. Volvió al día siguiente, y luego todos los días.

Un mes después dice á su padre:

—¡Oh! ¡Si supiese Ud., papá, qué buen ratito se pasa allá abajo, en la cocina! Venga conmigo.

Diciendo esto, toma á su padre de la mano y le lleva á la cocina; y este hombre de mundo se siente allí conmovido y dichoso por el ascendiente de su hija.—Salió de allí con lágrimas en los ojos.

A este punto ha llegado su éxito, y quiere más todavía.

¡Oh! Continúa, amable niña; continúa yendo todos los días á renovar durante la Misa y en la comunión tu promesa *de ganar almas para Dios*.

Continúa *sembrando lirios*.

¡Animo! Tu padre y tu madre no resistirán mucho tiempo á tu influencia, y darán gracias

á tus maestras, *que sobre todo te enseñaron á amar á Dios*.

XXVII

Dejad que obre Dios. Dios no obra mal.

¿Quién es el que ha venido á murmurar dulcemente á mi alma esta palabra de paz, de esperanza y de amor?

¡Bendita seas! ¡Amada voz que me la traes!

Bendito seais sobre todo, Vos. ¡Oh Dios mio, que me la habéis enviado en la hora en que me sentía próximo á sucumbir al desaliento, á la murmuración quizá contra Vos, ¡oh Señor!, ¡oh Padre tan bueno y tan amoroso!

¡Oh! ¡Cuán tranquilizadora, cuán dulce es esta palabra al corazón, palabra tan sencilla cuanto verdadera, que yo jamás había oído:

Dejad obrar á Dios; Dios no obra mal.

No, no, pobre alma mía, pobre alma que tiemblas á vista de esta prueba que viene á ti

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amenazadora, como tiembla el enfermo á la vista del cirujano que á su vista prepara los instrumentos con que va á hacerle una incisión dolorosa: *No, no, Dios no te hará mal.*

Déjale obrar; es muy bueno Dios, y Él es quien con sus manos divinas prepara el instrumento que debe curar una llaga que tú no ves, pero que poco á poco te iría quitando la vida.

Y á este instrumento, criatura humana, algunas veces malvada, las más ligera y engañada, no permitirá que hinque su punta acerada sino en cuanto sea necesario para curarte.

Y allí estará presente, Él, el hábil operador. Él, siempre seguro de lo que hace, siempre misericordioso, estará allí teniendo en una mano el instrumento del dolor, dirigiéndolo, conteniéndolo, y con la otra sosteniendote á ti, pobre enfermo. Él estará allí llorando contigo en vista de las lágrimas que se ve obligado á hacerte derramar.

¡Oh Jesús! Esto es lo que habriais hecho si, cuando estabais sobre la tierra, hubiera acudido á Vos, como vengo ahora, temeroso, ansioso, temblando por la desgracia que ahora me amenaza y gritandoos *¡Evitádmela!*

Decidme que sois Vos quien me envía esta prueba.

Vos, que, durante todo el tiempo que pese sobre mí, estaréis á mi lado.

Vos, cuya mano paternal no dejará un solo instante entregada á su malicia ó á su ligereza á la criatura que os sirva de instrumento.

Y cierro los ojos; y arrojándome en los brazos de la Santísima Virgen María, dejo que Vos obréis.

¿Y después?... Después... Lo que hayáis previsto, lo que hayáis ordenado, ¡oh Dios mío! Sea el abandono, sea la pobreza, sea el desprecio, sea larga y humillante enfermedad...

¡Pero con esto la paz, la sumisión; siempre la acción de gracias al través de las lágrimas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Y después?... El Cielo con Vos, ¡oh Dios mío!

XXVIII

La caída de las hojas.

Caen las hojas amarillentas, aun cuando la atmósfera está dulce y en calma y ni el menor viento las sacude.

Caen porque no tienen savia; hacen un ruido apenas perceptible al arrancarse del árbol, y nada más; quedan en el suelo mientras el viento no las dispersa ó el pie del viandante no las reduce á polvo.

Siempre esta caída de las hojas produce en el alma cierta melancolía. El pobre corazón humano siente que en su vida sucede algo de lo que sucede en el árbol de la selva.

En la primavera todo verdea, todo se abre, todo florece; el cuerpo, la inteligencia, el corazón. ¡Es tan azul el cielo que entonces nos rodea, tan brillante el sol que nos sonríe, tan

fecunda la vida que nos anima, tan graciosos los vuelos de la ilusión que nos rodea!

Pero qué, ¿esto no debe durar siempre?... *¿Siempre?...* Palabra engañadora que debería borrarse del lenguaje de los hombres que no saben mirar al Cielo. Viene el otoño. Dejemos á un lado el rosa que en las mejillas palidece, y los negros cabellos que empiezan á verse salpicados por finos hilos de plata; no miremos sino caer las ilusiones de la juventud.

—

¡*Amistades de los primeros días*, tan frescas, tan dulces, tan vehementes, que tanta alegría procurabais y parecía que ibais á ser eternas! ¡Tan insensiblemente se borran, como el día en el último crepúsculo; es la muerte, es la separación, es la indiferencia la que causa esta muerte, y el corazón queda triste, desanimado: *¡hoja caída!*

Protecciones con que contábamos y de las que se decía: *he aquí el apoyo de mi debilidad.* ¡Se han retirado, resfriado quizá á causa de nuestra misma desgracia, y henos aquí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abandonados á nuestras propias fuerzas: *¡hoja caída!*

¡Resoluciones de trabajar, de ser constantes en la piedad, tomadas con tanto calor y tanta sinceridad..., abandonadas luego, despreciadas, dejando al alma sin dirección y sin calor! *¡Hoja caída!*

Sueños de un porvenir lleno de abnegación, de celo y de felicidad... ¡Oh, cuánto bien deseábamos hacer! ¡Cuán poco nos importaba derrochar con esta mira la fortuna, las fuerzas, la inteligencia! ¡Cuántas decepciones han dispersado á estos deseos, como el viento dispersa las doradas nubes del cielo, dejando en su lugar una vida sombría y sin porvenir! *¡Hoja caída!*

—

¡Animo, pobre corazón mío! Tú no eres el árbol que sólo ve caer sus hojas; eres también el árbol que reverdece; pero deja que perezca esta savia inferior, á la que seca el viento de la tempestad, y ábrete á la savia de

lo alto que te trae la oración, y á la que mantiene viva y fecunda la santa Eucaristía.

XXIX

Receta infalible contra una terrible enfermedad.

Esta enfermedad terrible se llama flojedad.

¿Quién de nosotros no se ha visto repentinamente acometido por cierto relajamiento moral, que lentamente enervaba esos resortes interiores que nos tienen de pie, firmes y dispuestos á obrar?

¿Quién de nosotros, anteun trabajo que pedía un poco más de constancia de la que ordinariamente solemos emplear, algo más de cuidado, un poco más de sacrificio, no ha oído una especie de voces dulces y encantadoras que murmuran por lo bajo: «*Tú no puedes hacer esto: es demasiado penoso; tú no lo sabes hacer: es demasiado difícil; déjalo para más tarde, que no urge, etc.?*

¡Ah! ¡Tengamos mucho cuidado! Estas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

voces no son solamente sonidos que pasan; son soplos de maldad que destruyen todo, en dondequiera que penetran; energía de carácter, delicadeza de conciencia, actividad de la inteligencia, abnegación del corazón..., todo desaparece poco á poco bajo la influencia de la flojedad, y desaparece dejando apenas el remordimiento.

¡Oh! ¡Qué terrible dolencia es la flojedad! Ella corroe en nuestro interior lo que hay más divino en nosotros: *la voluntad;* como la filoxera, roe la raíz de la vid y le quita el jugo, y después de un tiempo más ó menos largo, la voluntad queda en cierta manera dislocada.

No sabe ya *querer*. — Querer es ponerse en presencia del deber, emprenderlo con energía, continuarlo hasta el fin.

No sabe *resistir*. — Resistir es trabajar sin detenerse por las dificultades, por la falta de aplausos, por la falta de consideraciones, por la falta de éxito.

No sabe *rehacerse*... — Rehacerse es levantarse después de un momento de olvido; es animarse, es sobreponerse á sí mismo.

Ella *se deja ir*, permanece somnolienta ante el deber, sonriendo con sonrisa sin vida, y murmurando: *¡no puedo, no puedo!*

¿Qué responder á esta palabra?

Nada, sino poner manos á la obra aunque tuviéramos que sudar sangre. Y si parece que las fuerzas van á faltarte, si parece que ese deber te va á agobiar, alma cobarde y muelle, haz resueltamente esta pregunta, algo fiera quizá, pero cuyo poder comprenderás si la flojedad no te ha gangrenado por completo todavía:

Si dentro de un cuarto de hora, á causa de este deber, cuya dificultad me espanta y que no me puedo decidir á comenzar, debiera ser azotado sin piedad, ¿permanecería así inactivo y perezoso?

Respóndeme: ¿qué dice tu conciencia?

¿Por qué, ¡oh Dios mío!, no hacéis vibrar algunas veces en nuestros oídos el silbido del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

látigo que tenéis en la mano, y con el que arrojasteis á los vendedores del templo?

—¡Oh mi antiguo maestro!—decía un capitán de navío á un marinero que le estrechaba entre sus brazos temblorosos á la vuelta de un largo viaje.—Doy á Ud. gracias por los azotes dados al obstinado grumete que cobardemente se negaba á subir á lo alto de los mástiles.

En la *Divina Comedia* de Dante, el poeta encuentra en el infierno un grupo de precitos atormentados horriblemente, y en cuya frente no vió escrito, como en la de los otros, el nombre de los pecados que habían cometido.

—Maestro,—dijo al que le conducía,—¿qué han hecho éstos para merecer tales sufrimientos?

—*Estos*,—respondió el guía mirándolos apenas,—*no han hecho ningún bien: son los flojos*.

¡Oh! ¡No hacer el bien! ¡Vivir en la inacción, la pereza, la ociosidad, la somnolencia, cuán triste debe de ser! ¡Y qué castigo tan terrible se prepara para expiar esta larga serie de deberes descuidados!

XXX

El premio de Catecismo.

Había acabado la fiesta escolar; los premios se habían repartido, y los niños abandonaban la escuela radiantes de alegría con su corona de laureles dorados.

La fiesta, sin embargo, va á continuar en la casa; cuando hay niños que se juzgan felices y están contentos, es muy fácil poner la casa en pie de fiesta.

Uno de ellos, que apenas contaría diez años, tenía en la mano, y enseñaba á toda la familia reunida, su premio único, *el premio de Catecismo*.

—Oh cuánto te quiero, hijo mío,—dijo la abuelita llorando de emoción.

—Yo también estoy contento,—dijo el pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre;—¿pero nada más que esto has traído? ¿nada más que *el premio de Catecismo?* ¿Y el premio de Historia, y el de Aritmética? Esos, hijo mío, me dejarían más contento y te serían más útiles, porque, al fin y al cabo, tu premio de Catecismo apenas te ayudará para los exámenes que has de sufrir, porque, mira, el Catecismo no abre ninguna puerta para el porvenir.

El niño cesó un instante de sonreir, y abriendo desmesuradamente los ojos como si de allá arriba llegase á él una luz, y con acento grave que á todos admiró, dijo á su padre:

—*Se engaña Ud., papá; el premio de Catecismo me abrirá las puertas del Cielo.*

Gracias, tierno niño, por la lección que á tu padre y á todos nos has dado. Llegará un día en que de tu memoria, de esa memoria donde se amontonan tantas y tantas cosas, pasará todo ese saber humano, como pasan los monumentos levantados en la arena después que ha soplado la tempestad, y no quedará allí, para responder al examen que hará

Dios de la conciencia, otra cosa que las lecciones del Catecismo.

XXXI

Á propósito de dotes.

¿Quién no ha oído repetir con frecuencia esta frase trivial: *Ella no tiene dote; será difícil colocarla?* Y al oirla, ¿quién no ha sentido que en su interior hay una voz que se subleva contra este mundo horriblemente material, que hace de una cosa tan santa como el matrimonio una operación comercial?

Y, sin embargo, pues que es necesario tener de qué vivir, la dote es necesaria.

Pero hay *dotes* además de los de la fortuna, dotes tan valiosos como los de dinero, más preciosos que los del dinero, y sobre todo, más que el dinero al abrigo de los golpes de la fortuna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un padre que quería casar á su hija, decía llanamente que la daba en dote veinte mil duros.

Los pretendientes corrieron desalados... por la dote quizás, y el padre sonreía maliciosamente al oir sus afectuosos apresuramientos.

Él no se corría, examinaba y esperaba.

Entre los más asiduos pretendientes, el padre se fijó en uno que le pareció menos entusiasta y menos fatuo que los otros: *Parece que éste tiene buen fondo,* se decía por lo bajo. Era un comerciante activo, inteligente, laborioso.

El padre, recibiéndole en una ocasión:

—¿Quiere Ud.,—le dijo,—que hablemos en confianza acerca de la dote de mi hija?

—Pero eso no urge,—dijo el joven conmovido y contento.

—No importa. Así sabrá Ud. mejor lo que hace. Mire Ud. aquí la nota completa.

El papel mencionado contenía estas cifras, que el padre leyó acentuándolas:

	Pesos.
Educación esmerada, espíritu recto, buen sentido.....	4.000
Nada de coquetería, gusto delicado aunque algún tanto severo; nada de ilusión ni entusiasmo por las modas.....	4.000
Regularidad en las prácticas religiosas.—Economía, orden.—Mujer de casa.....	6.000
Ninguna afición á bailes ni espectáculos, prestándose á las conveniencias pero no saliendo nunca de los límites del deber.....	2.000
Laboriosa y honrada, pudiendo hacer de modista y de costurera en caso de necesidad, y pudiendo en todo caso dirigir á éstas....	2.000
En efectivo.....	2.000
SUMA.....	20.000

Y estos dos mil pesos en efectivo valen más que una fortuna con los defectos contrarios á las cualidades que yo garantizo en mi hija. Y no hablo de la abnegación de que se siente capaz, porque un padre se hace siempre ilusión sobre eso; pero me consta que ve en el matrimonio algo divino.»

El joven, por lo pronto, se desorientó, pero tenía buen sentido; comprendió la lección, se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casó con la hija, y se dice que jamás se arrepintió.

XXXII

Almas que caminan con dulzura y seguridad hacia el Cielo.

Son las almas fieles, que cada mañana encuentran trazado el camino que tendrán que recorrer, y que lo siguen en paz.—En él hay un poco de fatiga, un poco de aniquilamiento; cansa y consume ese trabajo cotidiano y material, pero caminan siempre procurando sonreir, porque en este largo camino ven escrito en todas partes: «*Dios lo quiere.*»

Son las almas que saben sacrificarse sin ruido ni ostentación, y no recogiendo en torno suyo otra cosa que el olvido, muchas veces la ingratitud, algunas el desprecio. Apenas se sabe que existen, y, sin embargo, en una casa todo se sostiene por ellas; se contentan con decir dentro de sí: *Hay quien sea feliz por mi causa.*

Son las almas que tienen sed de celo, de justicia, de apostolado, y no atreviéndose ó no sabiendo hacer nada por sí mismas, dan á los demás la ocasión y los medios de obrar, por los que se hacen cerca de ellas muchos bienes. Jamás el mundo se los agradecerá, pero se contentan cuando les parece que Dios les dice: *¡ Yo lo sé!*

Son las almas que se creen realmente nulas porque, habiendo agotado sus fuerzas en el bien, están completamente olvidadas.—Ellas parecen ser un *estorbo* porque piden cuidados y exigen gastos que no se les reprocha sin duda, pero que sienten pesar sobre los demás. Ellas ruegan y esperan pacientemente su libertad, y á causa de ellas Dios detiene la rudas pruebas que se disponía á mandar á la casa que las abriga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII

El genio de un sombrero color de rosa.

CUENTO SEMISOBRENATURAL

Madre é hija están sentadas cerca de una elegante mesa de trabajo.

Sobre la mesa hay un gracioso sombrero color de rosa, que la niña mira con una de esas sonrisas que hablan.

Lo toma con suavidad, lo pone en su cabeza, y con cierta coquetería dirige una rápida mirada al espejo, ardiendo en deseos de preguntar á su madre: *¿soy bonita?*

La madre sigue con el *rabillo del ojo* todas estas maniobras, y se entristece.

¿Acaso ha visto al demonio de la vanidad deslizarse en el alma de su hija?

—Mamá, ¿es verdad que en el mundo hay genios buenos y malos?

—Sí, hija mía.

—¿Como en los cuentos de hadas?

—Sí.

—¿Tú los has visto alguna vez?

—Alguna. No hace mucho tiempo que sentí un frotamiento de alas que me ha hecho estremecer.

—¡Ay!—exclamó la niña avergonzándose un poco sin saber por qué;—pero, mamá, ¿cómo has conocido que hay un genio aquí?

—Mira, hija mía.

Y la madre, inclinando su frente pura, señaló con el dedo un pliegue apenas perceptible que en ella se había formado.

—¿Ves este pliegue? Suele llamársele una arruga, pero su verdadero nombre es *experiencia*, y cuando yo la oprimo, me muestra todo lo que pasa en ti y alrededor de ti.

—¡Ay, mamá!

—Espera,

Y tocando su frente, dijo misteriosamente:

—No estamos solas aquí

—Qué, ¿hay alguien?

—Sí; hay genio, un genio malo, y está en tu sombrero color de rosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La niña puso instintivamente su sombrero sobre la mesa.

—Yo te había dicho que no escogieras este sombrero,—continuó la madre afectando indiferencia;—yo quería para ti un color más modesto y unos adornos menos chillones; pero te pusiste á llorar, yo te dejé obrar, y ahora...

—¿Y ahora?...

—Ahora ese genio malo, que tu falta de sumisión á los deseos de tu madre ha hecho venir á tu sombrero color de rosa, va á comenzar su obra.

¿Sabes lo que va á hacer poco á poco?

Te inducirá á ocultarte á las miradas de tu madre.

Hará á tu espíritu desatento á sus lecciones.

Hará de ti una egoistilla.

Pondrá en tus labios una sonrisa burlesca para tus compañeras menos bien vestidas que tú.

Cerrará tu corazón á las súplicas del pobre.

La niña bajó la cabeza, y su mirada se fijó con recelo en su sombrero color de rosa.

La madre reanudó su tarea de costura.

Hubo unos minutos de silencio.

—Mamá, ¿por qué no mandas cambiar mi sombrero por otro que sea de tu gusto?

—Sí, hija mía,—le respondió la madre abrazándola y besándola.

Algunas horas después traían los criados un sombrero más sencillo, que no por eso dejaba de ser gracioso.

—En éste al menos no habrá un genio malo,—dijo la niña.

—No,—respondió afectuosamente la madre;—hay uno bueno, que hará de ti una hijita piadosa y amable; se llama: *obediencia*.

—¿Y cómo se llamaba el genio malo del sombrero color de rosa?

—Se llamaba *coquetería*.

Historia infantil, es verdad, pero historia que comienza la larga serie de todas aquellas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que componen nuestra vida y ejercen su influjo sobre ella.

Ese genio malo, digamos la palabra cristiana, ese demonio á quien se ha dado voluntariamente entrada en el alma en los primeros días, en esa época en que es tan impresionable, aun cuando no hiciera otra cosa que pasar, aun cuando no hubiera dejado sino una ligera impresión mala y arrojado una imperceptible semilla de vanidad, de sensualidad, de curiosidad malsana, ¿creéis que ese simple contacto no tendría influencia en la vida?

¡Ah! Una vez que el demonio ha enseñado el camino á un alma, se puede decir que ésta no lo olvida; y el alma á quien el demonio ha tocado una vez, ha recibido con ese contacto una herida que podrá, sí, cicatrizarse, pero quedará siempre en extremo sensible.

Nosotros, que ya somos viajeros fatigados del largo camino que hemos recorrido, ¿no tenemos acaso el recuerdo de una primera é insignificante falta que después ha

sido seguida de una larga cadena de pecados?

¡Ah! Cuán cierto es que las primeras impresiones son indelebles.

Los primeros objetos que han atraído nuestras miradas, ¡qué bien se han grabado en nuestra alma, y permanecen en ella tan clara, tan distintamente como cuando por primera vez los vimos!

Los primeros grabados que vimos, el primer libro que leímos, la primera canción que tarareamos, ¡qué huella tan profunda han dejado en nuestra imaginación!

«Cuando quiero recoger mis pensamientos y poner un freno á mi imaginación,—decía un anciano en su lecho de muerte,—siempre, siempre acude á mi memoria un inepto y sórdido estribillo que me enseñó una criada cuando apenas tenía cuatro años.»

Madres, ¿qué hacéis, pues, de vuestra experiencia cuando ponéis á la vista de vuestros hijos curiosos *esos periódicos ilustrados, esos álbums abundantes en grabados licen-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciosos, sin pensar que el demonio se desliza en su alma? ¿No teméis que, si algún día os quejáis á Dios de su mala conducta, Él os responda: *Ese mal que ellos hacen vosotros se lo habéis enseñado?*

XXXIV

Una visión infernal.

Es un cuadro sumamente lúgubre el que va á desarrollarse á vuestros ojos. Trazado hace medio siglo por la pluma de un ángel caído, nos ha parecido conveniente recordarlo ahora que ha llegado á ser una *realidad* lo que entonces sólo era una *visión*.

Sólo que para más seguridad ponemos al principio estas palabras que fueron dichas á un justo que velaba y oraba ante la cruz:

ADORA, SUFRE, ESPERA

«Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la Tierra como una cubierta de mármol negro sobre una tumba. Y nada turbaba el silencio de esta noche, á no ser un ruido extraño como un aleteo ligero que á veces se oía sobre los campos y las ciudades.

»Entonces las tinieblas parecían más espesas y todos sentían su alma llena de pavor, y un frío glacial corría por las venas.

»En una sala tapizada de negro é iluminada con una lámpara rojiza, siete hombres repugnantes y terribles estaban sentados sobre otras tantas sillas de hierro. Tenían escrito sobre la frente el nombre de los pecados capitales: cada frente tenía con preferencia el nombre de uno de estos siete pecados, y luego los de todos los demás. El ojo humano no podía distinguir si eran demonios ú hombres poseídos del demonio.

»En medio de la sala se alzaba un trono hecho de osamentas humanas: al pie del trono, á guisa de escabel, había un crucifijo derribado de su peana; delante del trono una mesa de ébano, y sobre ella un vaso lleno de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

roja y espumosa sangre, y un cráneo humano.

»Los siete hombres parecían pensativos y tristes, y del fondo de sus hondas órbitas sus ojos dejaban escapar de cuando en cuando chispas de fuego lívido. Uno de ellos se levantó, se acercó vacilando al trono, y puso el pie sobre el *crucifijo*.

»En este momento sus miembros temblaron, y se sintió desfallecer. Los otros le miraban inmóviles, no hicieron el menor movimiento; pero no sé qué pasó sobre su frente, y una sonrisa que no era de hombre contrajo sus labios.

»Y el que parecía próximo á desfallecer extendió la mano, tomó el vaso lleno de sangre, la vertió en el cráneo y bebió.

»Esta bebida parece que le fortificó, y alzando la cabeza, salió de su pecho este grito, semejante á un sordo trueno:

»—¡Maldito sea Cristo, que nos ha quitado la libertad de la carne y la libertad del pecado!

»Los otros seis hombres se levantaron á la

vez, y á la vez profirieron con el mismo grito:

»—¡Sí, maldito sea Cristo, que nos ha quitado la libertad de la carne, la libertad del pecado!

»Después de esto se volvieron á sentar en sus sillones de hierro, y el primero dijo:

»—Hermanos míos: ¿qué hacemos para recobrar nuestra libertad y destruir el reinado de Cristo? Donde Él reina nosotros no podemos reinar, y nuestra causa es la misma, porque un pecado está ligado con los demás pecados. Que cada uno proponga el consejo que le parezca bien. He aquí cuál es el mío: Antes que Cristo viniera, ¿quién nos estorbaba en nuestras concupiscencias y lujurias? Su religión nos arrebató la libertad. Reconquistemos la libertad y abolamos la religión de Cristo.

»Y el segundo se adelantó hacia el trono, tomó el cráneo humano, derramó sangre en él, la bebió y dijo en seguida:

»—Para abolir la religión de Cristo es ne-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cesario quitar á los hombres la verdadera ciencia, que conduce á Cristo. Ponderemos el precio de las ciencias, recomendemos la difusión de las luces, multipliquemos los métodos de enseñanza, y sobre todo, confiemos las escuelas á los maestros de la iniquidad. Así es como podremos abolir la verdadera ciencia.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: destruyamos la verdadera ciencia!

-✻-

»El tercero, haciendo lo que los otros, se levantó y dijo:

»—Cuando hayamos abolido la religión de Cristo y corrompido las fuentes de la verdadera ciencia, habremos hecho mucho; pero nos quedará mucho aún que hacer. Es necesario propagar en cada pueblo los vicios y los desórdenes de todos los demás pueblos, y así haremos de todo el mundo un solo país absolutamente nuestro, de todo el género humano una sola cloaca.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: hagamos del mundo entero una sola cloaca, de todos los pueblos un solo pueblo de malvados!

.....

-✻-

»Después de beber sangre el sexto, dijo:

»—Yo reconozco la utilidad de vuestras proposiciones; pero para arrancar la probidad al corazón de los hombres es preciso embriagarles de placer. Multipliquemos los goces del cuerpo; concedamos á los artífices de placeres sensuales el nombre y las coronas de la virtud; pervirtamos el juicio, y luego pervertiremos el corazón del hombre.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: pervirtamos por el placer el juicio y el corazón del hombre!

»Entonces el séptimo, habiendo bebido como los otros en el cráneo humano, puesto el pie sobre el crucifijo habló de este modo:

»—Nada de Cristo; muerte al infame, y guerra eterna entre él y nosotros. ¿Pero cómo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alejar de Él á los pueblos? Mientras que haya templos, altares y sacerdotes de Cristo, vana esperanza. Escuchadme: derribemos los templos, disipemos el patrimonio del altar y persigamos á los sacerdotes. No habrá quien sostenga los derechos de Cristo, ni le haga presente al recuerdo de los pueblos. El pueblo será un rebaño sin pastor, seguirá nuestra voz, y reinaremos sobre los templos destruídos y los pueblos depravados.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: destruyamos los templos, disipemos el patrimonio de los altares y persigamos á los sacerdotes!

»De repente, la lámpara que iluminaba la sala se apagó, y los siete hombres se separaron en las tinieblas.

»Un alma justa que oraba en este momento, oyó una voz que le decía: *El consejo del impío perecerá. Adora, sufre, espera.*»

Sí; espera, tú que velas y oras. Sobre todo,

ora: cerca de ti y contigo, Dios vela. Dios omnipotente, que permite al malvado triunfar sólo una hora, pero que sabrá, de la malicia de esas almas perversas y de tu dolor soportado por ti fuerte y piadosamente, hacer que resulte gloria para Él, señor de todo, y para ti la calma y la paz.

Espera, sufre, ora. La salvación está próxima.

XXXV

Acude á Dios.

¿No os acordáis de esta palabra que una madre cristiana decía siempre á su hijo cuando le veía triste, silencioso, preocupado: «¿Acude á Dios?»

¡Nosotros hemos recordado esta palabra tan sencilla, que sabemos ha dado paz y confianza á muchas almas y les ha hecho dulces las relaciones mutuas, y pacíficas las agitaciones de la vida!

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh! Si fuese mejor comprendida, ¡cómo acostumbraría á esa vida sobrenatural, que nos hace obrar bajo la dependencia de Dios, haciéndonos ir sencilla é instintivamente á Dios, como se va instintivamente á un protector, á un médico, á un abogado!

Se nos pide que la volvamos á decir.

Pues bien; sí, id á ver á Dios, á Jesús en la Eucaristía antes que á ningún otro, pobres madres inquietas sobre el porvenir ya espiritual, ya material de vuestros hijos; id á pedirle los medios de salir con éxito en vuestro empeño, preguntadle por las personas á quienes debéis ver, los pasos que debéis dar. Dios sabe todo esto y puede decíroslo.

Id á ver á Dios antes de intentar nada. *Sacerdotes*, *Religiosos*, *Directores*, y vosotros todos los que como el sacerdote, aunque en grado inferior, tenéis lo que con tanta verdad se llama cargo de almas, y que sentís que los que os han sido confiados escapan á vuestra influencia.

Carecéis de recursos, no sabéis cómo conducir al deber y á la piedad á esas almas que tanto amáis.

Acudid á Dios; Dios os dirá lo que os conviene hacer.

Vamos muy poco á consultar á Jesús en el santuario silencioso donde da sus audiencias.

Poco tiempo permanecemos cerca de la Sagrada Eucaristía, recibiendo la luz que de ella irradia, dejando penetrar nuestra alma de la gracia que de allí perpetuamente brota, como perpetuamente se escapan del hogar dulces y calientes emanaciones.

¿Acaso el fruto escogido no se expone á los rayos del sol para que madure y tome color? ¿No se expone al rocío de la mañana un tejido delicado para hacerlo más blanco? ¿No ponemos en presencia de un libro, donde están encerrados, invisibles á los ignorantes, los pensamientos de una inteligencia superior, nuestra propia inteligencia, para que se ali-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente de esos pensamientos, y que por ellos y con ellos se engrandezca?

¡Cuántas veces se ha visto, á las almas que viven con la vida sobrenatural, tomar notas al pie del tabernáculo como si Dios les dictase, y con admirable tranquilidad irse á transcribir lo que aprendieron en la escuela del Maestro!

¡Cuántas veces, debiendo tomar una pronta decisión, dar un consejo, comenzar una empresa, sufrir una pena nueva que viene á añadirse á las antiguas, se les ha oído decir sencillamente: «voy á consultar»; y vedlas ante el altar, con el rosario en la mano, rezando piadosamente una decena de ese rosario que les permite llevar á la Santísima Virgen con ellas, á fin de ser mejor acogidas, y después de cada *Avemaría* decir humildemente: *Domine, quid me vis facere? Señor, ¿qué queréis que haga?*

¡Cuántas veces se las ha visto, no sólo ir á leer delante de Jesucristo, sino ir á leer á Jesucristo las cartas que recibían, y no irse á escribir la contestación sino después de algunos minutos de meditación!

¡Oh, si nosotros supiésemos poseernos con mayor paz!

¡Si llegásemos á enseñorear en nosotros esa actividad febril que nos hace obrar con tanta impetuosidad!

Si viviésemos más íntimamente en la compañía de Dios, ayuda y compañero de nuestra vida, ¡cuántas penas nos evitaríamos! ¡cuánto bien haríamos!

No es con el apresuramiento con lo que se hace el bien: *Dios jamás se apresura*, ni viene prontamente en ayuda de los que quieren precipitar su acción.

«Yo creo, dice Donoso Cortés, que los que oran hacen más en favor del mundo que los que combaten, y que si el mundo va de mal en peor es porque hay más batallas que oraciones.» La verdad de esta palabra se ve prácticamente en las familias. «Si pudiésemos pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

netrar en los secretos de Dios y de la historia, —añade el mismo gran pensador,—estoy seguro de que nos admiraríamos de los prodigiosos efectos de la oración aun en las cosas humanas. Para que una sociedad esté en reposo, es necesario que haya cierto equilibrio, que sólo Dios conoce, entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la vida activa. Mi convicción en este punto es inquebrantable: creo que si hubiese una sola hora de un solo día en que la tierra no enviase alguna oración al cielo, esta hora sería la última del universo.»

XXXVI

Historias contadas por el viento.

HORAS DE INSOMNIO

¿Habéis escuchado alguna vez al viento, que con su voz estridente, ya lúgubre, ya melancólica, se hace oir en vuestra morada durante las frías noches del invierno?

Si esta noche muge más violento y terrible, y os tiene despiertos, no os ocultéis, palideciendo por el terror, en el fondo del lecho que os abriga bajo sus finas envolturas.

El viento de invierno es también mensajero de Dios; y su voz, que algunas veces parece llanto y otras demanda auxilio, tiene la misión, en las horas silenciosas de la noche, de contaros lamentables historias y daros útiles lecciones.

Oid: es un murmullo prolongado. El viento gime tristemente como un desgraciado que llora y suplica:

«Yo vengo de la bohardilla del pobre; su hogar está sin fuego, resquebrajadas las paredes, tieso por la escarcha el mal jergón en el suelo, y sobre él he visto á un niño casi desnudo, y á una mujer que tiritaba, gimiendo en voz baja, y procuraba calentar á su hijito... Esos son los gemidos que pretendo hacer oir.

»Deja, deja que tu imaginación recorra tu morada, tan recargada de mil y mil futilida-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des, y mira si puedes llevar mañana algún mueble ya usado á una pobre casa y un poco de leña á una chimenea apagada.

»Mira si en tus roperos, donde se amontona tanta ropa, no podrás hallar algún vestido pasado de moda...

«¡Oh, si supieras á cuántos harías felices con lo que te sobra y te es inútil, y aun te estorba!»

-x-

No es ya el susurro que entristece; es el sordo mugido, es la voz terrorífica de la tempestad:

«Allá abajo, en medio del Océano, he dejado un navío perdido entre el cielo y el agua: los marineros inquietos, los pasajeros penetrados de temor, y lejos, muy lejos, sobre las playas bretonas, una mujer á quien espantan mis lúgubes silbidos: es la madre del grumete que está sobre el mástil, próximo á romperse; es la madre que llora y reza. ¡Oh, reza con ella! ¡Ellos no tienen más que á Dios!

»Reza también por esos otros abandonados en el océano que se llama mundo.

»Yo he visto, acurrucado en el rincón más apartado de una calle desierta, á un anciano rechazado de todas partes. ¡Tampoco tiene más que á Dios, como no tenía más que á Dios aquel anciano que en otro tiempo era rechazado desdeñosamente en compañía de su pura esposa por los habitantes de Belén!

¡Implora en su favor, con tu oración, el auxilio de su único recurso, Dios!

-x-

Escucha; es un gemido prolongado como un suspiro sin fin:

«Acabo de pasar sobre los sepulcros, y los he visto abandonados; he oído el lamento de los muertos, de tus muertos, que te hago oir. Mira cuán numerosas y tristes son esas sombras que traigo á tu lecho. ¿Las reconoces? *Tu hermano*, *tu amigo*, *tu padre*, *tu madre amada*; ¿no los oyes mezclando sus quejas á las mías y diciéndote: *¡olvidadizo*, *ingrato!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»¡Oh! Ruega, ruega por esos pobres abandonados!»

Ahora la voz del viento se ha hecho terrorífica; estalla como el trueno, es rápida y ardiente como el rayo; es esta vez un rugido, pero un rugido de cólera.

Es la cólera de Dios haciéndose oir, quizá por última vez, en torno de esas moradas donde en espantosa confusión bromean y blasfeman almas y demonios.

¡Oh, ruega; ruega por esas almas que se condenan! ¡Ruega á fin de que el terror las detenga y las vuelva al buen camino! Ruega á fin de que el brazo del Señor no las hiera todavía.

El viento ha enmudecido, y alrededor del lecho, donde el terror os tiene inmóviles, hay absoluta tranquilidad. Entonces, lento y monótono, y medio apagado, se deja oir el sonido de una campana, al que presta el silencio de la noche particular vibración.

El cementerio está desierto; la choza llena de lágrimas; el viajero en peligro; el enfermo con las angustias de la agonía; el culpable en las alegrías del crimen... y entonces se levanta de su grosero lecho *la pobre monja carmelita*, y tiritando de frío se dirige á la capilla, entonando esta oración, *Deus in adjutorium meum intende. ¡Auxilio! Señor, ¡auxilio!*»

¡Auxilio para los que sufren!

¡Auxilio para los que os ofenden!

Y este silencio es la bondad de Dios que pasa, es su justicia un momento suspendida.

¡Ah! Los que no dormís durante las largas horas de la noche, juntad vuestra oración con las oraciones de los santos; clamad, gritad á Dios, gritad á la Santísima Virgen: *¡Auxilio! ¡Auxilio!*

Ahora, dormid en paz cuantos habéis acogido estas enseñanzas en vuestra alma; dormid: vuestro sueño será tranquilo. Velarán cerca de vuestro lecho la caridad para con el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indigente, la oración en favor del desamparado, del viajero en peligro, del agonizante, el recuerdo de vuestros muertos, la unión de vuestros pensamientos con los de las almas santas que sin reserva se han dado á Dios.

XXXVII

El adiós de una madre cristiana.

Es una escena conmovedora en medio de su sencillez.

Bayardo, el caballero sin tacha y sin miedo, va á abandonar á su familia para cumplir con su deber defendiendo á su patria, y se pone respetuosamente de rodillas ante su madre.

—Madre, bendecid á vuestro hijo para que, ausente de vuestro lado, no incurra en falta.

La madre medita un instante, y tomando en sus manos temblorosas las de su hijo, le dice:

—¡Pedro, hijo mío, vas á separarte de mí!

En cuanto una madre puede mandar á su hijo, yo te mando tres cosas:

La primera es que te consagres á servir á Dios sin ofenderle, porque Él es quien te hace vivir y quien te salvará. Sin Él, nada bueno podemos hacer. En la mañana y en la noche encomiéndate á Él, y te ayudará.

La segunda es que seas dulce y cortés con todos tus compañeros de armas. Sin orgullo para con los inferiores á ti, sin resistencia á tus superiores.

La tercera es que de las ventajas que obtengas des parte á los que de ellas carecen. Dar por Dios no empobrece.

El buen caballero, un tanto conmovido, pero con gran firmeza, respondió:

—Señora y madre: os doy con cuanta humildad me es posible las gracias por vuestros consejos. Espero que, gracias á aquel á quien me encomendáis, estaréis siempre contenta de mí.

Y levantándose, la abrazó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madres cristianas, vosotras no amáis á vuestros hijos menos de lo que los amaba la madre de Bayardo; ¿pero los amáis tan cristianamente como ella?

No veis, es verdad, á vuestro hijo, que, llegado á la edad adulta, se pone de rodillas ante vosotras á la hora de separarse de vuestro lado para pediros la bendición; ¿pero de quién es la culpa?

¿Alguna vez os ha ocurrido el pensamiento de que vuestro título de madre os da el derecho de bendecir á vuestro hijo? Al menos una vez, cuando era tierno niño, ¿habéis hecho sobre su frente la señal de la cruz?

Muchas veces les habéis preguntado: *¿quieres mucho á tu madre?* ¿Pero les habéis dicho, al menos una vez: *amas mucho á tu Dios?*

Cuando se han separado para ir al colegio ó para establecerse en el mundo, les habéis dicho: *cuídate mucho; nada de imprudencias con tu salud.* ¿Les habéis dicho alguna vez: *cuidado; no ofendas á Dios?*

Les habéis dado recomendaciones para personas influyentes y para familias que los protegerían, y les recomendasteis que fueran á verlas á menudo. ¿Les habéis recomendado alguna vez que vayan á ver á Jesucristo en su tabernáculo?

Les habéis preguntado en cada una de vuestras cartas por sus progresos en las ciencias, por el número y la calidad de sus relaciones. ¿Les habéis preguntado alguna vez el número de sus confesiones y comuniones, lo que leen y sus progresos en el amor á la oración?

¿Y después os quejaréis de que vuestro hijo no os sabe amar, madre demasiado humana, que no sabéis que no se ama verdaderamente sino cuando se ama con el alma y no con el corazón, y que jamás habéis pensado en educar á esta alma, como si Dios no os la hubiera confiado como os ha confiado su cuerpo?

¿Os quejaréis de que vuestro hijo no respete á vosotras, que por vuestra negligencia ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cobardía habéis dejado que desaparezca, ó no habéis procurado que nazca en su alma ese sentimiento de respeto hacia Dios, fuente y guardián de todos los otros respetos, y que más de una vez al sacerdote que os pregunta: ¿Reza vuestro hijo?, habéis respondido como una cosa muy natural: Ya no es tan pequeño para que yo le imponga ese deber?

Se suele decir que es necesario rehacer la educación de los hijos; y qué, ¿no será también preciso hacer lo mismo con la de las madres?

No se da lo que no se tiene; y si Dios no está en vosotras, vosotras no dejaréis á Dios como herencia de vuestros hijos.

Y, sin embargo, Dios por herencia; el respeto de Dios, el temor de ofender á Dios, la confianza en Dios, la sumisión á las leyes de Dios; ¡he aquí un bien que no compensarán ni los tesoros, ni los honores, ni la gloria!

¡Oh madres! ¡Guardad á Dios en vosotras, y procurad derramarlo en torno vuestro!

XXXVIII

Grito de un corazón amante.

Brotó un día del corazón ardiente de Santa Teresa, como brota devoradora y luminosa la llama de un horno, este grito que forma una de las más hermosas páginas de la literatura, al decir de un crítico, á quien, sin embargo, faltaba el sentido divino: el escéptico Saint-Beuve.

¡Pobres de nosotros, sobre quienes refleja la luz divina, si esta página no nos conmueve hasta en lo más profundo de nuestro ser, y si no nos arrastra con santo entusiasmo á posar nuestros labios palpitantes en las sagradas llagas de Nuestro Señor Jesucristo:

«¿Acaso crees tú, que eternamente vives, que yo te amo á causa de las recompensas futuras prometidas en tu reino, á causa de las palmas, de los cantares, de las maravillas, de las delicias de tu cielo? ¡Oh, no! Yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te amo porque has sido desgraciado, porque has pasado por todos los dolores, soportado todas las humillaciones! ¡Tú, un Dios cargado de cadenas; Tú, un Dios conducido al suplicio por los verdugos! Yo te amo porque te has visto obligado á exclamar al Padre, diciendo: *¿Por qué me has abandonado?* ¡Yo te amo más á causa de tu agonía y de tu muerte, que á causa de tu resurrección; porque me imagino que Tú, resucitado, subiendo á los espacios azules, teniendo el universo á tus órdenes, tienes menos necesidad de tu esclava! ¡Pero cuando yo asisto á tu agonía paréceme que vuelvo á lugares que me son muy conocidos, que muchas veces he contemplado esa colina y esa cruz teñida con la púrpura de tu sangre! ¡Quisiera ser yo esa Magdalena, tu santa, tu muy amada, que gime al pie de la cruz! ¡Porque en mi corazón hacen eco sus lamentos, y las lágrimas que salen de sus ojos mojan también los míos, y mi dolor es tan profundo que no puede haber otro igual! ¡No, ella no te amaba más que yo! Yo sé que

ella es una gran santa, y yo una pobre criatura, cuyas acciones son menos meritorias ante Ti; pero ¡ella no te amaba más!»

¡Oh, Santa Teresa! ¡Conque así amabas á Jesucristo!

¡Qué hermosa alma la tuya, y qué feliz debes ser en el Paraíso!

XXXIX

¿Qué es lo que Dios quiere hoy hacer de mí?

Dios quiere, ciertamente, hacer de mí hoy algo bueno.

Dios no me ha creado para dejarme vegetar inútilmente.

Dios no me da este día para que lo pase indiferente y ocioso.

Dios no va á ponerme en relación con seres como yo, seres amados de Él, seres que me aman, sin obligarme á hacerles un poco de bien, á darles al menos un poco de alegría, á menos que quisieseis castigarme, ¡oh

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios mío!, ó, lo que es peor aún, que me despreciaseis.

Siendo esto así, ¡oh Dios mio!, ¿qué queréis de mí en el día de hoy?

—«Que me reemplaces para con todos aquellos que hoy pondré en contacto contigo, según tus recursos, tu posición y tu carácter.

»Quienquiera que seas, hijo, padre, sirviente, cuida mucho de no dejar que expire la sonrisa tranquila, dulce, atractiva que yo pongo en tus labios, señal ordinaria de un alma que me pertenece. La librea de Dios es la paz y la sonrisa.

»Evita con grande empeño el abandonarte á la impetuosidad de un carácter que habla con brusquedad, que acoge con mal humor, que pasa cerca de los demás con indiferencia afectada, que reprende con acritud, que soporta con fastidio una contrariedad ó á un compañero de trabajo, que despacha sin esperanza, que recibe manifestando que se le molesta.»

«Quiero por medio de ti penetrar en las almas, hacerme conocer y hacerme amar.

»Quiero que en las relaciones que los demás tengan contigo se diga lo que de uno de mis servidores se decía: «¡Dios mío, es necesario que Vos seáis muy bueno puesto que Vicente es tan bueno!

»Quiero que viéndote tranquilo, sumiso, risueño, aunque una dura prueba pese sobre ti, se pueda decir: ¡Oh, siempre es feliz el que sirve á Dios!

»Quiero que hagas sentir y que comuniques á todos, y principalmente á todos los tuyos, mi misericordia, mi bondad, mi santidad, mi paz, mi alegría; quiero que tu Angel de la Guarda diga á sus hermanos del Cielo lo que se decía de mí en la tierra: «Es bueno, hace el bien.»

»Y todo esto con dulzura, con actividad, sin brillo, sin afectación... El rayo del sol pene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tra por la más pequeña hendedura, calienta, ilumina, fecunda, colora sin fraccionarse, sin hacer ruido; luego, cuando llega la hora, se retira. ¡Sé *mi rayo de luz, mi rayo de paz, mi rayo de amor!*

»Yo seré quien conduzca á ti todos cuantos vayan á pedirte tu tiempo, tus consejos, tus recursos. Acoge apaciblemente á todo el mundo; obra, sí, con prudencia, moderación y reserva, pero cuídate de irritar á nadie. Si no me pierdes de vista, estaré contigo; velaré en todo lo tuyo, aun en tus intereses materiales.

»Ten ante los ojos un crucifijo y una imagen de la Santísima Virgen María. Una mirada á uno y á otra será un llamamiento... y siempre, ¡oh mi servidor fiel!, ¡oh mi hijo muy amado! ¡oh tú, que me haces conocer y amar, siempre estaré contigo!

XL

Lo que asegura siempre en todo y contra todo.

Es una sencilla palabra, pero que da en toda su extensión todo lo que en su brevedad promete.

Siempre reanima.

Siempre fortifica.

Siempre asegura.

Siempre tranquiliza.

Siempre es para el alma, para el corazón, para la imaginación, en sus más crueles angustias, lo que es, según se dice, para la mar alterada el *aceite* derramado en sus olas. Por donde quiera que el aceite se extiende, súbito casi sobreviene el apaciguamiento y vuelve la calma..., y apenas allá á lo lejos se deja oir el sordo crujido de la tempestad.

Es verdad que esta palabra no aleja ni los dolores físicos, ni las penas del corazón, ni las humillaciones exteriores; pero aligera y hace soportables estas pruebas duras y peno-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sas, muestra las ventajas que producen, y llega á hacérnoslas amar.

He aquí esta palabra en toda su sencillez: *¡Oh Jesús! ¿Estáis conmigo?*

Pronunciadla lentamente, con los ojos bajos, como si miraseis en torno vuestro, y escuchad...

.....

«¿Jesucristo está en vosotros? Entonces todo va bien.

»Jesucristo es la acción de Dios unida á vuestra acción, el trabajo de Dios unido á vuestro trabajo, el corazón de Dios unido á vuestro corazón, el Ser divino unido á vuestro ser y obrando en él.

»Porque no pensáis en esto, ni unís vuestra vida á esta vida divina, os turbáis, os desanimáis, murmuráis y os dejáis llevar de esa apatía, tan culpable y tan terrible en sus consecuencias.

»Jesucristo con vosotros es la fuerza. Id, pues, al combate, á ese combate de todos los días, de todas las horas, invisible para todos,

pero incesante para vos, contra la pereza, contra la disipación, contra la tibieza, contra la oposición al deber bajo sus mil formas. ¡Seréis herido quizá, derribado por un momento, pero no sucumbiréis!

»Jesucristo con vos es el poder. Id, pues, al trabajo con energía, con valor, con esperanza de éxito. Id; encontraréis cerca de vosotros todos los elementos materiales, y en vuestro interior la constancia, la habilidad, nuevos puntos de vista más seguros, aliento para recomenzar nuevamente, la calma, en fin, cuando las cosas salen mal; y lo que parece un fracaso, con Jesucristo nunca llega á serlo.

»Jesucristo con vosotros es la bondad inagotable, es la abnegación continua, es el desbordamiento del afecto tranquilo, puro, útil á aquellos sobre quienes se derrama. Id, pues, á derramar la suavidad de Jesucristo, primero en ese pequeño mundo del interior tan reducido, ese vuestro, que se llama la familia, y que es tan difícil de contentar y de alegrar porque en él nos vemos demasiado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerca, nos encontramos á cada paso, no usamos de ninguna precaución, y en el que, si se trata de no molestarse voluntariamente, no se procura eficazmente *complacerse;* después procurad hacerlo en ese mundo exterior, al que nos llaman los negocios, y á través del cual nunca debemos pasar sin dejar una buena, suave y divina impresión.

»Jesucristo con vosotros es la paz, la paz inalterable. Id, pues, en la vida al Oriente y al Occidente, adonde os lleve el soplo de Dios; si Jesucristo está con vosotros, participaréis de la paz de Dios, porque nada hay que pueda turbar á Dios; nada se turba de lo que está cerca de Dios. Con Jesucristo la enfermedad es un bien, la humillación un bien, la pobreza un bien. La presencia de Jesucristo en el alma que se une voluntaria y afectuosamente á Él, es como un foco divino de donde irradian esos rayos luminosos que, cayendo sobre un cuerpo material, lo despojan en cierto modo de su envoltura visible y le dan un brillo divino.

¡Guardad, pues, á Jesucristo en vosotros! ¡Guardadle por la oración! ¡Guardadle por la fidelidad al deber! ¡Vivificadle, si es permitido servirse de esta expresión, por la recepción frecuente de la santa Eucaristía! Y en el momento en que comience á levantarse la turbación ó la rebelión; en el momento en que comience á sentirse el aguijón de la pena ó de la sensualidad; en el momento en que el mal humor, el espíritu de crítica, el deseo de quejaros amenacen invadiros, pronto, pronto, echad una mirada á vuestro interior y preguntad:

—¡Oh Jesús! ¿Estáis conmigo?

Una sola cosa puede arrojar á Jesucristo del alma: *el pecado mortal.*

Y el pecado mortal, conservado voluntariamente, es el demonio permaneciendo en el alma, el demonio entronizado, el demonio obrando como dueño del alma.

Con él, por él y bajo su inspiración, sin que lo sospeches, piensas, y obras, po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre criatura culpable de un pecado mortal.

¡Qué bien sabe ocultar su acción aquel á quien Jesucristo llama el hipócrita! ¡Cómo sabe colorear, con un reflejo que se parece á la caridad divina, á la bondad divina, á la abnegación divina, los actos que hace efectuar! ¡Qué arte tiene tan sutil para hacerlos atractivos y multiplicarlos para calmar las inquietudes y los remordimientos! Pero esos actos, buenos solamente con bondad humana, son á los ojos de Dios que ve más allá de la corteza, si no todos malos, sí nulos para el Cielo, nulos como aqullos frutos del Mar Muerto, que presentan, como dicen, un exterior fresco y atractivo, y que, una vez abiertos, sólo dejan ver un polvo negro que disipa el viento.

XLI

Coronas deshojadas.

¡Cuánto entristece al corazón esta palabra apenas pronunciada!

¡Deshojadas, es decir, con sólo un resto de vida que se extinguirá suavemente de minuto en minuto!

¡Deshojadas, es decir, con sólo un resto de frescura, que el ojo cubierto de lágrimas apenas puede distinguir!

¡Deshojadas, es decir, con sólo un resto de perfume, que la brisa pasajera bien pronto disipará!

¡Eran, sin embargo, muy hermosas, resplandecientes y muy bien tejidas esas coronas! ¡Os hacían tan felices y tan orgullosos cuando las llevabais sobre la frente! ¡Os figurabais que jamás se marchitarían!

¿Por qué esa ley, ¡oh Dios mío!, de que sobre la tierra todo lo que recuerda la alegría, aun la más santa, el afecto, aun el más puro, la gloria, aun la más dulce, tenga apenas una hora de duración y caiga lentamente en el olvido, como su gracioso símbolo, las flores, caen y se deshojan?

¡Oh coronas, que tanto habéis regocijado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi infancia y mi juventud, coronas que he visto tan frescas en mi frente ó en la de los que amaba: dejadme volver á veros un momento siquiera, vosotras antes tan brillantes y tan delicadas, y hoy... hoy... todas deshojadas!

¡A través de los días tan numerosos de mi vida, allá á lo lejos, muy lejos, aparece con toda su frescura la *corona de florecillas*, la primera corona, la de la tierna infancia, tejida en medio de alegres risas y llevada tan altiva y alborozadamente!

¡Qué de recuerdos haces revivir, sencilla corona de florecitas! Inocencia, candor, indiferencia, confianza ciega en mi madre, travesuras, oraciones ingenuas al niño Jesús, á quien se quería reemplazar algunas veces para ser el niño mimado de la Santísima Virgen, confusa mezcla de lágrimas y sonrisas... Y todo esto, ¡deshojado! ¡deshojado para siempre!

Corona de rosas blancas, la de la primera comunión.

¡Oh! Esta corona no ha sido tejida por el niño, sino por su madre; y ¡con qué amor! ¡con qué dulces lágrimas! ¡con qué dicha!

¡Qué bien adorna tu frente, y con qué aureola resplandeciente la hace brillar, piadosa niña, que la llevas con tanta compostura cuanto regocijo!

¿No es verdad que durante largo tiempo la has guardado como un tesoro?

Dime, dime, jovencita: ¿aun está colgada á los pies del crucifijo, encima del lecho en donde reposas? En la noche, ¿sueñas aún que la llevas en tus sienes, y que tu padre y tu madre te contemplan extasiados diciendo: *¡ángel mio!*

¡Deshojada! ¡Deshojada!... ¡Ah! ¡que al menos su recuerdo jamás perezca!

Corona de rosas blancas, la de la religiosa.

¡Esta corona, al menos, jamás debería deshojarse! ¡El corazón que largo tiempo soñó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con ella era tan puro, las manos que la tejieron estaban tan llenas de buenas obras, y la frente que la llevó tan divinamente luminosa!... Pero esta corona era de la tierra, y en la tierra todo se deshoja.

¡No te entristezcas ante estos despojos esparcidos aquí y allí, fiel esposa de Jesucristo; los ángeles los recogen, y allá arriba volverás á hallar tu corona blanca más hermosa y más brillante, y lo que es más, hermosa y brillante para siempre!

Corona de flores de azahar, la corona de la desposada, tejida lentamente por vuestras manos, ¡oh, madres!, por vuestras manos que temblaban un poco á pesar de que vuestros labios sonreían.

Coronas de flores de azahar, símbolo, á causa de su blancura sin brillo, de esas alegrías sencillas y de esos dulces ensueños que no se encuentran más allá de la juventud y del hogar paterno; corona de flores de azahar, brillas un instante cerca del altar... ¡mañana

estarás deshojada! ¡Pueda reemplazarte esa otra corona que no ciñe la frente sino en el Paraíso, y que es formada por las virtudes de la esposa y los austeros deberes de la madre!

Coronas de laurel, ¡la del estudiante, la del trabajador, la del soldado vencedor, la del poeta!

Hasta aquí, las coronas han producido la alegría, el regocijo, la dicha; éstas producen la gloria y el triunfo porque suponen la lucha.

¡Gloria, triunfo! ¿Está en ellos la dicha?

Sí, para tí, valeroso estudiante, ¡sobre todo si tienes una madre á quien ofrecer tu primera corona! Esa primera corona ganada, que obligaba al mariscal de Villars á decir: *Esa corona me hizo más feliz que todas las otras: ¡estaba mi madre tan orgullosa de mí!*

Pero, vosotros, guerreros, vosotros, poetas, dejad, dejad sin dolor que se deshojen las coronas que un dia el renombre ó la victoria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puso en vuestra frente. Ellas pudieron embriagaros durante algunos días; pero en la calma de vuestras noches sin sueño y en las horas de dolor que os hará pasar el olvido, las veréis pasar ante vuestros ojos manchadas de sangre ó emporcadas por la envidia.

¿Aun hay más coronas?

¡Sí, pero éstas no están tejidas con flores!

Corona de oro en la cabeza de los reyes. No da ni alegría, ni gloria, ni triunfo; sólo impone deberes y responsabilidades.

Esta corona no se deshoja; se rompe ó la rompen, y sus pedazos sirven apenas para llenar una tumba.

Quedas tú, corona de espinas, que ensangrentaste la frente de mi maestro Jesús, y en la que se apoyó su sagrada cabeza para morir.

¡Oh corona de espinas! Tú no tienes aureola de flores, sino gotas de sangre; tú no te deshojas, tú no te rompes, sino que aquel que muere llevándote cristianamente te ve transformada para siempre en corona de gloria y de alegría.

Y ahora, cuando la vida no hace llegar á mí sino un pálido crepúsculo, ahora que revolotean ante mi imaginación, para entristecerla, las hojas marchitas y descoloridas de las coronas de los días luminosos, ven, ven, ¡oh corona de espinas, yo te amo!

¡Y Vos, dulce, piadosa y compasiva Virgen María, madre de Jesús crucificado, colocadla Vos misma en mi frente con vuestras manos benditas, y sostenedme en mi última hora á fin de que no desfallezca mi amor hacia Vos!

XLII

El «Via Crucis».

I

Hay en esos días silenciosos y retirados que Dios, desde hace algún tiempo me concede, dos momentos muy dulces: el de la santa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Misa en la mañana, y en la tarde el que me permite venir á la presencia de Jesús sacramentado y recorrer el *Via Crucis*.

¡Oh, cuán dulce, tranquilo y atrayente es ese cuarto de hora! ¡Cuán apacible hace el descanso de la noche!

Yo estoy ordinariamente solo; Jesús me mira desde el Tabernáculo, y bajo la mirada de ese amigo que me acompaña, movido dulcemente por el reconocimiento, voy con el rosario en la mano siguiendo paso á paso el camino que siguió Jesús para subir al Calvario.

¿Quién podrá decir cuánta paz, reconocimiento y amor encontró mi alma al encontrarse cada tarde mi corazón á solas con el de Jesús? ¡Oh, cómo estas visitas hicieron que no volvieran á contarse entre las horas de mi vida esas horas tan desgarradoras y tan pesadas producidas por el abandono, el olvido, el aislamiento forzado!

¡Oh Maestro! ¡Oh Padre! ¡Oh Salvador! ¡Oh amigo! Ya no sois para mí el *Dios que*

se oculta, Vos tomáis á mis ojos, hechos muy penetrantes por el amor, la forma bajo la cual se mostraba vuestra humanidad, y *os veo, os oigo, os sigo paso á paso, os tiendo los brazos* para sosteneros, y *me llego* cerca, muy cerca, á fin de recibir vuestro último suspiro!

Y cuando vuelvo á llevaros al Tabernáculo de donde partí para hacer con Vos el *Via Crucis*, paréceme oiros decir: *Gracias, hijo mío, me has complacido.*

¡Oh, gracias á Vos, Salvador Jesús! ¡Vos me habéis hecho mucho bien!

Estos piadosos sentimientos pudieran ser los nuestros si quisiésemos, como esta alma que acaba de franqueársenos un instante, apegarnos á la práctica cotidiana del *Via Crucis*.

Después de la asistencia á la santa Misa, no hay práctica más santificadora que ésta; pocas hay más fáciles, más ricas en indulgencias para las almas del Purgatorio, más al al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cance de todas las inteligencias, y aun para un gran número de almas; el camino de la cruz, aún más que la santa Misa, da á la voluntad más constante energía.

Ese circuito que es necesario realmente hacer; esas *estaciones* de algunos segundos obligatorias también; esas imágenes que parecen animarse delante de la piadosa mirada que se fija en ellas, y nos hacen vivir un momento con la vida de Jesús; esos gritos de piedad que se escapan espontáneamente del corazón ante quien pasan escenas conmovedoras, todo esto ofrece un conjunto que cautiva al espíritu más distraído, transporta por algún tiempo fuera del mundo material, y envuelve á ese pobre corazón humano, que está allí conmovido, en una atmósfera divina que le hace olvidar todas sus penas.

¡Vamos, pues, ¡oh alma mía!; resérvate un pequeño cuarto de hora cada día, y con tu rosario en la mano vé á recorrer ese camino que recorrió Jesús; detente donde Él se detuvo, y en cada una de las estaciones señaladas, con un dolor nuevo, déjate penetrar de compasión, de arrepentimiento, de gratitud y de amor!

¡Imagínate que sigues á la Santísima Virgen, uniendo tus pensamientos á sus pensamientos, tu dolor á su dolor!

¡Yo te desafío á que hagas durante un mes el *Via Crucis* sin sentirte renovada en todo tu ser!

Si eres *culpable*, descenderás del Calvario *arrepentida*, y nada te costará ir á postrarte á los pies del sacerdote, confesarle todas tus faltas y obedecer todas sus órdenes.

Si eres débil, triste, ansiosa, desanimada, descenderás del Calvario *fuerte, enérgica*, y volverás á emprender el camino del bien que habías abandonado; tendrás fuerzas para luchar todavía más, para soportar más los dolores que antes te parecían insoportables.

El *Via Crucis* puede hacerse *de pie*, recorriendo las estaciones y deteniéndose delante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de cada una de ellas sin arrodillarse, lo cual es á veces más fácil.

También puede hacerse arrodillándose.

El *Via Crucis* puede recorrerse en unos cuantos minutos: basta delante de cada estación exhalar un simple suspiro de amor y compasión hacia ese buen Maestro que allí está; un suspiro que no siempre tiene tiempo de salir del corazón, pero que lo impulsan hacia Jesús y lo unen á Él.

Diez minutos, cinco minutos quizá, pueden bastar. Leed la hojita que aquí insertamos, aprendedla de memoria, y todos los días que os sea posible id por un momento á decir á Jesús que no olvidáis que ha padecido y muerto por vosotros.

¡Oh María! ¡Vos recorristeis todos los días, durante vuestra vida, este *Via Crucis* que visteis recorrer á vuestro Hijo. ¡Oh Madre! tomadnos de la mano, hacednos sufrir con Vos, llorar y amar con Vos.

XLIII

El «Via Crucis».

II

PRÁCTICA DEL VIA CRUCIS

Esta hojita señala para cada estación uno de esos suspiros de que acabamos de hablar, que, escapados del corazón, lo empujan con poderosa energía hacia Jesús, paciente y moribundo; lo entreabren en algún modo, y le permiten recibir, en cuanto es capaz, la irradiación de amor que se escapa de cada una de las llagas del divino Salvador.

Dejad que una sola vez salga este suspiro delante de cada estación, y si tenéis un poco de más tiempo decidlo dos veces, diez veces... Conocemos no pocas almas que, creyéndose indiferentes en las primeras estaciones, han sentido que poco á poco se iban conmoviendo, y no han podido llegar á la crucifixión sin derramar abundantes lágrimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A la invocación *¡Jesús mío, misericordia!*, están concedidos cien días de indulgencias, y trescientos á la invocación *¡Dulce Corazón de María, sed mi salvación!*

I

¡Jesús mío, condenado en vez de mi, misericordia!—Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y amad mucho á Jesús por mí.

II

¡Jesús mío, cargado con mis pecados para descargarme de ellos, misericordia!

¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación; para que no vuelva á pecar, conservadme cerca de Vos!

III

¡Jesús mío, sucumbiendo bajo el peso de mis pecados para expiarlos, misericordia! Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y dad á Jesús las gracias en lugar mío!

IV

¡Jesús mío, encontrando á vuestra angustiada Madre, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y perdonadme los dolores que os he causado!

V

¡Jesús mío, invitándome á participar de vuestra cruz, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y permaneced conmigo en las horas del sufrimiento!

VI

¡Jesús mío, humillado y con el rostro manchado de inmundas salivas para expiar mi orgullo, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y pedid perdón por mí!

VII

¡Jesús mío, sucumbiendo otra vez para enseñarme á levantar después de las caídas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación, sostenedme cuando esté á punto de caer y levantadme si he caído!

VIII

¡Jesús mío, consolando á las mujeres de Israel que, llorando, os seguían, misericordia!—Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y consoladme en mis dolores!

IX

¡Jesús mío, sucumbiendo de nuevo al pensar en mis ingratitudes, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y encaminadme á mi deber!

X

¡Jesús mío, despojado de vuestras vestiduras para expiar mis sensualidades, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación, purificadme y defendedme del demonio!

XI

¡Jesús mío, enclavado en la cruz para expiar mis malas acciones, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y pedid perdón por mí!

XII

¡Jesús mío, muerto en la cruz para abrirme el Paraíso, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación y llevadme al Cielo con Vos!

XIII

¡Jesús mío, depuesto en los brazos de vuestra afligida Madre, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvacion, perdonadme y amadme!

XIV

¡Jesús mío, encerrado entonces en el sepulcro, y ahora en el tabernáculo, misericordia!—¡Y Vos, dulce Corazón de María,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sed mi salvación, llevadme y guardadme cerca de Jesús Sacramentado!

XLIV

Historia de unos pantalones.

Desde esta mañana me anda persiguiendo una historieta ligera, risueña, ansiosa de ser referida.

Sí, sí: voy á referirte; voy á contarte á los niños, seguro de que, después de haberlos hecho reir, tu recuerdo, llegada la hora, les hará mostrarse generosos.

Voy á referirte también para aquellos que han crecido un tanto olvidados de las cosas sobrenaturales, y á quienes quizá tu novedad recordará que Dios hoy, lo mismo que ayer y siempre, se ocupa de los más pequeños detalles de la vida.

¡Oh! ¡Aquellos que ven á Dios vivir con ellos, vivir cerca de ellos, y que á su vez viven también bajo la paternal protección de Dios, cómo se sienten más protegidos, más

tranquilos, más risueños! ¡Qué grande es la convicción que tienen de que Dios tiene siempre, si fuera necesario, un milagro dispuesto para acudir en su ayuda!

-x-

El invierno era frío, el día entoldado; de un momento á otro se esperaba una nevada.

En una de las extremidades del Puente Nuevo, en París, un grupo de gente se impacientaba, detenida por una confusión de carruajes.

En este grupo, un hombre un poco más resignado que los demás mira sencillamente lo que pasa en torno suyo, y sus miradas se fijan sobre un mendigo que está en pie cerca de la acera.

A su lado se halla, también en pie, un muchacho de diez años, como fascinado por el mendigo, que no se ha apercibido de que es objeto de este examen.

Con la cara radiante de vida, sus grandes ojos muy abiertos, con sus cabellos en desorden, vestidos rotos, aspecto de la última

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indigencia, tiene la mano en uno de sus bolsillos y parece preocupado.

De repente saca *un sueldo*, lo mira un momento, y desplegando los labios como para decirle adiós, lo da al pobre y sigue indiferente á la multitud, que al fin ha reanudado su camino.

—He aquí un muchacho desarrapado que da lección á muchos ricos,—dijo el observador.—Sigámosle.

Después de unos cuarenta pasos, nuevo mendigo y nueva vacilación del muchacho, y, como antes, se pone delante del pobre; su mano se introduce de nuevo en el bolsillo, donde se detiene algunos minutos como si una reflexión la retardara; luego saca un sueldo y lo arroja en el sombrero del mendigo.

Después, las dos manitas del niño hacen ese ademán que parece decir: «Ahora ya no hay más», y vuelve á emprender su camino.

El observador le detiene, y con bondad le pregunta la razón de su limosna.

—Es para mis pantalones,—respondió el

niño con sencillez y aun sin bajar los ojos.—Mire Ud. cómo están ya muy viejos. Una señora me dió dos sueldos por un mandado que la hice, y se los he dado á un pobre. Ellos me producirán unos pantalones nuevos.

Esto lo decía el muchacho tan ingenua y sencillamente, que su interlocutor no pudo ni ligeramente sonreirse.

—Pero, hijo mío, ¿cómo quieres que tus dos sueldos dados á los pobres te traigan un pantalón?

—Yo no lo sé; pero mi hermana Antoñita, que va al Catecismo, me ha dicho que los pobres son los comisionados de Dios, y que cuando se les da un sueldo van á decir á Dios lo que necesita quien los ha socorrido; por *eso ahora me toca esperar*.

Quedó muy conmovido el que oía estas palabras, y tomando de la mano al muchacho desarrapado:

—Tienes razón, amigo mío,—le dijo.—Dios sabe ya lo que te falta, y Él me ha enviado para comprarte un pantalón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entonces le condujo á un almacén, donde le vistió completamente. El muchacho se dejaba vestir muy contento, pero con grande sencillez como si ya se lo esperase; y cuando se vió vestido de nuevo, apretando la mano á su bienhechor, le dijo fijando en él sus grandes ojos:

—¡Gracias, buen Dios!

XLV

En voz baja.

¡Cuántas cosas hay que se dicen en voz baja, muy baja, para no ser oído sino de Dios!

Hay quejas que turban la atmósfera que respiramos, y la hacen muy pesada para nosotros y para los demás. ¡Oh! Quejémonos poco, muy poco; el alma que se queja pierde la delicadeza del afecto, que la hacía tan atractiva.

Hay murmuraciones que todo lo agitan en derredor nuestro, y que por largo tiempo

nos impiden volver á encontrar la paz. El ruido de la murmuración pronto se extiende á lo lejos, penetra rápidamente en los corazones amigos, los hiere y entibia su afecto.

Hay confidencias que, bajo el pretexto de desahogar el corazón, desgarran y entristecen el corazón que las recibe. No mostremos sino muy discretamente las heridas de nuestro corazón; pocas personas saben ver una herida sin experimentar un sentimiento de repulsión, ó al menos de indiferencia.

Sí, sí, en voz baja, en voz baja, para no ser oído sino de Dios.

XLVI

Jesús en almoneda.

Lo bu e voy áreferir no es histórico; sería espantoso.

Y, sin embargo, el que lo cuenta ha visto desarrollarse ante sus ojos las escenas que traza; ha oído las blasfemias que transcribe. Os pide perdón, ¡oh Jesús!, y largo tiempo des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pués de haber visto todo esto siente su corazón oprimido, y á menudo, á este recuerdo, su rostro se baña en lágrimas.

¿Es sueño? ¿Es una simple creación de la imaginación dolorosamente herida y piadosamente exaltada?

¡Poco importa!

Era el día siguiente á la publicación de lo que se llamó: *infames decretos*.

A la entrada de una casa de religiosos que habían sido arrojados á la calle como ladrones, á pesar de que muchos de ellos eran viejos y enfermos, la multitud miraba conmovida y triste, aunque inactiva.

Ante el jefe de aquella expoliación, que estaba en pie, con arrogancia, cerca de la puerta derribada, vino á echarse de rodillas uno de los sacerdotes expulsados.

—Dejadme entrar para sacar del tabernáculo las hostias consagradas.

—¿Tus hostias? ¿Tus hostias? ¿Amas mucho entonces á tus hostias?

—Es mi Dios, mi Maestro: es Jesucristo. Yo os entregaré el copón de plata; pero dejadme tomar las hostias.

—¿Y qué darías por tenerlas?

—¡Todo! ¡Mis bienes, mi libertad, mi vida!

—Pues si son tan preciosas, ¡nosotros las venderemos!

Y rechazó con el pie al sacerdote, que vino á caer casi moribundo en los brazos de algunos fieles.

Poco después, en la plaza pública, la multitud se reunía para presenciar una almoneda: la venta de los muebles de los religiosos.

El comisario, abriendo el copón que se había atrevido á sacar él mismo del Tabernáculo, vacia las hostias consagradas en un plato y se pone á decir:

—Las hostias consagradas, el Dios de los frailes, ¿quién las quiere?

Un silencio lúgubre, un silencio de muerte acoge esta proposición sacrílega. Se oyen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solamente como rugidos sordos, sofocados.

Cerca del comisario, algunos hombres de mirada estúpida y feroz escuchaban y esperaban.

—¿Las quieres tú?—dijo á uno de ellos.

—No, yo no las quiero; me estorbaría Dios. Quiero divertirme, quiero gozar de la vida; quiero permanecer libre: libre en mis sentidos, libre en mi inteligencia, libre en mis apetitos. Me darían remordimientos; yo no quiero tus hostias consagradas.

Cerca de él, un hombre, joven aún, oía admirado estas palabras:

—¿Quieres estas hostias?—le dijo el comisario.

—¡Sí las quiero! Yo me divertiré con ellas, yo me reiré diciendo á este pedazo de pan: *Tú eres mi Dios*, y haré genuflexiones ante él. Dádmelas.

—¿Quién eres tú, tan atrevido en tus palabras?

—Yo soy el sucesor de Herodes el mofador y de los soldados que insultaron en Jerusalén á Jesús de Nazareth.

—Y tú, joven de ojos sombríos, que no te atreves á mirar cara á cara, ¿las quieres?

—Sí las quiero.

—¿Y qué harás de ellas?

—Me serviré de ellas para penetrar entre las almas piadosas y explotarlas con mi hipocresía; las rodearé de un respeto ficticio, y, una vez llegado adonde aspiro, las abandonaré en medio de la calle.

—¿Quién, pues, eres tú, alma hipócrita y despreciable?

—¿Yo? Un descendiente de Caifás y de Pilatos.

—Y tú, cuya mirada brilla como un ascua y chispea como una llama, ¿quieres estas hostias?

—Sí las quiero.

—¿Y qué harás de ellas?

—¡Las venderé! Sé que hay asambleas que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las compran, y las compran bien caro. Dámelas; tendré oro, y con el oro toda clase de goces.

—¿Quién eres tú?

—Un descendiente de Judas.

—Y tú, que con espuma en los labios y las manos cerradas, como si tus flacos dedos oprimiesen un puñal, éstas viendo todo esto, ¿las quieres?

—Sí.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Yo las despedazaré, las coseré á puñaladas, las hollaré con mis pies, las iré á presentar pisoteadas y manchadas á las almas sensibles, cuyo dolor me hará reir.

—¿Qué? ¿Eres acaso un verdugo?

—Sí, el descendiente de los que crucificaron á Jesús de Nazareth y del ladrón que insultó su agonía.

Todos estos hombres tendían la mano. El comisario, con una sonrisa infernal, se dispo-

nía á arrojarles estas hostias consagradas como se arroja un puñado de bellotas á los más inmundos animales, cuando un grito, un grito penetrante que dominó todas las blasfemias, se dejó oir: *¡Señor mío y Dios mío!* Y una mujer con los brazos extendidos, se arroja valerosamente sobre las hostias consagradas, y sollozando las esconde en su seno.

El hombre de Dios que veía todo esto, se estremeció de júbilo. Se sintió como sacudido, y le pareció salir de una visión infernal. El sudor corría por su frente, sus manos se juntaron y sus labios murmuraron: *¡Señor mío y Dios mío!* Estaba de rodillas ante el Tabernáculo, haciendo, durante la noche, su hora de adoración y de reparación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Primera parte.

	Págs.
Al arroyo de las Arenitas de Oro	7
I.— Gracioso medio de curación	13
II.— En el camino de la vida	19
III.— Ciencia de alejar de sí el mal humor	21
IV.— París bien vale una Misa	26
V.— Incansable é imperturbable	31
VI.— ¿Y no contáis para nada con el buen Dios?	32
VII.— Cuatro palabritas	37
VIII.— Palabra aterradora	38
IX.— El puente	43
X.— Á propósito de encajes	48
XI.— Las lecciones del anciano	50
XII.— El ángel y el alma	55
XIII.— Un modelo al alcance de todos	61
XIV.— ¿Estoy en el buen camino?	65
XV.— Estoy perdiendo tiempo	66
XVI.— Bajo la mano de Dios	70
XVII.— Pequeñas industrias para volver la paz al alma y hacerla adquirir merecimientos.	72
XVIII.— Dos costumbres	77
XIX.— La voz que me aconseja	82
XX.— Sencilla reflexión sobre la limosna	85
XXI.— A los pies de la Santísima Virgen	88
XXII.— Grito de alarma	94

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

XXIII.—Lo que caracteriza á los santos..... 101
XXIV.—Fotografía de una mujer mundana. .. 106
XXV.—Receta para obtener la verdadera belleza..... 112
XXVI.—Tres miniaturas..... 118
XXVII.—En la vida de familia..... 123
XXVIII.—Los derechos de la mujer..... 125
XXIX.—Medios sencillos de hacer dulce la vida 129
XXX.—Mi velo de la primera comunión..... 130
XXXI.—Llora por el muerto, porque está descansado..... 136
XXXII.—¡Esperar!..... 140
XXXIII.—La religiosidad..... 140
XXXIV.—Con ocasión del jubileo de Su Santidad León XIII..... 145
XXXV.—Una visita en el primer día del año... 147
XXXVI.—Una limosna para Jesucristo..... 150
XXXVII.—Sé el hombre de Dios..... 156
XXXVIII.—A mis hermanos los pobres de Jesucristo..... 161
XXXIX.—¡Pobres niños!..... 168
XL.—¿Quien tiene la culpa?..... 173
XLI.—Una oración pequeñita..... 173
XLII.—Los risueños..... 184
XLIII.—Mucho cuidado con la primera mancha. 190
XLIV.—Una oración..... 194
XLV.—Lo que puede un alma piadosa..... 196
XLVI.—Una trampa encantadora..... 200
XLVII.—Jesús me espera..... 203
XLVIII.—Mis veladas..... 208
XLIX.—La habitación de un enfermo..... 211

Segunda parte.

Págs.

I.—¡Está solo!..... 11
II.—El regalo del buen Niño Jesús..... 16
III.—Anda y pídele á Dios..... 21
IV.—Un santuario desconocido..... 23
V.—Lección dura pero útil..... 28
VI.—La oración de la noche (pensamiento).. 33
VII.—Una palabra sobre la Santísima Virgen.. 34
VIII.—Una vocación perdida..... 39
IX.—No se rezaba en aquella casa..... 44
X.—No somos bastante buenos..... 50
XI.—¡Muerto á los diez años!..... 56
XII.—Queremos á Dios: ¡es nuestro Padre!—Queremos á Dios: ¡es nuestro Rey!.... 62
XIII.—¿De dónde viene la paz?..... 69
XIV.—Lecciones recogidas en los campos..... 74
XV.—Las almas que aman á Dios (pensamiento). 79
XVI.—Á la casa de Dios..... 79
XVII.—Lección de Filosofía..... 85
XVIII.—¿Qué es lo que he perdido?..... 91
XIX.—Una felicidad poco conocida, y sobre todo poco deseada..... 97
XX.—Un pecado menos..... 102
XXI.—Lo que da miedo á los santos..... 107
XXII.—Un cristiano que se creía caritativo..... 111
XXIII.—Rezad vuestro rosario..... 113
XXIV.—Una antigua devoción que debe renovarse..... 120
XXV.—El último recurso para conducir una alma á Dios..... 123

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

	Págs.
XXVI.—La sembradora de lirios	125
XXVII.—Dejad que obre Dios. Dios no obra mal.	131
XXVIII.—La caída de las hojas	134
XXIX.—Receta infalible contra una terrible enfermedad	137
XXX.—El premio del Catecismo	141
XXXI.—Á propósito de dotes	143
XXXII.—Almas que caminan con dulzura y seguridad hacia el Cielo	146
XXXIII.—El genio de un sombrero color de rosa.	148
XXXIV.—Una visión infernal	154
XXXV.—Acude á Dios	161
XXXVI.—Historias contadas por el viento	166
XXXVII.—El adiós de una madre cristiana	172
XXXVIII.—Grito de un corazón amante	177
XXXIX.—¿Qué es lo que Dios quiere hoy hacer de mí?	179
XL.—Lo que asegura siempre en todo y contra todo	183
XLI.—Coronas deshojadas	188
XLII.—El "Via Crucis"	195
XLIII.—Práctica del "Via Crucis"	201
XLIV.—Historia de unos pantalones	206
XLV.—En voz baja	210
XLVI.—Jesús en almoneda	211

LIBRERÍA RELIGIOSA

DE

GUILLERMO HERRERO Y C.ª

Libreros-editores.—Méjico.

DESIDERIO Y ELECTO

OBRA INSPIRADA EN LAS SUBLIMES DOCTRINAS DE

SANTO TOMÁS DE AQUINO

He aquí la obra más clara, más amena y más popular de cuantas se han escrito hasta el día acerca de la Religión católica; está al alcance de todas las inteligencias, de tal suerte que el más rudo y escaso de talento puede entenderla. Esto es debido al precioso estilo parabólico, lleno de símiles y ejemplos, en que está escrita. Cada ejemplar consta de tres gruesos volúmenes en 4.° de más de 600 páginas el primero y tercero, y el segundo de cerca de 500.

La obra encuadernada: **CINCO PESOS.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

LIBRERÍA RELIGIOSA
DE
GUILLERMO HERRERO Y C.ª
Libreros-editores.—Méjico.

LUZ DE VERDADES CATÓLICAS

Y

EXPLICACIÓN DE LA DOCTRINA CRISTIANA

que, siguiendo la costumbre de la casa profesa de la Compañía de Jesús, de Méjico, todos los jueves del año, ha explicado en su iglesia el

P. JUAN M. DE LA PARRA

Profeso de la misma Compañía.

Contiene tres tratados; van añadidas en esta última edición cuatro pláticas doctrinales, obra póstuma del autor, sobre el agua bendita y pan bendito, y asimismo corregida y depurada de los defectos de las ediciones anteriores.

Forma la obra tres tomos en 4.°, perfectamente empastados.

CUATRO PESOS CINCUENTA CENTAVOS.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

La Librería Religiosa recibe cuantas novedades se publican en Europa; tiene un constante surtido de libros propios para los señores sacerdotes y personas católicas, y para tener una idea de ella basta solicitar su *Catálogo general* y *Boletín mensual*, que publica y remite gratis á todo el que lo pida á

Guillermo Herrero y Compañía.
Apartado núm. 671.
Méjico.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

G. Herrero y Compañía
Editores